

CARRAMMO

Diana Al Azem

DARRAMMO

La última historia de amor en Siria

OMMO



Lectulandia

Sam Lawson es hijo de una pareja de famosos cirujanos plásticos. Sus padres han diseñado para él una carrera prometedora en la clínica familiar. Sin embargo, un incidente hace que se replantee la medicina y decide trasladarse a Siria como voluntario. En Damasco descubre no solo las consecuencias terribles de la guerra. El azar y la curiosidad lo llevan hasta la tienda de especias de Nour, una joven que lucha por sacar adelante a su familia y que le descubre los matices y secretos del cardamomo.

Ese encuentro inesperado supone para ellos un nuevo comienzo, una nueva ilusión en medio del caos.

Diana Al Azem recorre Damasco a través de los recuerdos familiares, una ciudad ahora desolada que en otro tiempo fue un lugar hermoso, lleno de luz, y construye gracias a un estilo lleno de resonancias una historia bella y cruel, la prueba de que a pesar de la vanidad de los hombres, del odio entre fronteras, del dolor y de la huida, siempre hay un sitio para la esperanza. Una historia de amor puro, un homenaje a los miles de refugiados que luchan cada día por sobrevivir.

Lectulandia

Diana Al Azem

Cardamomo

ePub r1.0

Titivillus 26.02.17

Título original: *Cardamomo*
Diana Al Azem, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A las almas inocentes del pueblo sirio

Capítulo 1

Cariño, papá y yo estamos listos para salir —anunció la señora Lawson desde el gran salón.

El sol del atardecer penetraba por las ventanas rectangulares de cristal traslúcido. Sam se hallaba ultimando su imagen frente al espejo del cuarto de baño; un poco de gomina para dar a su cabello un aspecto fresco, unas gotas de *after shave* sobre su barba recién afeitada y un toque de su perfume favorito, *N.º 1*, de Clive Christian, un regalo de su novia Ashley por su vigésimo cuarto cumpleaños.

—Que empiece el desfile de falsas apariencias... —musitó a la par que forzaba sus labios para ensayar la pose que debía mostrar ante el centenar de invitados.

Los padres de Sam celebraban sus bodas de plata en el hotel Park Hyatt, una ocasión especial que deseaban compartir con la alta sociedad de Sídney. El señor y la señora Lawson eran dos de los cirujanos plásticos más reconocidos del país. Ambos trabajaban en la prestigiosa consulta que el doctor Lawson abrió hacía más de treinta años en el mismísimo corazón de la ciudad. Famosos del celuloide y grandes políticos confiaban su físico al matrimonio, seguros de que los buenos resultados estaban garantizados al cien por cien.

Peter se había especializado en las intervenciones de elevación y aumento de pecho; empleaba la técnica del *mamolifting* y era una bendición para las mujeres que querían evitar la famosa cicatriz en forma de T que estas operaciones conllevaban. Definitivamente eran sus intervenciones estrella.

Sarah, por otro lado, era experta en tratamientos quirúrgico-faciales, tales como rinoplastias, *liftings*, aumento de labios y en general todo lo relacionado con el rejuvenecimiento del rostro.

Y, cómo no, luego estaba Sam. Hijo único y, por lo tanto, heredero del imperio Lawson.

Sam había estudiado medicina empujado por la insistencia de sus padres. Tampoco es que le disgustara el trabajo de médico, pero a veces se planteaba si la especialidad de cirugía plástica era lo mejor para él. Durante el último curso había hecho prácticas en hospitales infantiles y el trato con niños enfermos era lo que más

satisfacción le había proporcionado. La apabullante velocidad con la que los chavales se reponían de las operaciones, su inagotable fuente de energía y la sonrisa que le dedicaban cada vez que les gastaba una broma eran suficientes para que el joven terminara su jornada con cierta sensación de gozo.

Lo malo era que sus padres ya habían elegido por él, y Sam estaba destinado a seguir los pasos de la familia. Aquel sería su último año antes de comenzar a trabajar en serio en la clínica y, aunque en ocasiones ayudaba a sus padres en la sala de operaciones, tenía la firme intención de aprovechar los últimos seis meses que le quedaban de libertad para disfrutar al máximo.

Sam bajó la escalera semicircular a toda prisa, deslizando su mano derecha por el pasamanos de madera noble. El matrimonio esperaba impaciente en la entrada principal, bajo la lámpara de araña que iluminaba la sala al completo.

—Cariño, vamos a llegar tarde —le dijo la señora Lawson a su hijo cuando este se acercó a ella para darle un sonoro beso.

—Estás preciosa, mamá. Pareces una reina.

—Gracias, hijo —respondió su madre mientras estudiaba la imagen impecable de su hijo—. Deja que te coloque bien la pajarita. Está un poco torcida.

—Mamá, deja de tratarme como a un niño. Sé cómo colocarme la dichosa pajarita —dijo Sam aproximándose al espejo bañado en plata que colgaba sobre una de las paredes laterales de la sala—. Llevo haciéndolo desde que tenía diez años y, la verdad, empiezo a estar cansado de estos trajes incómodos. No me permiten mover bien los brazos y apenas puedo respirar con este nudo en la garganta.

Sarah era una mujer perfeccionista. Le gustaba que sus dos hombres lucieran siempre una imagen impecable. «Si queremos que los pacientes confíen en nosotros, debemos ser los primeros en mostrarnos impolutos», solía decir. La señora Lawson nunca había necesitado pasar por el quirófano. Siempre había sido una mujer hermosa y, ahora, a sus cuarenta y nueve años recién cumplidos, tan solo había necesitado alguna que otra inyección de bótox para disimular las finas líneas de expresión.

Para aquella noche tan especial, Sarah había elegido un bonito vestido de encaje morado, ajustado perfectamente a su delgada figura y que le llegaba hasta los pies. Era del diseñador libanés Abed Mahfouz, uno de sus preferidos, por la armonía de los colores con los que trabajaba y la delicadeza de sus telas.

—Será mejor que te acostumbres, hijo —intervino su padre—. Ya sabes cómo se las gasta tu madre cuando le llevas la contraria.

El señor Lawson hizo un guiño de complicidad a Sam. Él tampoco se sentía cómodo ataviado con aquel esmoquin de Brioni, pero tenía muy claro que la ocasión lo merecía. En resumidas cuentas, la señora Lawson no tenía más que recordarle lo atractivo que estaba vestido a lo James Bond para que este se convenciese de que así era.

Peter tenía diez años más que su mujer. Ambos se conocieron en una fiesta que un amigo de él daba en su lujoso piso de Walsh Bay. Los padres de Sarah fueron

invitados porque formaban parte de la alta sociedad australiana, y ella, cediendo ante la insistencia de sus progenitores, asistió con poco entusiasmo al evento porque no iba ninguna de sus amigas. Una vez allí, cuando sus padres se hallaban enfrascados en conversaciones de política, Sarah salió al balcón para respirar un poco de aire fresco. A los pocos minutos, mientras observaba embelesada las luces al otro lado de la bahía, un joven se le acercó por detrás y, sin mediar palabra, se quitó la chaqueta y le cubrió los hombros, que le temblaban a causa del frío.

Sarah se giró sorprendida por el atrevimiento del desconocido, pero, nada más posar sus ojos sobre los de él, quedó prendada de su delicadeza y caballerosidad. Estuvieron más de una hora sentados y conversando en un recodo de la terraza, hasta que los padres de Sarah la encontraron admirando las estrellas muy acaramelada junto a aquel extraño. Sin darse cuenta, Sarah se llevó a casa la chaqueta del joven, la cual contenía toda su documentación. Aquella confusión fue la excusa perfecta para volver a quedar con Peter al día siguiente. Desde aquel instante jamás se separaron.

Cuando Sarah finalizó sus estudios en medicina, Peter le pidió matrimonio y, por supuesto, la recibió con los brazos abiertos en su recién inaugurada clínica de estética. Años después, y con mucho esfuerzo, ambos crearon el emporio Lawson's Surgery.

El mayordomo de la casa, Jeffry, abrió la puerta de la entrada que daba al jardín de la mansión. La noche era húmeda, y la señora Lawson se echó por encima de los hombros su chal de cachemira. Su marido le ofreció el brazo para ayudarla a bajar las escaleras, siempre atento a las necesidades de su esposa.

El chófer esperaba de pie, junto a la puerta trasera del Bentley Continental. Su elegante traje de color negro contrastaba con los guantes blancos impecables. Abrió la puerta a la señora Lawson para facilitarle la entrada y a continuación se dirigió con paso rápido al lado contrario del automóvil para ceder el paso al señor Lawson.

—¿Hijo, no vienes con nosotros? —preguntó Sarah desde la ventana al ver que Sam esperaba plantado frente a la puerta.

—Prefiero ir en mi coche. Tal vez tenga que acompañar a Ashley a su casa más tarde.

La señora Lawson dedicó una sonrisa cómplice a su hijo antes de elevar la ventanilla de cristal tintado. El coche se fue alejando de forma paulatina hasta perderse entre la arboleda que conducía al exterior de la finca.

—Jeffry, ¿podrías traerme las llaves del Maserati? —pidió Sam al mayordomo.

—Enseguida, señor.

Sam quería sorprender a su novia con el juguete nuevo que sus padres le habían regalado por haber terminado sus estudios, pero sobre todo ansiaba darle en las narices al envidioso de Walter, su amigo de la infancia y más que aficionado a las cuatro ruedas. Walter era de esos individuos capaces de hacer gala de una sincera

expresión de dulzura mientras que por dentro se morían de celos.

—Aquí las tiene, señor —anunció Jeffry entregándole las llaves—. ¿Desea que le traiga el coche hasta la puerta?

—No es necesario, amigo. —Y con una palmadita de agradecimiento en el hombro, Sam se despidió de su fiel mayordomo—. Buenas noches.

—Buenas noches, señor. Que pase una bonita velada.

Sam se acercó hasta el garaje en la parte lateral de la mansión y, una vez allí, no pudo evitar quedarse un rato admirando la potente máquina que estaba a punto de estrenar. Cuatrocientos sesenta caballos aspirando a cabalgar a toda potencia sobre el asfalto de un circuito cerrado. Se frotó las manos imaginando la cara de Walter cuando lo viera aparecer en el interior de aquel monumento motorizado.

Subió al coche y aspiró el embriagador olor de la tapicería de piel recién estrenada. Adoraba aquel aroma a nuevo. A lo largo de sus veinticuatro años, Sam se había acostumbrado a percibir esa misma fragancia cada cierto tiempo, dado que a su padre no le gustaba conducir el mismo coche más de dos años. Además, no era el primer coche que Sam conducía. Antes del Maserati llevó un Porsche, pero había querido cambiarlo por un diseño más elegante y sofisticado.

Encendió el contacto y el rugir del motor sonó como música para sus oídos. Pisó el acelerador varias veces para deleitarse con el sonido, e instintivamente una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Cuando decidió salir del garaje, no lo hizo de manera pausada como lo habría hecho su chófer, sino que deslizó las ruedas sobre el suelo resbaladizo de la cochera dejando un rastro negro en las baldosas. Desde la entrada, Jeffry observó al heredero Lawson alejarse a toda prisa tras una estela de polvo.

Sam se dirigió hacia el este en Pittwater Road. Siempre tomaba aquella carretera para ir a la ciudad, a fin de cuentas era la más próxima a la costa y por lo tanto la que mejores vistas tenía. La noche era cálida, a pesar de estar en el mes de diciembre. El verano austral invitaba a los moteros a disfrutar del aire fresco nocturno y la mayoría salía a dar una vuelta por las noches. Aparte de ellos, el tráfico no era demasiado denso a aquellas horas, así que Sam aprovechó ciertos tramos para acelerar y regocijarse con el tronar de aquella potente máquina.

En menos de quince minutos llegó a Falcon Street. Una vez allí, tuvo que aminorar la velocidad, pues debía pasar por algunos peajes para continuar su camino. Tomó la salida de Grosvenor Street y a continuación giró a la izquierda por George Street. A tan solo quinientos metros se encontraba el majestuoso hotel Park Hyatt.

Los padres de Sam habían decidido celebrar el aniversario en aquel lugar por una cuestión muy simple: el hotel se encontraba en Walsh Bay, la misma zona donde se habían conocido veintiséis años antes. Además, aquel también fue el lugar donde Peter le había pedido matrimonio a Sarah un año después de conocerse en la fiesta.

Los invitados habían comenzado a llegar. Muchos se agolpaban en la puerta para recibir a los señores Lawson, que salían de su esplendoroso coche. Sam tuvo que quedarse esperando una cola de varios automóviles hasta que el aparcacoches pudo encargarse del Maserati. De pronto, un golpe en la parte trasera le hizo dar un respingo. Echó un vistazo por el retrovisor para ver qué había sucedido, pero en ese momento Walter apareció como un fantasma por la ventanilla del copiloto.

—¡Pedazo de cabrón! ¡Qué calladito te lo tenías! —Walter introdujo medio cuerpo en el coche para soltar un puñetazo amistoso en el hombro de su camarada.

—¡No seas gilipollas! Anda, ven, entra. No quiero que me estropees la carrocería con ese disfraz de pacotilla —respondió.

—¿Pacotilla? —repuso ajustándose la corbata—. Para tu información, te diré que este traje cuesta tres veces más que tu esmoquin de pingüino.

—No lo dudo —dijo Sam estirándose el cuello de la camisa—. Odio estos eventos. Daría lo que fuera por no tener que llevar la puñetera pajarita, la muy condenada no me permite respirar. Ya podían haber celebrado las bodas de plata en la playa y en bañador.

—No me cambies de tema —le interrumpió su amigo mientras tomaba asiento a su lado y observaba boquiabierto el panel de control—. A ver, ¿caballos?

—Cuatrocientos sesenta.

—¿Velocidad máxima?

—Trescientos kilómetros por hora.

—¿Consumo medio?

—Entre quince y dieciséis litros.

—¿Aceleración de cero a cien?

—Cuatro coma siete segundos.

—¿Lo has probado ya?

—Aún no. —Sam le guiñó un ojo a su amigo—. Te estaba esperando.

—Así me gusta —dijo dándole otra palmada en la espalda.

Walter podía resultar irritante en algunas ocasiones, pero siempre había sido su mejor amigo. Se conocían desde el colegio. Walter era un chaval con energía y lleno de vida, pero algunos de sus compañeros lo tomaban por un tipo exasperante e insoportable. Hablaba demasiado, incluso los profesores tenían que llamarle la atención constantemente porque era incapaz de guardar silencio más de diez minutos seguidos. Su temperamento nervioso hacía que tuviese la complexión de un tipo delgado, más bien menudito. Por supuesto, eso no le beneficiaba cuando se metía en alguna pelea, pero, por suerte, Sam siempre estaba a su lado para echarle una mano.

Al contrario que Walter, Sam era un chico más tranquilo, lo que no significaba que no fuera capaz de tumbar a cualquiera de un solo golpe de derecha. Era un tipo alto y corpulento, practicaba *kickboxing* cada vez que podía y las técnicas aprendidas

le habían ido de perlas para no dejarse achantar por nadie.

—¿Has quedado con Ashley en el hotel? —preguntó Walter.

—Sí. Vendrá con sus padres —dijo soltando un suspiro.

—Por favor, no seas tan efusivo —replicó Walter en un tono irónico—. Cualquiera diría que no te hace ilusión que vuestros padres se conozcan formalmente.

—La verdad es que no —confesó—. A veces tengo la sensación de que esto va demasiado deprisa.

—¿Te refieres a tu relación con Ashley?

Sam asintió con la cabeza.

—Solo llevamos juntos seis meses y parece que me hubiera comprometido con ella para el resto de mi vida.

—¿Acaso no la quieres?

—Sí, claro que la quiero. Es una buena chica... y muy inteligente.

—Por no mencionar que está como un tren —interrumpió Walter.

—Está bien, además está buenísima. —Sam sacudió la cabeza—. Pero eso no tiene nada que ver con esto. Pienso que Ashley va muy rápido, no sé, tal vez deberíamos tomárnoslo con más calma, salir más, conocer más gente...

—¿No estarás pensando en engañarla?

—¡Oh, Walter! Eres imposible —soltó exasperado—. No estoy hablando de eso. Solo digo que es demasiado pronto para compromisos. Somos muy jóvenes para atarnos de ese modo.

—¿Se lo has dicho a ella?

—¡Qué va! Está muy ilusionada con este encuentro. Cualquiera se atreve a defraudarla...

—Bueno, si lo piensas bien, no es tan grave. —Walter se encogió de hombros—. Piensa que sencillamente vuestros padres van a conocerse, nada más. Eso no quiere decir que vayáis a casaros mañana mismo.

Sam enarcó las cejas y dirigió una mirada escéptica a su amigo.

—Tú no conoces a Ashley.

El aparcacoches del hotel por fin se aproximó al Maserati.

—¿Desea que le aparque el coche, señor?

Los dos amigos salieron del vehículo y Sam le entregó las llaves.

—¡Cuidalo bien! Es el coche nuevo de mi amigo —le advirtió Walter por encima del capó.

—Descuide, señor —respondió el aparcacoches de forma cortés.

Se dirigieron a la entrada del hotel. Los padres de Sam ya habían accedido al interior y esperaban en el salón de celebraciones rodeados por un grupo de invitados que los felicitaban por su aniversario.

El restaurante del hotel estaba situado en el puerto de Sídney, y contaba con una terraza exterior privada con increíbles vistas a la Opera House. La decoración del salón de celebraciones era de un gusto exquisito, minuciosamente diseñado para que

la iluminación incidiera sobre las mesas y resaltara el brillo de la elegante vajilla. El restaurante del hotel Park Hyatt se caracterizaba por una cocina creativa con toques de autor y unas fuertes dosis de imaginación. Los Lawson eran amantes de este tipo de cocina, adoraban explorar nuevos sabores y deleitarse con las sorprendentes elaboraciones de sus cocineros.

Sam echó un vistazo al salón en busca de su chica, suponía que habría llegado antes que él porque solía ser muy puntual en los eventos importantes. Y aquella era una de esas ocasiones.

—Mira, allí está Ashley —informó Walter señalando hacia la terraza.

Su novia se encontraba con sus padres en el exterior, contemplando las maravillosas vistas de la bahía mientras bebían una copa de champán. Sam se aproximó para saludar a los señores Cooley.

—Buenas noches, señores. —Sam hizo una leve inclinación de cabeza—. Ashley.

—¡Oh, mi querido Sam! —La señora Cooley fue la primera en saludar—. Estás realmente encantador.

—Gracias, señora.

—Por favor, Sam, llámame Elaine. Creo que ya es hora de dejar a un lado los formalismos, ¿no te parece, George? —se dirigió a su marido.

—Claro, muchacho —afirmó el señor Cooley dándole una amistosa palmada en el hombro.

—Estás realmente preciosa esta noche, Ashley —dijo Sam dirigiéndose a su novia.

—Gracias, cariño —respondió esta sin poder evitar sonrojarse delante de sus padres.

Los señores Cooley se percataron de las ganas locas de Ashley por quedarse a solas con su chico unos instantes, por ello no dudaron en buscar una excusa para alejarse de los dos tortolitos.

—Vamos a por algo de beber, en breve estaremos de vuelta.

Cuando sus padres se alejaron, Ashley se lanzó en los brazos de su amado con gran entusiasmo.

—¡Oh, Sam, estoy tan nerviosa! ¿Crees que tus padres y los míos se llevarán bien?

—No me cabe duda. Aunque solo sea por educación, te aseguro que la cordialidad será más que palpable.

—Eso espero.

—Intenta no pensar en ello —dijo Sam para tranquilizarla—. A ver, ¿qué le apetece hacer esta noche, señorita?

—Mmm, creo que me está entrando hambre de algo delicioso —respondió Ashley terminando de beber su copa de un trago y llevándose el índice a los labios de manera insinuante.

—Será mejor que tomemos algo fresco —repuso Sam divertido—. Además, no

me gustaría estropearle ese vestido tan elegante.

—¿Te gusta? —preguntó Ashley girando sobre sí misma a fin de que Sam pudiera apreciar su bella figura—. Es de Valentino, adoro sus diseños.

—Es..., estupendo —farfulló Sam—. Realmente te sienta genial.

Sam no era ningún entendido en moda, aunque eso no quitaba para que no supiera reconocer un vestido bonito sobre una chica hermosa. Todo lo contrario que Ashley, que estaba en el último curso de la escuela de alta costura y tenía a la vista grandes proyectos. Siempre vestía a la última y su fascinación por las telas sobrepasaba los límites del entusiasmo. Sus padres lo vieron claro desde el principio; Ashley tenía una gran virtud, y aquella pasión por la alta costura llevaría a su hija a situarse entre las grandes diseñadoras tarde o temprano. Por ello no dudaron en enviarla a una de las escuelas más prestigiosas del país, además de costearle una estancia de un año en la capital de la moda para que pudiera hacer prácticas con los mejores diseñadores de París.

—¿Por qué no hacemos lo que hemos venido a hacer y acabamos con este martirio cuanto antes? —repuso Sam refiriéndose a la presentación formal de sus padres.

—Estoy tan nerviosa como tú, cariño. Anoche no pude ni pegar ojo —susurró ella.

Pasó un camarero con algunas bebidas sobre una bandeja y Ashley aprovechó para agarrar otra copa de champán.

—De acuerdo, entonces vamos allá —añadió Sam cogiendo otra copa para él.

Se reunieron con los padres de Ashley y Sam les invitó a aproximarse a la mesa donde se sentaban los señores Lawson. Tuvo que volver a estirarse el cuello de la camisa, la dichosa pajarita lo estaba matando. Notó cómo le caía por la frente una fría gota de sudor y se frotó las manos nervioso. Sin lugar a dudas, en aquel momento hubiese preferido estar tirado en la arena de la playa tomando unas cervezas con los amigos frente a una hoguera.

—Mamá, papá, quiero presentaros a los señores Cooley, los padres de Ashley.

—¡Oh, querida! Por fin tengo el placer de conocerte —exclamó Sarah dando un abrazo entusiasta a la señora Cooley—. La bella Ashley nos ha hablado muy bien de vosotros.

Peter guardó las distancias algo más que su mujer y simplemente tendió la mano de forma amistosa al señor y a la señora Cooley para saludarlos.

—Encantado de conocerles. Ashley es una chica estupenda —señaló de manera cortés.

—Gracias. Nuestra hija también nos habla maravillas sobre la vuestra, y veo que no se equivoca —contestó el padre de Ashley—. Son muy amables por invitarnos a un evento tan señalado como este.

—¡Oh, por favor! Dejemos las formalidades a un lado. Casi somos familia, ¿verdad, querida? —Sarah parecía realmente encantada con la presencia de la señora

Cooley.

Sam y Ashley observaron en silencio y con la boca abierta cómo la señora Lawson agarraba a Elaine del brazo y juntas caminaban hacia la barra del bar mientras parloteaban sobre temas triviales. Peter, por otro lado, invitó a George a salir a la terraza para ofrecerle uno de sus mejores puros habanos y así poder charlar sobre las franquicias que su futuro consuegro estaba a punto de vender en el extranjero.

Los jóvenes se miraron incrédulos.

—¿Has visto eso? Ni siquiera nos han prestado la más mínima atención —replicó Sam.

—Mejor así. Parece que han congeniado a la primera. Ha sido más fácil de lo que esperaba, ¿no te parece? —añadió Ashley sin poder ocultar su entusiasmo.

«Demasiado, diría yo», pensó Sam.

La noche transcurrió de forma agradable. Tras una copiosa cena amenizada con los más exquisitos manjares de la carta del hotel, Sam quiso sorprender a sus padres con un vídeo que él mismo había preparado días atrás; un emotivo montaje con viejas fotografías de los señores Lawson, desde su más tierna infancia hasta el último cumpleaños de su hijo, incluyendo imágenes de toda una vida juntos.

La señora Lawson no pudo evitar soltar alguna que otra lágrima durante la proyección, y el padre de Sam le dio un fuerte abrazo a su hijo cuando el vídeo finalizó. Los invitados se pusieron en pie para aplaudir el detalle que Sam había tenido con sus padres, y más de uno tuvo que recurrir al pañuelo para sonarse la nariz.

—Ha sido precioso —le dijo Ashley a su chico cuando regresó a su asiento.

—Sí, amigo. Casi me meo en los pantalones —bromeó el chistoso de Walter.

—Eres un insensible, no tienes corazón —le regañó Ashley—. Como sigas así no encontrarás novia en tu vida.

Walter tuvo que agachar la cabeza y aguantar la reprimenda. Sam contuvo la risa, conocía perfectamente a su amigo y sabía que no hablaba en serio. Él era así, cuando algo le emocionaba se cubría con un armazón de chistes malos para no mostrar su debilidad. Pero eso a Sam no le importaba.

—En fin, creo que voy a hablar un rato con Jenny —anunció Ashley mientras se terminaba su tercera copa de champán—. Seguro que a ella también le ha encantado el vídeo.

Cuando se alejó en busca de su amiga, Sam le dio un codazo a Walter.

—Vale, ya se ha ido. No tienes que poner cara de póquer. Ya sé que a ti estas cosas te parecen una cursilada.

—¡Qué va! De verdad, me ha encantado cómo te has currado el vídeo —aclaró Walter—. Pero es que tu chica no sabe distinguir una broma.

—Ya la conoces. Ashley se toma las cosas muy en serio. No le des importancia —señaló Sam encogiéndose de hombros.

En poco menos de un minuto, Walter se olvidó del asunto y le propuso a Sam

salir a la calle para probar el coche nuevo.

—Me temo que hoy no es el día más indicado. Le prometí a Ashley que la acompañaría a casa. Además, imagina su cara si se entera de que he estrenado el coche contigo y no con ella —dijo guiñando un ojo a su amigo.

—¡Eh! Cuidadito con lo que piensas, que yo solo quiero escuchar ese motor rugiendo como una bestia y no probar si los asientos son reclinables o no.

—Pero ¿cómo puedes ser tan capullo? No me refería a estrenarlo en ese sentido.

—Sí, sí, claro. Cuéntame otra batallita porque esa no me la trago. ¿Un Maserati nuevo, una chica hermosa y una noche por delante? —Walter agitó la cabeza—. Qué suerte tienen algunos...

Sam dio a su amigo por imposible y se fue en busca de Ashley. Por el camino, mientras sorteaba las diferentes mesas que le separaban de su chica, no pudo evitar escuchar algunas de las conversaciones entre los invitados a la fiesta.

—Este mes mis acciones han subido un quince por ciento más de lo que esperaba —comentaba un señor con bigote.

—Mi marido se ha gastado más de diez mil dólares en este collar de oro blanco y diamantes de Piaget —presumía una señora mayor.

—Esa finca tiene que ser mía. Si ese cabrón de Richard se me adelanta, tendré que darle una patada en el culo —amenazaba otro invitado un tanto exaltado.

A Sam se le antojaron tertulias soberanamente superficiales. ¿Cómo podía ser que los únicos temas de conversación estuvieran relacionados con dinero, lujo y patrimonio?

—No soporto a esa cursi de Michelle, se cree que por tener un Ferrari nuevo ya puede presumir de todo. ¿Acaso no se ha mirado en el espejo? Esos zapatos de Louis Vuitton le sientan como un tiro —comentaba Ashley con su amiga Jenny.

«Otro argumento frívolo y carente de interés», pensó Sam cuando llegó al lado de su chica. Aunque, ¿quién era él para juzgar a los demás? Tampoco se salvaba de entrar en el mismo saco que el resto de las personas allí congregadas: sus padres, guiados por los caprichos de su hijo, acababan de gastarse un dineral en el Maserati.

—Perdón por la interrupción —intervino Sam dirigiéndose a su novia—. Cariño, la fiesta está a punto de acabar, ¿quieres que te acerque a casa?

—Claro, mi amor —respondió al tiempo que sujetaba a su chico por las mejillas y le propinaba un sonoro beso en los labios.

Sam carraspeó tras la efusiva muestra de cariño de Ashley delante de su amiga. Notó que se sonrojaba al observar que Jenny no retiraba la mirada ni de la escena ni de él.

—Lo siento, Jenny. Sam va a llevarme a casa en su coche nuevo. —Ashley se levantó de golpe y a punto estuvo de caerse al suelo cuando se pisó la cola de su elegante vestido.

Por suerte, Sam estaba a su lado para sujetarla. Parecía que había bebido más de la cuenta, pero aquello no impidió que se atusara el vestido para que luciera perfecto.

—Será mejor que avisemos a tus padres de que nos marchamos.

—Sí, por supuesto. Ya sabes cómo se ponen si no te despiden de ellos. Te adoran demasiado. —Aquel último comentario se le antojó a Sam un tanto repelente y fuera de lugar.

Esbozó una sonrisa forzada. Tras prometerles a los señores Cooley que devolvería pronto a Ashley a su casa, Sam se despidió también de sus padres advirtiéndoles que regresaría algo más tarde.

—Bien, cariño. No olvides las llaves de casa —le recordó su madre—. Jeffry se pone de muy mal humor si le despiertas en mitad de la noche.

—Descuida, mamá.

Y tras cumplir con la obligación de despedirse del resto de invitados, Sam y Ashley salieron del hotel y dieron una vuelta en el coche nuevo. Condujeron por una carretera paralela a la costa para sentir la dulce brisa de la noche.

—Es maravilloso. ¡Me encanta! —vociferó Ashley sacando la cabeza por la ventanilla para sentir el aire en la cara.

—Ten cuidado, la policía nos puede llamar la atención. —Sam estaba preocupado al principio por la embriaguez de su novia. Temía que pudiera cometer alguna locura, así que le tiró de la mano para que introdujera la cabeza en el interior y cerró la ventanilla para evitar problemas.

—¡Vamos, cariño, pisa el acelerador! Quiero sentir ese motor a toda potencia —gritó Ashley.

Nunca antes la había visto en aquel estado, tan desinhibida y poco pendiente de guardar las formas, y entonces empezó a parecerle divertido. Decidió dejarse llevar y satisfacer su petición, así pues, cuando llegaron a una carretera poco transitada, Sam pisó a fondo el acelerador.

—¡Guau! ¡Es la leche! —decía Ashley entre risas—. Seguro que el coche de Michelle es un juguete en comparación con este.

—No creas, algunos modelos de Ferrari superan los quinientos caballos.

—¡Bah! La muy tonta no sabe ni meter las marchas. ¿Para qué querrá un coche tan rápido?

—Cuestión de gustos —respondió Sam encogiéndose de hombros.

—Para.

—¿Qué?

—¡Que pares!

—¿Ocurre algo?

—Creo que voy a vomitar —farfulló llevándose las manos a la boca.

Sam detuvo el coche a un lado de la carretera antes de que Ashley dejara un desagradable recuerdo en la tapicería de cuero. No pudo evitar sentir ciertos escrúpulos al contemplar la imagen de su novia vestida como una muñeca mientras emitía sonidos grotescos, parecidos a los de un trol escupiendo sapos por la boca. Pero no tuvo más remedio que salir del vehículo y acercarse a ella para comprobar si

necesitaba ayuda. Ashley, avergonzada por la situación, lo apartó con la mano de un empujón.

—Vamos, no tienes de qué preocuparte. Se supone que soy médico y estas cosas no deberían impresionarme.

—Esto es diferente —pronunció ella a duras penas.

Esperaron un par de horas sentados junto a la orilla del mar mientras Ashley se recuperaba del mareo. No quería que sus padres supieran que había bebido más de la cuenta. A eso de las tres de la mañana, llegaron a la urbanización de Ashley.

—Siento mucho haber estropeado el resto de la noche —suspiró su chica.

—No te preocupes. Es normal que te sientas así si no estás acostumbrada a beber.

—La verdad es que no —suspiró relajando el cuello sobre el reposacabezas—. Supongo que estaba demasiado nerviosa por el encuentro de nuestros padres.

—No ha sido tan horrible, ¿verdad? —preguntó Sam con una sonrisa amable.

—Cierto. Han pasado casi toda la velada hablando entre ellos —añadió Ashley devolviéndole la sonrisa.

Por unos instantes, ambos se quedaron pensativos mirándose el uno al otro. El silencio de la noche se apoderó de sus oídos y aquella paz deleitó sus sentidos después de la tensión vivida en la fiesta. Se sentían agotados, pero aquello no impidió que Sam se acercara a su chica para darle un beso tierno en los labios.

—Hoy estabas preciosa —le susurró al oído.

—¿Lo dices en serio? —murmuró Ashley dejándose acariciar el rostro por los delicados dedos de Sam—. Habría sido perfecto si no me hubiese puesto como una cuba.

—Bueno, ya estás recuperada y sigues pareciéndome una diosa. —Sam continuaba centrado en seducir a su chica con pequeños besos sobre su delicado cuello.

—¿No crees que el vestido de Jenny era más bonito que el mío? —Ashley parecía estar más preocupada por otros asuntos, pero aquello no desconcentró a Sam.

—No. Tú eres mucho más hermosa que ella —le decía Sam descendiendo con sus labios por su hombro desnudo.

—¿Te has fijado en el peinado? Su peluquero debe de ser algún paleta de Canberra, esos tipos de la capital se creen que entienden de estilo y la verdad es que no tienen ni la menor idea.

—Me da igual de dónde sea el peluquero de Jenny. —Sam no podía creer que Ashley estuviera pendiente de esas minucias y, muy disimuladamente, continuó descendiendo por su hombro.

—Creo que le gustas —soltó al fin su novia.

Sam no tuvo más remedio que abandonar sus intenciones. Aquella conversación de besugos no le estaba ayudando en absoluto, y le parecía que Ashley solo tenía un pensamiento en la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—He visto cómo te miraba.

—Y ¿cómo se supone que me miraba?

—No sé. Siempre está pendiente de ti. Hoy no paraba de comentar lo guapo y lo inteligente que eras y lo seductor que estabas con tu traje oscuro.

—Me da igual lo que diga tu amiga.

—Pues a mí no.

—¿No irás a decirme que estás celosa? —El silencio de Ashley lo dejaba claro—. Pero si ni siquiera he hablado con ella en toda la cena. Has sido tú la que te has acercado a ella para saludarla.

—Es igual. Eso no quita para que Jenny no dejara de hablar de ti. —Ella se cruzó de brazos enojada.

Sam optó por rendirse y prefirió no continuar con la conversación. Ashley podía ser una mujer encantadora cuando estaba animada, pero sus cambios de humor repentinos eran difíciles de torear. Él mismo lo había comprobado en varias ocasiones y sabía que lo mejor era alejarse de ella y reaparecer a la mañana siguiente como si nada hubiera sucedido. Ashley volvería a ser la misma de siempre después de un sueño reparador.

La pareja puso fin a la velada y ambos se despidieron con un desganado beso en los labios. Cuando Sam se aseguró de que su novia había entrado en su casa, dirigió el bólido hasta la mansión en Bayview.

Las luces de la entrada esperaban encendidas su llegada. Todos en casa dormían y Sam subió hasta su dormitorio de puntillas. Abrió el ventanal que daba a una terraza privada y salió un rato para respirar el aire fresco de la noche. Había sido una larga jornada, pues desde temprano había tenido que ayudar a su padre en la clínica, y la noche no había acabado precisamente como él esperaba.

Se sentó en un balancín y se dejó mecer por el suave movimiento de este. Relajó su cuerpo y cruzó las manos detrás de la nuca para observar las estrellas que iluminaban el cielo. Se preguntó cuántas estrellas habría por encima de su cabeza, aunque sabía que existían muchísimas más de las que sus ojos eran capaces de ver. Una vez había leído en un artículo que si alguien contara los granos de arena del planeta, apenas se acercaría al número probable de estrellas que había en el universo.

Sam cogió un puñado de tierra del interior de una maceta y dejó que los granos se le escurrieran por entre los dedos. En medio del silencio, se sintió tremendamente pequeño. Pasó el resto de la noche contemplando el cielo, como un niño deslumbrado por toda aquella inmensidad.

Capítulo 2

Los ventanales estaban abiertos y las cortinas de seda de color beis se agitaban con la brisa. Los largos dedos de Sam se extendieron en busca del reloj que había sobre la mesita de noche, y se sorprendió al comprobar que eran más de las diez de la mañana. Normalmente se levantaba pronto para entrenar, pero era domingo y la noche anterior apenas había pegado ojo. Aunque se notaba cansado, no quería renunciar a su entrenamiento físico. Si algo había aprendido durante el año que prestó servicio militar antes de entrar en la universidad, era precisamente a no renunciar al nivel de control físico que él mismo se había impuesto.

Correr veinte kilómetros todos los días le ayudaba a afrontar el día con serenidad y desahogo mental. No había nada como recargarse las pilas antes de darse un chapuzón en el mar para después devorar un copioso desayuno preparado por Jeffrey. Decidió que aquella mañana no sería diferente, aunque el calor apretara ya a aquellas horas; sabía lo que tenía que hacer.

Se vistió con su habitual atuendo deportivo, una camiseta de manga corta y capucha y unos pantalones de algodón a media pierna. Se ató las zapatillas y se peinó con la mano.

El aroma de un buen café lo tentó a quedarse en casa. Una luz rosada bañaba la escalera mientras él deslizaba su trasero con despreocupación por la barandilla de madera.

—Sigues haciendo las mismas cosas que cuando eras un niño —lo saludó su madre.

—Es divertido —le respondió Sam con una sonrisa holgada cuando puso los pies sobre el suelo—. Es como descender por un tobogán.

—Sí, pero el peso de tu cuerpo ya no es el que era. Ahora es como si un oso se apoyara en la escalera para hacer lo mismo que tú. —Sarah pronunció aquellas palabras con un tono liviano, acorde con la dulzura con que trataba a su hijo.

—Hoy estás estupenda, mamá. —Sam cambió de tema de forma repentina antes de que su madre pudiera seguir—. Esta mañana tienes la piel fantástica, debes de haber dormido bien.

Y sin esperar respuesta, le dio un beso en la mejilla y salió disparado por la puerta.

—Lo cierto es que he dormido maravillosamente —se dijo la señora Lawson mientras se acariciaba el rostro.

Sam bajó corriendo la colina donde se encontraba la majestuosa mansión en dirección a la playa. El camino bordeado por árboles centenarios era perfecto para correr bajo la sombra. La brisa procedente del mar se transformaba en un aire fresco y limpio con ciertos matices húmedos. Sam había vivido desde pequeño en aquella casa, y jamás olvidaría la mezcla del olor a eucalipto y salitre que identificaba aquel paseo.

En poco menos de quince minutos alcanzó la playa norte. Allí el aire era más caliente y el cuerpo de Sam no tardó en reaccionar expulsando el sudor a través de su suave piel. Su respiración era agitada y en más de una ocasión sintió la necesidad de tirarse al agua para refrescarse, sin embargo, optó por no interrumpir su entrenamiento. Había una fase en la que se notaba agotado, pero sabía a ciencia cierta que si sobrepasaba aquella barrera del cansancio, sus músculos reaccionarían ofreciéndole mayor energía para seguir adelante, y entonces sería capaz de correr durante más de una hora sin detenerse.

La zona estaba muy animada. Pronto sería Navidad y las tiendas abrían también los domingos para ofrecer sus productos. Los niños, en especial, se amontonaban en los escaparates para admirar los juguetes con entusiasmo.

Tras recorrer unos catorce kilómetros, y ya de vuelta a casa, Sam pasó por un parque infantil lleno de chavales que jugaban con la tierra y se columpiaban en las distintas atracciones. El griterío de los más pequeños disfrutando de aquella mañana soleada resultaba ensordecedor y vivaracho a la vez. Sin embargo, algo entre aquel alboroto alegre llamó la atención de Sam. A sus oídos llegó un alarido de desesperación que provenía de uno de los aseos del parque. Parecía la voz de una mujer. Mientras atravesaba el parque corriendo, observó que una multitud de curiosos comenzaba a agolparse en la puerta del servicio público.

—¡Rápido! ¡Llaman a una ambulancia! —Se escuchó gritar a una señora.

El instinto de Sam lo empujó a acercarse apresuradamente a aquella caseta de madera que hacía las veces de aseo.

—¡Por favor, ayúdenlo! —Los gritos de la mujer eran cada vez más desesperados—. ¡No puede respirar!

Sam se abrió paso entre la multitud propinando varios empujones. Su fortaleza física y la potencia acumulada durante el entrenamiento lo hicieron impulsarse hacia el interior del cubículo como si de un huracán se tratara, centrado solo en averiguar qué estaba sucediendo y sin prestar atención a las personas que se cruzaban con él.

Cuando alcanzó la entrada, sus ojos se posaron en un niño de unos cinco años que permanecía semitumbado sobre las piernas de su madre. Su rostro estaba algo amoratado y el pequeño hacía aspavientos con las manos en el cuello. Tenía

dificultades para respirar y su madre no dejaba de darle golpes en la espalda mientras pedía auxilio desesperada.

—¡Por favor! ¡Mi hijo! ¡Se está ahogando! —Aquella desconocida miró directamente a los ojos de Sam implorando un milagro.

Surgió su alma de joven médico y, aunque aún respiraba agitado por el esfuerzo físico, sintió cómo su aliento se detenía de repente ante una evidencia. Si no hacía algo pronto, aquel pequeño moriría en los brazos de su madre. Rápidamente estudió la situación. Se arrodilló ante el niño y observó sus movimientos.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a la madre.

—Tenía un caramelo en la boca y creo que se ha atragantado con él —respondió la mujer entre lágrimas.

Sam no estaba preparado para aquello. Había experimentado con miles de cadáveres en la facultad y estudiado millones de casos clínicos y de urgencias, pero jamás se había visto en una situación similar: la vida de una persona dependía de su agilidad como médico. Si no reaccionaba rápido, sería demasiado tarde.

Sam tomó al muchacho y lo rodeó desde atrás con sus fuertes brazos por la cintura. Cerró el puño derecho con el pulgar justo por encima del ombligo y bajo su esternón, y puso el otro puño encima. Rezó por que la maniobra de Heimlich funcionara y entonces presionó de forma intermitente y rápida hacia dentro y hacia arriba.

El niño tosía en un último esfuerzo por expulsar el caramelo que le obstaculizaba la tráquea, pero por mucho que Sam lo intentaba, aquella golosina, aparentemente inocente, se negaba salir y el pequeño comenzaba a perder las pocas fuerzas que le quedaban. La madre del niño lloraba desconsolada suplicándole que salvara la vida de su hijo.

—¡Por favor, por favor, por favor!

Los espectadores de aquel desdichado accidente observaban en silencio. Las mujeres rezaban por la vida del niño, y los hombres miraban abatidos la carita amoratada del pequeño que ya no se movía.

Sam se sentía desmoralizado. La vida de aquel pequeño se desvanecía en sus propias manos y no era capaz de reavivarlo. ¿Cómo era posible que un simple caramelo acabara con la existencia de una persona? Aquel chaval tenía toda una vida por delante; aún le quedaban muchas travesuras por hacer, centenares de correrías por experimentar y un millón de sensaciones por descubrir. Era la primera vez que Sam se enfrentaba a una situación de semejante responsabilidad y no iba a fracasar en su intento por salvar la vida de aquel niño. «Si al menos el doctor Smith estuviera aquí...», pensó recordando a uno de los mejores profesores que había tenido en la universidad. Entonces se le ocurrió una idea como última opción. Sacó de su bolsillo la navaja que siempre llevaba consigo desde que finalizó el servicio militar. «Para sobrevivir ante una situación límite, son imprescindibles tres cosas: valor, templanza y una navaja multiusos», le había aconsejado el teniente en la víspera de su licencia.

Sam se apresuró en tender al niño sobre el suelo y se aseguró de que no hubiera nada que le impidiera estar completamente recto. Notaba que le temblaban hasta las pestañas, así que trató de serenarse respirando varias veces antes de actuar.

—¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer? —preguntó la madre alarmada al intuir lo que se disponía a realizar.

—¡Rápido! Necesito un bolígrafo o una pajita o algo similar —gritó a los allí congregados.

La gente comenzó a buscar entre sus bolsillos y enseguida alguien vociferó desde la puerta:

—¡Yo! ¡Aquí tengo un bolígrafo! —El hombre se apresuró a hacer entrega del objeto.

El silencio que había en un principio se transformó en un murmullo de esperanza entre la concurrencia. Todos se preguntaban para qué querría Sam aquel bolígrafo, pero la madre del niño ya se imaginaba lo que iba a hacer con él. Se llevó las manos al pecho, a sabiendas de que si aquel extraño fallaba, su hijo no viviría.

El pequeño permanecía inconsciente sobre el suelo. Sam llenó sus pulmones de aire y lo expulsó suavemente en un intento de serenar el pulso. Alguien en la puerta pidió a los demás que guardaran silencio para que el joven médico pudiera concentrarse.

Sam palpó con los dedos el cuello del niño para localizar la zona que había entre la nuez y el cartílago cricoides. Justo entre ambas protuberancias localizó el pequeño hueco donde debía realizar la incisión. Cuando la madre del niño vio acercarse la navaja al cuello de su hijo, no pudo resistirlo más y se desmayó.

—Por favor, que alguien se encargue de ella —pidió Sam, antes de seguir ayudando al niño.

El mismo hombre que le había proporcionado el bolígrafo se aproximó a la madre para sujetarle la cabeza mientras Sam continuaba con su intervención. Este volvió a tomar aire y contuvo la respiración cuando hundió la punta de la navaja sobre el cuello del pequeño. Sam realizó un corte limpio de aproximadamente un centímetro de profundidad, a pesar de que las manos le temblaban. Las gotas de sudor caían por su frente y el corazón le latía a un ritmo nada aconsejable.

A continuación abrió la tráquea del niño y colocó el tubo del bolígrafo en el orificio para que el aire pudiera circular. Sam y el hombre que había a su lado observaban expectantes el pecho del pequeño, que no tardó en dar señales de volver a hincharse atrapando el aire del exterior a través del tubo.

Ambos respiraron aliviados al saber que el niño se había salvado. Sam dejó caer su cuerpo hacia atrás buscando apoyo en la pared, pues se sentía exhausto y consumido por la tensión. Se secó el sudor de la cara con la camiseta, ya húmeda de por sí, mientras las personas allí congregadas estallaron en aplausos de alegría. Algunos se abrazaban entre ellos y otros lloraban de felicidad. Sam, sin embargo, se sentía flotar en mitad de aquellas cuatro paredes, como si se hubiera quitado el mayor

peso de encima.

La madre del pequeño despertó de su desvanecimiento y de un impulso se aproximó a su hijo. Este, aunque seguía inconsciente, al menos respiraba. Miró a Sam con los ojos bañados en lágrimas de alegría y, a pesar que de sus labios no salió ninguna palabra, le hizo saber que le estaba infinitamente agradecida. Sam sentía un cúmulo de impresiones en el pecho que jamás antes había experimentado, una mezcla de satisfacción y felicidad incomparables con la sensación de paz que su corazón albergaba en aquel instante. Notaba como si su órgano palpitante hubiera aumentado su tamaño y apenas le cupiera en la caja torácica. Quería llorar, reír, saltar, contarle a todo el mundo que había sido capaz de salvarle la vida a aquel pequeño sin la ayuda de nadie. Pronto se escuchó a lo lejos el sonido insistente de la ambulancia.

—¡Por aquí! ¡Vengan enseguida! —gritaban todos al unísono desde fuera.

Los enfermeros pidieron a los allí presentes que despejaran el lugar y dejaran trabajar a los profesionales. Los médicos atendieron rápidamente al muchacho, que continuaba tendido en el suelo, y se sorprendieron al descubrir lo que había sucedido.

—¿Quién ha practicado la traqueotomía? —preguntó uno de los expertos.

—He sido yo, señor —respondió Sam con un hilo de voz.

—¡Bien hecho, muchacho! —El doctor le dio una palmada en el hombro—. Este niño sigue vivo gracias a tu capacidad de reacción y audacia. Sin duda ha sido una suerte que estuvieras cerca.

Sam seguía flotando. Tan solo era capaz de asentir con la cabeza y observar cómo se llevaban al pequeño en la camilla. Asimismo, la madre del muchacho tuvo que ser atendida por un enfermero que la ayudó a levantarse para acompañar a su hijo en el vehículo. Cuando todos se hubieron marchado, Sam continuó allí sentado durante varios minutos, pensativo, con la mirada perdida en el infinito.

El hombre del bolígrafo regresó para lavarse las manos.

—¡Vamos, chaval! ¿Vas a pasarte ahí el resto del día? Has hecho un gran trabajo, sin duda debes sentirte satisfecho por salvar la vida de alguien. ¡Ojalá todos tuviéramos los conocimientos necesarios para reaccionar ante este tipo de situaciones!

Sam grabó aquellas palabras en su memoria y, durante todo el camino de regreso a casa, no dejó de darle vueltas a lo que el hombre había dicho. Dio vueltas a esta idea durante la comida, y de igual modo durante la tarde que pasó encerrado en su habitación. Ashley lo llamó por teléfono a eso de las siete para contarle un asunto relacionado con un concurso de modelos en el que ella participaría como diseñadora. No estuvo demasiado receptivo con la noticia, pues su cabeza no dejaba de analizar lo sucedido aquella mañana. Incluso optó por no contarle nada a Ashley en vista de que ella parecía extremadamente entusiasmada con su proyecto como para dejarle hablar a él.

Por la noche Sam cenó solo. Sus padres se habían ido a pasar el día a la finca de unos amigos y no iban a regresar hasta tarde. Sintió la necesidad de contarle a alguien

lo que le había ocurrido, y no precisamente para que le felicitaran o alabaran su hazaña, sino más bien en busca de consejo. Jeffry fue la única opción que Sam encontró a mano. El mayordomo le escuchó con una sonrisa de satisfacción en su rostro. Aunque no se lo expresó con palabras, Jeffry se sintió realmente orgulloso de él y enseguida se percató de qué era lo que Sam necesitaba realmente.

—¿Por qué no habla con sus padres, señor? —le aconsejó—. Quizá ellos no sepan que usted tiene otro tipo de inquietudes, y que nada tienen que ver con la cirugía estética.

—Lo sé, pero imagina el disgusto que se llevarían si les digo que no deseo continuar en la clínica —respondió cabizbajo—. Ellos esperan que siga sus pasos.

—Usted es dueño de su vida. No debe hacer las cosas para reconfortar a los demás, sino para sentirse realizado.

—Pero ¿qué podría hacer yo? Dan por hecho que voy a ayudarles con las intervenciones, incluso me han cedido uno de los despachos del edificio.

—Siempre podría utilizar ese despacho para otros asuntos, no creo que eso sea un problema.

Sam tuvo en cuenta los consejos de Jeffry.

—Pensaré en ello. Creo que es una decisión importante y no debería tomármelo a la ligera.

El mayordomo cogió la bandeja con los restos de la cena y se dispuso a llevarla a la cocina.

—Dígame una cosa, señor —agregó antes de abandonar la estancia—. ¿Cree que una persona es capaz de adivinar su destino o que, por el contrario, más bien lo provoca? —Y con una sonrisa apenas perceptible en los labios, Jeffry dejó a Sam solo, sumido en sus pensamientos.

Capítulo 3

Al día siguiente Sam llegó pronto a la clínica. El señor Lawson se encontraba desde primera hora de la mañana resolviendo algunos asuntos pendientes en su despacho, y cuando supo que su hijo esperaba en el quirófano para la primera intervención, dejó lo que estaba haciendo para ir a reunirse con él.

Como todo lo que rodeaba a la familia Lawson, el diseño de la clínica no podía ser menos que algo realmente inusual. Tras las cuatro remodelaciones hechas desde la apertura de las consultas, el edificio presentaba ahora un aspecto exclusivo y relajante a la vez. El trazado de la clínica era diferente, puesto que no tenía recepción; el equipo deseaba potenciar la sensación de familiaridad y cercanía con los pacientes recibéndoles personalmente en la entrada. Tras su llegada, estos eran conducidos por un pasillo que, a primera vista, generaba una impresión confusa, ya que las sinuosas paredes de uno de los lados eran de color chocolate oscuro, mientras que en el opuesto eran de color blanco mate. El contraste entre el claro y el oscuro prevalecía en toda la clínica, excepto en las dos salas de operaciones, dotándola de un aspecto moderno.

Sin embargo, no siempre había sido así. Sam aún recordaba cuando, de niño, sus padres lo sentaban en la sala de espera con un par de juguetes con los que entretenerse mientras ellos atendían a los pacientes. Todo era mucho más sencillo y modesto entonces. Solo dos tipos de personas tenían acceso a los beneficios de la cirugía estética: las que llegaban derivadas por orden de un médico clínico tras haber sufrido un grave accidente o aquellas que tenían el dinero suficiente para mejorar su aspecto por gusto. Por suerte para Sam, cuando era niño sus padres aún no contaban con la fama ni el prestigio necesarios para recibir a este segundo tipo de pacientes, y esto le había permitido disfrutar de la compañía de sus progenitores a menudo.

Todo cambió cuando, un buen día, el alcalde de Canberra entró por la puerta acompañado de su amante, una exuberante mujer algunos años más joven que él, para pedir opinión sobre un aumento de pecho que esta quería hacerse. Al parecer, el alcalde había decidido viajar hasta Sídney con la intención de llevar la operación de la forma más discreta posible.

Los señores Lawson, como era de esperar, aseguraron discreción absoluta a la pareja. Lo malo fue que ninguno de ellos contó con la indiscreta mirada de un fotógrafo que llevaba meses intentando cazar al alcalde en uno de sus deslices, y finalmente lo consiguió. El *paparazzi* captó imágenes de la pareja saliendo de la clínica agarrados de la mano, después besándose en el interior de un coche y días más tarde magreándose por la noche a la salida de un restaurante. Quedó bien claro que el resultado del trabajo realizado por los doctores fue muy positivo, pues en las fotos publicadas en la revista se veía al hombre embutiendo la cabeza en el interior del gran escote de la señora y disfrutando de aquel festín de silicona.

Una vez hecho público el escándalo, la rubia despampanante plantó al alcalde, pues ya había conseguido lo que quería: fama. Se paseó por diversos platós de televisión hablando sobre su idilio y mostrando con orgullo su pletórico escote a los telespectadores. Hasta que un día se le ocurrió pronunciar el nombre de la clínica Lawson por televisión, y de cómo el magnífico trabajo de sus profesionales le había cambiado la vida. Fue a partir de ahí cuando la carrera del matrimonio despegó. Cada vez más famosos y gente adinerada se ponían en las manos de los Lawson, ya no tenían que viajar a la capital para hacerse una buena cirugía. Confiaban plenamente en la pareja.

Sam, por su parte, tuvo que sufrir en silencio la ascendente trayectoria de sus padres, puesto que con tanto trabajo, cada vez tenían menos tiempo para él. Al final no le quedó otra opción que seguir los pasos de sus padres si quería sentirse como uno más del equipo y no como un mero observador.

—Buenos días, hijo. Hoy has llegado pronto —le saludó su padre mientras se desinfectaba las manos—. Tenemos un día duro, nos esperan dos mamoplastias y una pexia mamaria.

—Sí... bueno... quería comentarte algo antes de entrar en quirófano. —Sam se había pasado la noche en vela reflexionando sobre lo que había hablado con Jeffry.

—Imposible, la señora Bomer espera. El anestesista ya la ha sedado —anunció Peter mientras continuaba con el exhaustivo protocolo de higiene.

Sam lo imitó en sus movimientos.

—Pero, papá, esto es importante.

—Anda, ven. —Le señaló con la cabeza—. Puedes contarme qué te inquieta mientras estamos ahí dentro.

La señora Bomer se hallaba tendida sobre la camilla y entubada. El anestesista ya le había aplicado los analgésicos necesarios para dormirla, así que todo estaba listo para la intervención. La enfermera, que tenía los utensilios preparados sobre la mesa de operaciones, ayudó a Sam y a su padre a que se colocaran las mascarillas. El doctor Lawson estudió la fisionomía de la mujer, no podía decir que tuviera unos senos pequeños, pero sabía que tras la operación se verían mucho más firmes y turgentes.

—Verás, papá, ayer me sucedió algo insólito —apuntó Sam mientras le entregaba

a su padre el bisturí—. Iba corriendo por el parque cuando de pronto...

—Gasa —interrumpió el señor Lawson dirigiéndose a la enfermera para que limpiara el hilo de sangre que salía por el surco submamario.

—Oí que alguien gritaba desde el interior de los aseos y me acerqué para ver qué sucedía.

—Por favor, hijo, sujeta aquí —le pidió mientras seguía la conversación.

—Había un chaval que se estaba ahogando con un caramelo y tuve que practicarle la maniobra de Heimlich.

—Bien hecho, hijo —respondió su padre concentrado en la operación. Una vez hecha la incisión, el doctor llegó hasta el tejido mamario.

—Pero fue inútil. Aquel dichoso caramelo se negaba a salir, así que tuve que pensar rápido y decidí practicarle una traqueotomía. —Sam estaba entusiasmado con su relato.

—¿De verdad? —El doctor Lawson levantó la vista unos segundos hacia su hijo—. Eso es algo serio, porque si te equivocas de hueco, el fallo es mortal.

—Lo sé, papá, pero lo hice bien. ¡Salvé la vida de ese niño! —Aunque la mitad del rostro de Sam estaba tapado, sus ojos delataban una gran excitación por lo sucedido.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. Estoy realmente orgulloso de ti, hijo —pronunció su padre dejando entrever una sonrisa bajo la mascarilla—. Por favor, pásame la primera prótesis.

Sam tomó entre sus manos el implante de silicona y lo observó detenidamente durante unos segundos. Después de narrarle la aventura a su padre y recordar la milagrosa sensación de salvar la vida de aquel chico, no pudo evitar fijar sus ojos en aquella cosa blanda y artificial que sujetaba entre los dedos. Artificial. Artificial. Aquella palabra no dejaba de dar vueltas en su cabeza. ¿Qué otra sensación podría ser equiparable a la de salvar vidas? Definitivamente, colocar tetas postizas no era una de ellas.

—Verás, papá, he pensado que me gustaría probar otras especialidades antes de decidirme por la cirugía estética. —El doctor hizo caso omiso.

—Sujeta aquí mientras coloco el implante —le indicó para que abriera el hueco por donde debía introducir la masa de silicona.

—No estoy seguro de que esto sea lo mío, ya sabes, lo de colocar pechos —le indicó temiendo una respuesta negativa.

—Bueno, siempre puedes dedicarte a hacer liposucciones. Mamá no da abasto con su trabajo —dijo mientras le hacía una señal con la mano para que acercara la segunda prótesis.

—No me refiero a eso —respondió entregándosela y abriendo con los dedos los pliegues por donde había que introducirla—. Lo que quiero decir es que deseo explorar otras opciones dentro de la medicina que no tienen que ver con la estética.

—Y ¿por qué ibas a querer hacer eso? —preguntó el padre con la vista aún

clavada en los senos redondos que acababa de colocar—. Aquí tienes un futuro.

—Lo sé, pero es un futuro que no me llena. Papá —lo llamó, para que le dedicara una mirada—, vosotros elegisteis esto para mí, sin contar con lo que yo deseaba en realidad.

—Y ¿qué es lo que deseas? —El señor Lawson se detuvo en su maniobra de cosido para escuchar con atención a su hijo.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Solo sé que esto no es para mí. —Señaló con la vista los dos montículos perfectamente redondos de la paciente—. Me gustaría intentar otras cosas.

—Bien. Entonces aclárate y, cuando lo tengas decidido, volveremos a hablar. —Tras pronunciarse, el doctor continuó con su trabajo.

Capítulo 4

A Sam le había parecido demasiado fácil convencer a su padre; es más, dudaba de que se hubiera tomado en serio sus palabras. No era fácil hacer cambiar de opinión al doctor Lawson. Aunque muchos creyeran que el mero hecho de ser multimillonario le facilitaba las cosas, en realidad su padre era bastante estricto con la educación de su único heredero, y no siempre le dejaba hacer lo que quería. Por eso, aquella misma tarde, Sam decidió visitar a su profesor de facultad, el doctor Smith, con quien tenía una gran confianza desde que le diera clases de histología.

Smith era un tipo raro, huraño más bien. Apenas se relacionaba con el resto de profesores y, cuando lo hacía, sus exigencias médicas y docentes exasperaban a los demás, pues nunca se conformaba con lo fácil, siempre buscaba casos complicados e insólitos con los que evaluar a sus alumnos. No obstante, casi nadie se atrevía a contradecirlo, puesto que las calificaciones finales y la profesionalidad adquirida por sus estudiantes superaban con creces a las del resto de alumnado.

Sam recordó la primera vez que vio al doctor Smith entrar por la puerta del aula. Los alumnos, sorprendidos por su aspecto desaliñado, se miraban unos a otros. El doctor tenía el pelo cano y despeinado, la expresión de su cara era más bien de despiste, tenía que levantar la cabeza para ver a través de sus diminutas gafas de cerca, y su bata blanca dejaba claro que no había pasado por la lavadora en semanas. Mientras que sus compañeros pensaron que aquel tipo era un mamarracho con un título, a Sam le pareció un hombre peculiar. Había algo en él que le transmitía curiosidad y confianza a la vez. Quizá fuera porque las arrugas de su cara revelaban veteranía, o tal vez porque su mirada perdida era el reflejo de una vida llena de experiencias fascinantes. En cualquier caso, nunca se lo puso fácil a ninguno de ellos. Todos conocían su fama, sabían de sobra que ser su discípulo otorgaba un gran prestigio al currículum de un nuevo médico. Por eso todos querían asistir a sus clases, pero no todo el mundo podía. Solo unos pocos afortunados conseguían entrar en su círculo.

Aquel primer día, el profesor Smith no dio demasiadas explicaciones sobre cómo elegiría a sus alumnos. Se dirigió a ellos de forma directa y sin rodeos.

—A veces me equivoco —soltó para sorpresa de los allí presentes—. Tengo un don para la observación, para entender a la gente y las situaciones. Pero a veces me equivoco. Esta va a ser la prueba más larga de sus vidas, señores. Les pondré a prueba de diferentes maneras y en ocasiones les parecerán injustas e incluso humillantes. —El murmullo entre los alumnos no se hizo esperar. El profesor ignoró el molesto ruido y continuó con su discurso—. Y a menudo con razón —confesó—. Miren a su derecha y después a su izquierda. Dentro de dos semanas uno de ustedes se marchará, acompañado de cuarenta y tres más. —A Sam le pareció distinguir una leve sonrisa de satisfacción en el rostro del profesor mientras cogía sus papeles y se disponía a abandonar el aula—. Abróchense los cinturones —les advirtió con un gesto de despedida.

El segundo día de clase fue incluso más insólito. Los alumnos esperaban en el aula nerviosos por lo que había dicho el profesor el día anterior. Cuando por fin apareció, diez minutos tarde y sin saludar, fue directamente a su mesa, proyectó la imagen de un hombre sobre la pantalla digital y preguntó:

—¿Alguien conoce a este hombre? —Ninguno se atrevió a decir nada por miedo a equivocarse—. Vamos, arriésguense. No voy a echarles de mi clase cada vez que se equivoquen.

Finalmente, una joven de la primera fila levantó la mano.

—El doctor estadounidense William Morton, pionero en la aplicación de anestesia en cirugía.

—Puede abandonar mi clase, señorita —decidió el doctor para sorpresa de todos. No le dio opción a réplica, y la muchacha tuvo que recoger sus libros y salir del aula con la cabeza gacha.

A Sam le sonaba la cara de aquel hombre. Se parecía al personaje de una película que había visto en televisión hacía años, cuando era niño. Era consciente de que sería una locura, pero por algún motivo su boca habló antes que su cerebro y de pronto soltó en mitad de la clase:

—Es un actor, creo que se llama Roland Ebson, hizo de mago en una película infantil hace años.

El catedrático miró a Sam por encima de sus gafas.

—Efectivamente, señor...

—Lawson, Sam Lawson —contestó.

—Bien, señor Lawson. Veo que sus horas frente al televisor le han servido de algo —ironizó el profesor—. Pues a este hombre se le diagnosticó alergia al polvo de aluminio que contiene el maquillaje. Le fallaron los pulmones y casi se muere. La cuestión es: ¿por qué?

—Acaba de decir que era alérgico —intervino otro chaval que había en la última fila.

—¿No le funcionan los oídos por ahí detrás, caballero? —le regañó—. He dicho que se le diagnosticó alergia. Puede abandonar la sala usted también. Gracias. —Otro

alumno descartado para el proyecto del profesor Smith—. Ya que por el momento ustedes no están capacitados para atender a un paciente real, vamos a averiguar qué le sucedió a Ronald Ebson hace setenta años. Quiero siete alternativas de diagnóstico para mañana.

Si ya creían que la clase del segundo día había sido atípica, la del tercero fue, por calificarlo de algún modo, absurda.

—Por favor, los alumnos que ocupan la primera fila pueden ahorrarse la molestia de oír mis explicaciones y marcharse por donde han venido —fue lo primero que dijo nada más entrar. Ni siquiera se paró a comprobar quién se había sentado en la primera fila. En silencio, y de uno en uno, fueron abandonando la sala—. No me gustan los empollones, siempre me han parecido unos pedantes —se explicó.

Sam no sabía a qué atenerse con aquel hombre. Por muy extravagante y pretencioso que resultara, a él le parecía un tipo singular, digno de admiración. No tenía muy claro si su diagnóstico era correcto, pero se había pasado la tarde anterior buscando en Internet información sobre el polvo de aluminio del maquillaje: propiedades, posibles efectos adversos, beneficios o consecuencias ante una exposición prolongada y según el tipo de piel... Cada alumno había trabajado en el caso de manera individualizada y todos tenían sus respuestas sobre la mesa listas para ser evaluadas.

—Siguiente caso —dijo de pronto el profesor Smith sacando sus apuntes de una carpetilla.

—Pero... ¿y qué pasa con el polvo de aluminio? —se atrevió a preguntar un alumno de la tercera fila.

—Da igual —soltó sin más—. Nuestra siguiente paciente es una mujer de treinta años con sinestesia. Pueden exponer sus teorías en este momento, estaré encantado de escucharlas.

Ninguno daba crédito a lo que estaba sucediendo. Aquel doctor estaba definitivamente chiflado. Había pasado de un caso clínico a otro sin explicación alguna.

—¿No va a darnos ningún otro detalle? —preguntó una chica de forma tímida.

—Pueden hacer las preguntas que deseen. —Y dicho esto, el doctor tomó asiento junto a su pupitre esperando oír algún planteamiento.

Esta vez fueron doce alumnos los que decidieron, *motu proprio*, abandonar la clase. Debieron de pensar que aquello era un chiste y que el profesor se estaba riendo de ellos. Sin embargo, Sam se quedó. Tenía curiosidad por conocer un poco más a aquel hombre.

—¿La paciente tiene antecedentes de síntomas similares? —se atrevió a preguntar.

—No —respondió el doctor de forma escueta.

—¿Tiene prescrito algún tratamiento o consume alguna droga? —continuó preguntando.

—No.

—¿Alguien próximo a esa mujer ha estado enfermo? ¿Familiares, compañeros...?

—No.

—En mi opinión se debería realizar un electro, una resonancia y una angiografía para descartar algún trombo —irrumpió otro chaval con valentía.

—Me parece bien. —El catedrático miró su reloj de pulsera—. Ahora debo irme. Espero nuevas soluciones para el próximo día.

El desconcierto entre los alumnos estaba asegurado. Ninguno creía que al día siguiente pudieran volver sobre el mismo caso. De hecho, pensaban que el doctor plantearía otra cuestión y todo el trabajo realizado no serviría para nada. Sam se lo tomó como un reto. Cada planteamiento que hacía el doctor Smith le parecía más insólito e interesante que el anterior. Estaba cansado de estudiar los típicos casos clínicos de las consultas: gripes, neumonías, apendicitis... Él buscaba un desafío mayor.

No fue Sam quien al final dio con la solución al problema de la paciente, sin embargo, participó en todos los planteamientos y proyectos que se hicieron en clase. El doctor se fijó en él desde el primer día que lo escuchó hablar. Había algo especial en aquel chico.

Finalmente, Sam, junto con unos pocos elegidos, tuvo el privilegio de asistir a las clases del profesor Smith, donde aprendió no solo a ser un buen médico, sino también a buscar respuestas donde no las había.

Sam llegó en hora punta a la universidad, le pareció estar volviendo a sus años de estudiante. Los alumnos abandonaban el edificio entre charlas y risas, algunos planificando la fiesta del fin de semana, otros comentando la última lección del día, y los menos afortunados se marchaban cabizbajos porque habían suspendido algún examen. Sam observaba a los estudiantes con cierta nostalgia mientras se adentraba en la facultad. Sus años como alumno estuvieron llenos de buenos momentos y siempre recordaría esa etapa como la mejor de su vida.

Atravesó los pasillos que separaban las aulas de los despachos de los catedráticos y fue directo al del doctor Smith. Cuando llegó, encontró la puerta cerrada, pero sabía perfectamente que el profesor nunca abandonaba la facultad antes de las seis de la tarde. Tocó con los nudillos antes de entrar.

—Adelante. —Se escuchó desde el interior.

—Buenas tardes, doctor Smith.

El catedrático se hallaba absorto en la pantalla del ordenador intentando enviar unos documentos.

—¡Vaya, vaya, mi querido Sam Lawson! Qué grata sorpresa —dijo el viejo profesor dedicándole una breve mirada—. Disculpe un segundo, esta maldita máquina va a acabar con mi paciencia.

A Sam le pareció divertido ver cómo su profesor miraba la pantalla elevando el cuello y arrugando la nariz para enfocar las letras a través de aquellas diminutas gafas. Luego golpeaba el teclado de manera impaciente.

—Jamás entenderé estos aparatos. No hay nada como una buena máquina de escribir y un servicio postal en condiciones.

El viejo profesor estaba a punto de jubilarse y se negaba a dedicarle tiempo a las nuevas tecnologías. Los últimos años de trabajo incesante y su frenético ritmo de vida lo habían dejado casi en los huesos. Sin embargo, ofrecía un aspecto sereno, propio de alguien que disfrutaba de su oficio.

—¿Me permite? —Sam se aproximó a la mesa cuando este le invitó con un gesto de manos—. Veamos, lo que usted pretende adjuntar un archivo, ¿no es así?

—Son las notas del primer trimestre, quiero enviárselas a los alumnos. Pensé que sería sencillo, pero creo que prefiero el sistema de antes: colocar un listado en el tablón y punto.

Sam no tardó ni dos segundos en realizar lo que el doctor Smith llevaba intentando desde hacía aproximadamente una hora.

—Me parece que debería plantearme la jubilación para mañana mismo. Estos malditos cacharros me superan.

—No diga eso. Usted es un profesor excelente —respondió Sam con una sonrisa amable.

—Y bien, hijo, ¿qué le trae por aquí?

Sam se acomodó en el asiento que había frente a la mesa del profesor. Carraspeó antes de hablar.

—Verá, quería consultarle una pequeña duda.

—Usted dirá. —El catedrático se inclinó hacia delante, recolocó sus gafas y apoyó los brazos sobre el escritorio.

—Bueno, como bien sabe, desde que terminé mis estudios en medicina, he dedicado estos meses a ayudar a mis padres en su consulta.

—¡Ah, sí! ¿Cómo se encuentran el señor y la señora Lawson?

—Bien, bien. Siguen trabajando, como siempre. —Sam no quería que la conversación se desviara hacia sus padres—. El caso es que últimamente no encuentro ningún sentido a la cirugía estética, como médico, me refiero. No me siento realizado con lo que hago.

El viejo profesor guardó silencio y esperó a que Sam continuara con su explicación.

—Creo que lo mío es... —Dudó unos instantes, no quería parecer ridículo— salvar vidas.

El doctor Smith soltó una carcajada. Sam no entendió por qué su profesor reaccionaba de esa forma. ¡Ni que hubiera contado un chiste!

—Por supuesto, muchacho. —El doctor se levantó de su asiento para acercarse a Sam—. ¿Puedo confesarle algo?

Él asintió con la cabeza, dubitativo.

—Eso ya lo sabía yo desde el primer día que entró por la puerta de mi clase.

—¿Cómo...?

—Conozco a sus padres desde hace mucho tiempo, ambos grandes profesionales, por supuesto. De hecho, yo di clases a su madre hace algunos años.

—Nunca me lo dijeron.

—Supongo que quisieron evitar favoritismos, cosa que les honra. —Tomó asiento sobre el escritorio, junto a Sam—. Es normal que sus padres hicieran planes para su futuro, no debe culparles, cualquier otro haría lo mismo por sus hijos. Pero usted es diferente, señor Lawson. Intuí por su forma de ser que tarde o temprano se daría cuenta de que ese mundo de la estética no está hecho para alguien como usted, aunque si le soy sincero, no esperaba que abriera los ojos tan pronto.

Sam escuchaba sorprendido las palabras de su profesor. Ciertamente era que siempre le había considerado algo más que un simple tutor. El doctor Smith había mostrado un gran interés por la carrera de Sam y, cada vez que podía, le esperaba en su despacho para solventarle las dudas que le surgían.

—Si le soy sincero, no tengo claro qué es lo que quiero hacer —confesó dejando caer el peso de su cuerpo sobre el respaldo de la silla.

—Si me lo permite, creo que puedo ayudarle a tomar una decisión. —El profesor se levantó con cierto júbilo y se aproximó a una enorme cajonera que había tras la puerta. Abrió el tercer cajón y comenzó a rebuscar entre los papeles—. Veamos, ¿dónde he guardado los impresos?

Sam se aferró a los brazos de la silla preguntándose qué demonios se le habría ocurrido. Centró la mirada en el rostro despistado del doctor Smith mientras este regresaba a su escritorio y desplegaba varios documentos sobre la gastada superficie. El viejo profesor fue pasando cada uno de los documentos y se inclinó sobre uno de ellos.

Un silencio incómodo inundó la habitación mientras lo estudiaba con detenimiento. Sam trataba de respirar con tranquilidad, convenciéndose de que no tenía motivos para sentirse nervioso; después de todo, la decisión de abandonar la cirugía estética era suya.

—Aquí está —dijo alzando unos papeles de manera triunfal—. Hace poco menos de un mes llegó a mi despacho un modelo de solicitud para trabajar como voluntario en un hospital de Damasco.

—¿Damas... qué? —Sam no estaba seguro de haber entendido con claridad sus palabras.

—Damasco, capital de Siria —aclaró el viejo profesor.

Sam había oído hablar de esa ciudad en la televisión no hacía mucho, por alguna razón que ni siquiera recordaba. La mueca de su rostro dejó claro al doctor que no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—¿No escucha las noticias, muchacho?

—Sí..., bueno..., a veces —respondió avergonzado.

—¡Ay, esta juventud! —El viejo profesor elevó las manos al cielo para luego dirigirle una mirada a su alumno—. Desde hace unos meses, la población civil en Siria está sufriendo las consecuencias de la lucha entre el gobierno y los opositores que intentan derrocarlo.

Aquello empezaba a sonarle. Había leído en el periódico que otros presidentes de Oriente Próximo habían caído como consecuencia de la presión popular hacía varios meses, y supuso que la situación en Siria sería parecida.

—Los enfrentamientos están siendo cada vez más numerosos. La gente del pueblo está harta de la dictadura del país y lucha por consolidar una democracia. Pero claro, el gobierno no está por la labor y es raro el día que no hay algún ataque con bajas civiles —explicó—. Un antiguo compañero de la facultad me ha pedido el favor de buscar voluntarios para ayudar en el principal hospital de Damasco. Por desgracia, nadie se ha ofrecido a viajar hasta allí, supongo que la vida en Sídney es mucho más cómoda y sencilla. —Guardó silencio durante unos segundos—. Su presencia allí les supondría una gran ayuda, dado que están faltos de profesionales de la salud. Andan desbordados y no tienen tiempo ni medios para atender a todo el mundo.

Sam no respondió, estaba demasiado sumido en la propuesta como para hacerlo. Damasco, capital de Siria. Demasiado lejos de casa. Ni siquiera conocía el idioma, ¿cómo podría comunicarse con la gente? Él tenía en mente algo más parecido a las urgencias del hospital San Vicente, donde no faltaban medios para atender a los heridos y contaban con todos los materiales necesarios y de última generación para curar a los enfermos. Pero Damasco... ¿Cuál era el principal hospital de aquella ciudad?, ¿qué podría encontrarse en un lugar como aquel?, ¿qué tipo de vida llevaría la gente en un país sumido en el caos? ¿Y si no era capaz de adaptarse a sus costumbres? Lamentablemente, Sam solo quería ayudar a los más necesitados... de su país.

—No voy a engañarle, hijo —continuó el profesor viendo que Sam no decía nada—. Aquello es un inmenso barril de pólvora a punto de estallar, al menos tiene toda la pinta. Pero también es cierto que allí es donde más realizado se podría sentir alguien que tiene sus inquietudes. La gente inocente está muriéndose y muchos han comenzado a desplazarse a refugios donde ni siquiera tienen comida que llevarse a la boca o agua para dar a sus hijos. Créame, si yo fuera más joven, es donde elegiría estar.

Sam volvió a recordar la escena del chaval en el parque. Resolvió el problema sin ningún medio a su alcance, tan solo la navaja que portaba y un simple bolígrafo salvaron la vida de aquel muchacho. Quizá sus manos y su poca experiencia fueran más valiosas en un país conflictivo y vulnerable, y no en una sociedad donde la ciencia avanzaba a gran escala y había suficientes profesionales como para atender a toda una población. Definitivamente, Damasco era una opción a tener en cuenta.

—Supongo que sus expectativas eran otras —dijo el profesor al ver que Sam no

respondía—. Es comprensible. Usted es joven, quiere disfrutar de la vida, salir con los amigos, ganar dinero para...

—Lo haré —interrumpió mirando a su maestro directamente a los ojos—. Creo que podré conseguirlo.

El doctor Smith esbozó una amplia sonrisa al oír a su alumno favorito pronunciar aquellas palabras. Estaba orgulloso de él, siempre supo que era un joven valiente y decidido, como lo había sido él mismo en tiempos mejores. Si hubiera tenido un hijo, definitivamente le habría gustado que fuera como Sam: inteligente, fuerte, arriesgado... Sam se levantó de golpe de la silla y se dirigió a la puerta a grandes zancadas. La emoción le embargaba y se sintió impaciente por planificar el viaje. Había dicho «sí» tan apresuradamente que tuvo miedo de arrepentirse y echarse atrás.

—Gracias, profesor —se despidió ilusionado por la decisión que acababa de tomar—. Será mejor que me marche y me enfrente a la parte más difícil de la misión: contárselo a mis padres.

—Una cosa más, muchacho —le advirtió el viejo profesor antes de que saliese por la puerta. Se colocó las gafas y su semblante se mostró serio—. Quiero que no olvide lo que voy a decirle. —Se aclaró la garganta para continuar—. La fuerza mental es una aliada valiosa para el hombre, pero igualmente peligrosa para el que no la sabe utilizar de forma correcta. Ocurre lo mismo con la medicina. Comparándola con la historia de la humanidad, la medicina aún está en pañales. Si mira a su alrededor, observará cuánto conocimiento nos falta todavía.

Sam no supo interpretar las palabras del doctor en aquel momento, pero pronto las experimentaría por sí mismo. Tras una leve inclinación de cabeza, Sam cerró la puerta y corrió por los pasillos eufórico. Podía hacerlo. Quería probar cosas nuevas, vivir intensas aventuras, conocer lugares diferentes y, sobre todo, ayudar a los que más lo necesitaban. Entretanto, el profesor Smith cogió el auricular, marcó un sinfín de números y esperó respuesta al otro lado de la línea.

—¿Sí? —respondió una voz masculina.

—Lo prometido es deuda. En breve tendrás al mejor médico de Australia.

Capítulo 5

Y ¿qué va a pasar con nosotros? —preguntó Ashley con un nudo en la garganta.

—Solo serán unos meses, un año a lo sumo —respondió Sam aguantando la respiración.

—¿Un año? ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

Sam era consciente de que su chica no se lo iba a poner fácil, y no la culpaba. Sabía que no sería sencillo para ella (y por supuesto tampoco para él) separarse tanto tiempo. Pero después de hablar con sus padres y regresar a la universidad para concretar ciertos aspectos con el doctor Smith, Sam veía necesario quedarse en Damasco al menos durante diez meses. Así tendría tiempo suficiente para aprender y decidir por fin si lo suyo era o no la cirugía estética.

Sam llevó a Ashley a dar un paseo en su flamante coche nuevo. Detuvieron el vehículo junto a un acantilado para observar desde allí el mar infinito. A Sam le resultaba un paisaje apacible y por lo tanto ideal para dar una noticia como aquella.

—Cariño, nada tiene por qué cambiar. Tú aún debes terminar el curso en la escuela de diseño, y cuando te quieras dar cuenta, ya habré regresado. —Sam acariciaba la mano de Ashley para tratar de sosegarla.

—Pero, mi amor, ¿qué van a pensar mis padres y mis amigas? —refunfuñó—. Creerán que te has hartado de mí y que por eso te marchas.

—¿Cómo van a pensar algo así? —A Sam le pareció una excusa un tanto infantil, pero aun así trató de quitarle esa idea de la cabeza—. Nuestros padres acaban de conocerse, ¿qué otra prueba necesitas para darte cuenta de que lo nuestro va en serio?

Ella dudó antes de responder y al final lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y si nos comprometemos antes de que te marches? —sugirió dando un respingo en el asiento.

—¿Comprome... ternos? —Las alarmas de Sam saltaron como las de una ambulancia—. No te sigo.

—Ya sabes, tonto, comprometernos: una fiesta de compromiso, amigos que presencien el momento, un anillo con un pedrusco enorme... —Ella sonreía mientras los ojos le hacían chiribitas.

Sam se aclaró la garganta.

—Ejem..., bueno..., no sé..., creo que es un poco precipitado. —Le dieron ganas de abrir la puerta del coche y salir de allí corriendo—. Me parece que es un poco repentino, me marcho la semana que viene.

—No importa —dijo Ashley bastante emocionada—. Puedo pedirle a mis padres que nos dejen el chalet de Canberra, una empresa encargada en organización de eventos hará todo el trabajo.

—Creí que los de Canberra te parecían unos paletos —le recordó.

—Oh, bueno, sí que lo son. Pero llevaremos hasta allí a nuestros amigos y será como estar en casa.

El aire en el interior del vehículo comenzaba a escasear y Sam tuvo que abrir las ventanillas para poder respirar, le faltaba el aire.

—Me parece que nos estamos precipitando. Un compromiso es algo muy serio, no es para tomárselo a la ligera.

Ashley hizo una mueca y cambió el gesto de su cara.

—¿Me estás diciendo que esto no te parece serio?

—Bueno..., montar un circo solo para que tus amigas sepan que nos hemos comprometido no me parece lo más serio.

—¿Un circo? —Ahora Ashley estaba indignada—. ¿Eso es lo que piensas de nosotros? ¿Crees que nuestra relación es un circo? —Soltó la mano de Sam bruscamente.

—Ashley, por favor. No estoy diciendo eso. —Sam dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro de exasperación—. Pero debes entender que solo llevamos juntos seis meses, nuestros padres ya se han conocido de manera oficial y un compromiso a estas alturas no va a cambiar las cosas.

Su chica se cruzó de brazos y le dio la espalda. Sam se frotó la cara con las manos tratando de buscar las palabras adecuadas.

—Yo te quiero, Ashley, ¿acaso no te basta con eso?

Ella abrió la puerta del coche y se bajó enfadada dando un fuerte portazo al cerrarla.

—No. No me basta. Te quiero entero para mí —le recriminó desde la ventanilla—. Además, no sé qué demonios pintas tú en un país lleno de despojos humanos, sin la prosperidad y el lujo que tenemos aquí. —De pronto mostró una sonrisa perversa—. No aguantarás allí ni dos días, y después vendrás a pedirme de rodillas que vuelva contigo.

Y sin más, se fue hacia la carretera dando grandes zancadas y contoneando las caderas, e inesperadamente tomó el primer taxi que pasaba por allí.

Sam sintió en ese momento una intensa soledad. Prefirió sumirse en el silencio antes que intentar arreglar las cosas. Se quedó allí, en el coche, petrificado, con la impresión de haberse convertido en una bomba cuya artificiera estuviera a punto de hacer saltar por los aires si reclamaba su derecho a elegir su futuro.

Quizá aquello no fuera más que un error. Quizá estuviera destinado a vivir junto a Ashley en Sídney. Formarían una familia, Sam heredaría la clínica, ella cumpliría sus sueños en el mundo de la moda y vivirían felices con sus tres hijos en una mansión posiblemente más grande y suntuosa que la de sus padres. Tenía muy claro cuál sería su futuro si se quedaba, de hecho debía haberlo sospechado el día que la conoció.

Fue en una fiesta universitaria, en el club privado De Nom, situado en Oxford Street. Aquel lugar estaba ambientado en el París del siglo XVIII. Su dueño soñó con crear un espacio que recordara al palacio de Versalles, por lo que cuidó hasta el más mínimo detalle: asientos tapizados en terciopelo, madera de raíz de nogal para la barra, mobiliario cubierto de bronce con incrustaciones en oro hechas a mano... hasta las copas de vino habían sido fabricadas por encargo y en cristal checo. Los diez mil dólares que los miembros del club abonaban todos los años a su propietario costeaban los excesivos gastos del local. Solo unos pocos afortunados, entre ellos los hijos y los amigos de políticos, médicos y grandes representantes de la ciudad, tuvieron la gran suerte de ser invitados aquella noche.

Como en casi todas las ocasiones, Sam fue acompañado por Walter, cuyo afán por echar una cana al aire se hizo patente desde el minuto uno. Nada más atravesar la entrada, localizó al fondo de la sala a un grupo de cinco muchachas que reían y cuchicheaban entre ellas. Así era Walter, podía captar el perfume de una mujer a quinientos metros y vislumbrar unas bonitas piernas aun en la más absoluta oscuridad. Aquellas minifaldas se le antojaban irresistibles. Sam lo miró de reojo cuando distinguió aquella sonrisa tan elocuente en su rostro. Podía adivinar sus pensamientos solo con verle la cara.

—Ni lo sueñes —le dijo contestándole a la sonrisa.

—No he dicho nada. —Walter volvió la mirada al grupo de chicas—. Si lo prefieres, podemos hablar sobre la reproducción de los batracios en la península Ibérica. Tengo entendido que están en peligro de extinción...

—¡Oh, calla, Walter! —suplicó Sam—. Está bien, hablaremos con las chicas, pero procura guardar tu repertorio de chistes malos para otro momento. No quisiera tener que recoger del suelo los pedacitos de tu corazón esta noche. Ya puedo imaginar lo que va a pasar: te encapricharás de alguna de ellas, te dará calabazas y al final seré yo quien tenga que aliviar tu orgullo malherido.

Walter no contestó al pronóstico de su amigo. Pidió una copa en la barra y se acercó al grupo de chicas.

—Buenas noches, bellas damas —saludó de forma cortés. Las chicas dejaron de hablar entre ellas para comprobar quién había osado interrumpirlas—. Mi amigo y yo nos preguntábamos si sois de por aquí, recordaríamos a unas mujeres tan guapas si las hubiésemos visto antes.

Sam quiso morir de la vergüenza. Por fortuna, una de ellas se mostró receptiva con Walter y enseguida le contestó.

—Es la primera vez que venimos a este sitio. Estamos en segundo año de la

universidad. —Otra de las muchachas le dio un codazo para que no desvelara que era la primera vez que trataban con «chicos mayores». No quería que pensarán que eran unas simples novatas.

No tardaron en admitirlos en su grupo. Que dos veteranos quisieran relacionarse con ellas suponía la aceptación en el mundo de los adultos, un privilegio al alcance de pocas primerizas.

A pesar de las advertencias de Sam, Walter enseguida hizo uso de la recopilación de chistes que guardaba para casos importantes. Lo más sorprendente de todo era que las muchachas parecían estar encantadas con las ocurrencias del más bajito de los dos, cosa que sorprendió gratamente a Walter, pues nunca se había visto rodeado de tantas mujeres expectantes.

Sam, por su parte, disfrutó de la buena fortuna que acompañaba a su amigo aquella noche. Trató de mantenerse al margen casi todo el tiempo y dejó que él disfrutara de su gran éxito por una vez. Se fijó en cada una de las chicas: las había más altas, más bajas, más delgadas, más rellenas, morenas, pelirrojas y una rubia en concreto que no parecía divertirse como las demás con los chistes de Walter.

Aquella rubia se levantó en un momento dado del sofá y se dirigió a la barra para pedir una copa. Sam la siguió con la mirada; era una muchacha delgada, esbelta, con unos ojos grandes y una piel blanca como la de una muñeca de porcelana. Su melena dorada caía por su espalda como una cascada y su forma de caminar coqueta no le pasó desapercibida. Decidió seguirla hasta la barra y se colocó a su lado.

—Póngame lo mismo que a la señorita —pidió al camarero—. Espero que al menos lleve algo de alcohol.

La muchacha lo miró de forma tímida y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa al ver los ojos suplicantes de Sam.

—He pedido un margarita —le informó.

—Bueno, espero que nadie más lo haya oído —dijo Sam sonriendo cuando tuvo la sutil bebida enfrente. A él le iba más el ron o el vodka. Guardaron silencio durante un rato hasta que Sam habló—. No pareces tan entusiasmada como tus amigas, ¿acaso no te gusta el lugar?

—Bueno... la verdad es que he venido porque ellas se han empeñado. Prefiero salir a otros sitios: cines, restaurantes, salas de baile... No me gusta la música tan fuerte. Apenas se puede hablar.

—Te doy toda la razón. A mí también me gustan más los lugares tranquilos. En ellos puedo observar la belleza que me rodea sin interrupciones. —La muchacha sonrió tímida—. Por cierto, me llamo Sam —dijo extendiendo la mano.

—Yo soy Ashley —respondió ella.

Sam tomó la mano de Ashley y besó sus nudillos. Aquel gesto tan gentil conquistó a la muchacha de forma inmediata. Pasaron la noche hablando y riendo mientras Walter conseguía su objetivo con otra de las universitarias del grupo.

Sam y Ashley no se separaron desde aquella noche. Se fueron conociendo poco a

poco. Al principio ella se mostraba atenta y receptiva, y casi siempre se reía con las ocurrencias de Sam. Pero aquella piel de cordero escondía a una loba en su interior, y no fue hasta pasados un par de meses cuando Ashley sacó su verdadero carácter frente a Sam. Primero sucedió con las citas; cada vez que quedaban, el retraso de ella se hacía más y más evidente: pasaron de ser los cinco minutos de cortesía a convertirse en media hora esperando en el interior del coche. A Sam aquello lo desesperaba. Luego estaban los temas de conversación; al principio hablaban mucho de cine, teatro, conciertos... luego todo se centró en moda, telas, zapatos y demás asuntos que solo le incumbían a ella. Sus primeras citas eran privadas, siempre quedaban a solas para charlar y conocerse mejor, pero pronto ella solo quería quedar con sus amigas para presumir de novio.

Sam se había tomado aquel cambio drástico como, algo eventual, y había estado esperando a que tras la novedad del noviazgo Ashley volviera a ser como en los comienzos, sencilla, íntima, divertida e incluso inocente. Pero nada más lejos de la realidad; cuanto más tiempo pasaba, más exigente y fría se volvía. En más de una ocasión Sam se había preguntado qué fue de aquella niña tímida y cándida que conoció en el De Nom. No tenía muy claro si su relación con ella tenía futuro o si realmente alguna vez habían tenido algo en común. Por eso decidió seguir con sus planes. Era lo más sensato. Ashley no se lo iba a poner fácil, pero él tenía la firme convicción de estar haciendo lo correcto, por lo que arrancó el motor de su coche y pisó el acelerador hasta el fondo. ¡Por lo menos mantenía la dignidad! No tenía intención de arrodillarse, y mucho menos delante de alguien que no comprendía sus inquietudes.

Capítulo 6

El aeropuerto de Kingsford Smith parecía un hormiguero. Los pasajeros, cargados de maletas, corrían de un lado a otro en busca del mostrador de su compañía aérea. Los señores Lawson acompañaron a su hijo aquella tarde para decirle adiós, aún convencidos de que Sam cambiaría de idea en el último minuto y no tomaría ese avión con destino a Damasco.

—Hijo, ¿estás seguro de que quieres irte tan lejos? —Su madre le había hecho la misma pregunta unas cincuenta veces durante el trayecto en coche al aeropuerto.

—Sí, mamá —volvió a contestarle Sam—. Ya lo hemos hablado. Está decidido.

—Vamos, cariño, deja en paz al chico —intervino de nuevo Peter mientras su mujer se secaba los ojos húmedos de lágrimas—. Sam ya es mayor y tiene que hacer su vida. Este viaje le vendrá bien para aprender cosas nuevas.

Aunque el señor Lawson no estaba muy convencido con el destino elegido por su hijo, comprendía que necesitaba un tiempo de reflexión para darse cuenta de qué era lo que quería hacer en la vida. Él mismo se pasó un año viajando a diferentes países cuando finalizó la carrera, y aquella experiencia le hizo madurar hasta convertirse en un médico de prestigio.

—¡Ay, mi niño! Solo, allí, en ese país... ¿Y si caes enfermo por cualquier circunstancia?

Cuando su madre se ponía trágica, a Sam le afectaba bastante. Sin embargo, trató de mantener la compostura y convencerla de que todo iría bien.

—Mamá, estaré trabajando en un hospital. ¿Qué mejor lugar para ponerse enfermo? —bromeó.

La señora Lawson esbozó una sonrisa resignada.

—Llamarás al menos el día de Año Nuevo —dijo al fin con más calma.

—Por supuesto que lo haré. —Sam agarró a su madre por los hombros y la estrechó con fuerza—. Te quiero, mamá.

Sarah no pudo evitar soltar un pequeño gemido al escuchar aquellas palabras de boca de su hijo. Las lágrimas descendieron por sus mejillas como un manantial, empapando la camisa blanca de Sam.

—Yo también te quiero, hijo mío —sollozó entre lágrimas.

Su esposo, conmovido por la escena, no pudo reprimir algún que otro suspiro de pesar. Cuando ella consiguió separarse de su hijo, Peter le ofreció la mano como despedida formal, pero Sam se abalanzó sobre él en un abrazo largo y firme, y esto hizo que se sintiera muy orgulloso de su hijo.

—Eres valiente, muchacho —le murmuró al oído—. Cuídate y aprende todo lo que puedas. No olvides que eres un Lawson. Lleva tu apellido con la cabeza bien alta, donde quiera que te encuentres.

Aquella despedida comenzaba a parecerse a un adiós para siempre. De pronto Sam sintió un nudo en el corazón. Algo en su interior le gritó que no volvería a ver a sus padres en mucho tiempo, más del que había planeado, y aquella sensación le embargó durante un buen rato. Dicho esto, Sam se dirigió a la puerta número siete y, tras volver a besar a sus padres, agarró su bolsa de mano y caminó hacia la zona de embarque.

—¡Eh, Lawson! —Oyó gritar de pronto entre el gentío.

Walter corría hacia él, dando empujones entre los pasajeros.

—Pedazo de chorlito, casi te me escapas —pronunció entre jadeos.

—Pensaba que ya no vendrías —dijo Sam estrechándole la mano.

—El tráfico es horrible. He tenido que aparcar en la zona para taxis. Seguro que encuentro la receta cuando regrese.

—Eres un amigo. —Sonrió Sam.

—¿Dónde está Ashley? —preguntó.

Sam frunció los labios y negó con la cabeza.

—Me temo que no se lo ha tomado demasiado bien.

—Pues ella se lo pierde.

—Es comprensible, supongo que esperaba algo más de mí.

—Escúchame, cabronazo. Tú vales mucho, y si ella no es capaz de verlo... —Walter se sacudió las manos.

—Bueno, supongo que se le pasará. Tal vez sea lo mejor —dijo encogiéndose de hombros—. No tengo derecho a pedirle que me espere.

—Cierto, pero tampoco ella tiene derecho a ponerte las cosas difíciles.

—No lo ha hecho, sencillamente ha decidido seguir con su vida.

Al ver la pesadumbre en los ojos de Sam, su amigo cambió de conversación.

—No olvides escribir y contarme lo que haces allí. Seguro que las enfermeras sirias no son tan recatadas como nos hacen creer —dijo guiñándole el ojo.

—Walter, tú siempre estás pensando en lo mismo.

—No sabes cómo me pone una mujer que sepa bailar la danza de los siete velos... —A Walter se le estaba empezando a caer la baba.

—Tú flipas —dijo Sam dándole un manotazo en el hombro—. No creo que todas las damasquinas sean bailarinas exóticas ni que estén dispuestas a contonearse delante de cualquiera y, aunque así fuera, tengo otros proyectos.

—Chorradas..., ya verás como ligas más que nunca.

«Se ruega a los pasajeros del vuelo Emirates tres cuatro dos con destino Damasco embarquen por la puerta siete», anunciaron por los altavoces.

—Será mejor que me marche —dijo Sam.

—Cuídate, amigo. Te echaré de menos.

Le sorprendió su abrazo repentino. Walter nunca se había mostrado tan afectuoso delante de nadie, pero aquel gesto fue franco, casi tierno. Se dio la vuelta y se reunió con los padres de Sam, que seguían esperando apenados por su marcha. La expresión de sus rostros dejaba traslucir la emoción contenida.

Con el corazón encogido, Sam pasó a través de la puerta de control. El guardia le hizo despojarse del cinturón y de cualquier cosa metálica que llevara encima y, tras cachearle de arriba abajo, le devolvió sus pertenencias. Dejó a sus padres y a su amigo atrás, y a los pocos metros los perdió de vista. Fue la primera vez que sus ojos se empañaron, y por desgracia no sería la última.

Las ruedas rebotaron al aterrizar antes de que el avión se detuviese en medio de una nube de polvo. Unos cuantos hombres se precipitaron hacia el aparato empujando la escalerilla por la que bajarían los pasajeros. El piloto les dio la bienvenida al país árabe y les informó de los doce grados que había en la capital a aquella hora de la tarde. Sam se encontró en un lugar extraño, con un ambiente seco y polvoriento. Le pareció gracioso que todos los hombres se parecieran entre sí debido a la indumentaria y a las características físicas que presentaban, la mayoría morenos de piel y con un bigote a lo Freddie Mercury. Hablaban en un idioma que no entendía y por un momento le pareció estar solo en medio de ninguna parte.

Un hombre con una camiseta deshilachada fue a su encuentro y le ofreció su ayuda, o al menos eso es lo que creyó entender. El individuo le hizo señales para que le siguiera, aunque Sam estuvo a punto de negarse, pues el camino que tomaron era diferente al del resto de pasajeros. Sin embargo, por algún motivo, Sam intuyó que aquel hombre sabía lo que se hacía.

Cuando llegaron a la zona de control de extranjería, el guardia le pidió a Sam su documentación y este se la ofreció sin rechistar. Entonces el vigilante le dijo algo a su acompañante y este le respondió estrechándole la mano. Sam se percató de aquel choque de manos y de los billetes arrugados que el hombre entregó al guardia de manera clandestina. Ajeno a todo lo demás, Sam solo fue consciente de que se había puesto por delante de la interminable cola de extranjeros que se agolpaban en los controles para mostrar el pasaporte y el visado. En cierto modo se alegró de no haber tenido que esperar tanto pero, por otro lado, no entendía por qué precisamente él.

Al salir del aeropuerto, un taxi de color amarillo le estaba esperando. El hombre le indicó que subiera pero Sam se cercioró primero de que no fuera ninguna trampa. Reconocía que había visto demasiadas películas de secuestros en países extranjeros,

donde los raptos se aprovechaban del desconocimiento del viajero. Por supuesto, él no quería ser uno de esos.

—Bienvenido, señor Lawson —le saludó un hombre de unos cuarenta años desde el interior—. Soy el doctor Karam, Hussein para los amigos —aquel hombre hablaba en un perfecto inglés a pesar de su fuerte acento árabe.

—Buenas tardes, doctor Karam —le respondió Sam sorprendido de que conociera su identidad.

—Vamos, chico, sube al taxi. No tengo todo el día —le indicó—. El doctor Smith me pidió que te llevara hasta tu nueva casa. Seré tu guía durante unos días, después tendrás que apañártelas solo.

A Sam le consoló escuchar el nombre de su profesor. Había sido un gesto por su parte enviar a alguien para que le ayudara a instalarse el primer día. La cuestión del idioma no facilitaría las cosas, pero si al menos le procuraban un techo donde dormir a su llegada y algo de información sobre su nuevo trabajo, podría comenzar su aventura en aquel país extraño con buen pie.

En poco menos de una hora llegaron a su destino. El taxista ayudó a Sam a bajar las maletas del coche y las depositó en el portal del edificio donde se alojaría a partir de ese momento. El barrio de Al Mezzeh era una de las zonas más tranquilas de la capital. El recién llegado observó con interés que en sus calles no se veía mucha animación, aunque pensó que quizá la hora no invitaba a una mayor presencia callejera de sus vecinos, en especial bajo aquel frío seco. El doctor Karam le dijo algo al taxista y este esperó sentado en el interior del vehículo.

—Acompáñame, te mostraré tu nuevo hogar —le pidió el doctor.

Entre los dos subieron las maletas hasta el segundo piso. El edificio era una construcción antigua, de hacía unos treinta o cuarenta años, modesta, humilde y sin grandes lujos. Desde la escalera se advertía un olor agradable a especias y Sam no pudo evitar inspirar aquel aroma delicioso. Cuando escuchó su estómago rugir, se dio cuenta de que llevaba más de siete horas sin probar bocado. Y dada su naturaleza corpulenta, aquella situación comenzaba a producirle cierta ansiedad por meterse al cuerpo un buen plato de carne asada. En aquel preciso instante, una mujer bajaba por las escaleras. Sam se pegó contra la pared para dejar pasar a aquella mujer; lo hizo de manera instintiva cuando se percató de su extraño atuendo. Llevaba una especie de vestido o capa negra que cubría todo su cuerpo hasta los tobillos y un velo que resguardaba su cabello y su rostro. Tan solo los ojos quedaban a la vista. Sam aguantó la respiración mientras la mujer pasaba delante de él. Agachó la cabeza y se miró los pies, pues no se habría atrevido a mantenerle la mirada. Era imposible descifrar la expresión de su cara y le incomodaba no saber si la mujer lo miraba con buenos ojos o no. No le resultó agradable sentirse observado sin saber quién había bajo aquella capa.

—Te acabarás acostumbrando —le dijo Hussein al leer los pensamientos de Sam. Subieron un piso más y llegaron a un pequeño rellano—. Aquí es —le indicó su

acompañante dirigiéndose a la puerta de la derecha.

Sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Cuando Sam vio el interior del apartamento, le pareció un lujo en comparación con lo que esperaba encontrar en aquel edificio destartado. El suelo del piso había sido renovado, las paredes estaban recién pintadas y el mobiliario era nuevo. Se trataba de un apartamento de dos dormitorios, no demasiado grandes, pero lo suficiente para una sola persona. Las luces del techo iluminaban con claridad el saloncito amueblado con un sofá-cama, un aparador con televisión y una mesa de comedor redonda. La cocina, independiente, también se veía limpia y cuidada, con todos los utensilios y aparatos necesarios para entrar a vivir. Sam se sentía más que satisfecho con aquel piso.

—Es estupendo —le dijo al doctor.

—Lo compró un amigo hace un año para cuando se jubilara. Lo remodeló y acondicionó a su gusto pensando en quedarse varios meses al año.

—¿Y por qué no lo usa?

—Vive en España y, con todo el follón que tenemos ahora, ha decidido quedarse allí de momento hasta que la cosa se calme. Así que mientras me ha pedido que se lo alquile a algún compañero de profesión.

A Sam le parecieron exagerados los motivos del hombre para no querer volver a Damasco. Lo que había visto le había parecido tranquilo, salvo por el control exhaustivo del aeropuerto, que, por otro lado, nunca estaba de más. Sam no había notado nada extraño en la ciudad, aunque supuso que debía ponerse al día con las costumbres y la situación política de Siria. No le gustaba sentirse como un ignorante, así que se prometió a sí mismo aprender sobre su religión, su cultura y ese conflicto que tanto atemorizaba a la población.

—Está realmente bien —repitió echando un segundo vistazo a su alrededor.

—En fin. Te dejo las llaves sobre la mesita —le indicó—. He mandado llenar el frigorífico, así que si tienes hambre puedes comer algo.

—Muchísimas gracias. Es todo un detalle. —Sam hizo una leve inclinación con la cabeza en señal de agradecimiento. Jamás esperó semejante hospitalidad de un desconocido y por un momento se sintió en deuda con aquel hombre. Pensó que le debía una invitación en un buen restaurante, pero mejor en otra ocasión, pues estaba demasiado agotado por el viaje.

—Mañana pasará un taxi a las ocho para recogerte. Te llevará al hospital y allí nos volveremos a ver.

—De verdad, muchas gracias, no sé cómo...

—No te preocupes, hijo —le interrumpió el doctor Karam con una sonrisa en los labios—. Es lo menos que puedo hacer por alguien que va a ayudarnos.

Y tras despedirse, el doctor abandonó el edificio y volvió a subir al mismo taxi que los había llevado hasta allí.

Sam aprovechó para ir a la que sería su habitación a partir de aquel día y, aunque estaba muerto de hambre, no pudo evitar dejar caer el peso de su cuerpo sobre el

colchón. Realmente había sido un día largo y sentía los músculos entumecidos tras pasar tantas horas metido en el avión. El sueño por el cambio de horario y la adrenalina disparada por su primera inmersión en aquella cultura le provocaron cierto aturdimiento mental. Antes de que se diera cuenta, en unos segundos, ya se había dormido.

Capítulo 7

A la mañana siguiente Sam se despertó sobresaltado por los llamamientos a la oración que emitían altavoces colocados en distintos puntos de la ciudad. Aunque al principio se asustó creyendo que era una alarma, pronto se percató de que se trataba de la llamada al rezo del muecín a los musulmanes. Pensó que era una forma realmente escandalosa de dar el aviso, así no había manera de pegar ojo. Miró el reloj de su muñeca: las seis y media de la mañana. Se había quedado dormido sobre la cama sin quitarse la ropa de viaje y, para colmo, el rugir de su estómago se encargó de recordarle que estaba más vacío que nunca.

Aprovechó el madrugón para tomar un buen desayuno y darse una ducha de agua caliente. Después salió al balcón para examinar la calle. La ciudad estaba aparentemente tranquila, aunque aún era temprano. El aire era frío y seco; jamás hubiera imaginado que se estuviera librando ninguna batalla cerca de allí. Desde el balcón se divisaba la torre de la mezquita que lo había sobresaltado con sus cánticos tan temprano. El minarete circular se elevaba imperioso sobre las azoteas de las casas, imponiendo su excelencia bajo el cielo de la ciudad.

De repente le pareció estar en otro mundo completamente diferente al suyo, casi sintió como que estaba en otro planeta. Había algo en el ambiente, no supo el qué, que hacía que todo fuera distinto... Y sin embargo era su mismo planeta, solo que a varios miles de kilómetros de casa. Le pareció increíble la cantidad de cosas que aún le quedaban por conocer; casi no había viajado y, cuando lo había hecho, había sido a países desarrollados, como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Noruega... pero ninguno de ellos con un aire tan peculiar como el de Siria. Debía ser consciente de que se encontraba en la ciudad habitada más antigua del mundo, y esa percepción hizo que su estómago diera un vuelco. ¿Cuántas historias desconocidas esconderían sus entrañas? Estaba impaciente por descubrir las maravillas que había leído en Internet antes de iniciar su viaje, y se preguntaba cómo era posible que no hubiera sentido curiosidad antes por visitar el país. «No soy más que un ciego ignorante», se regañó a sí mismo.

Deshizo las maletas y guardó la ropa en el interior de los armarios. A las ocho y

cuarto, el taxi le avisó de su llegada con insistentes pitidos. Parecía llevar prisa. De camino al hospital de Al Mouwasat, Sam trató de deleitarse con la visión que ofrecía la ciudad, pero la insensata y peligrosa forma de conducir del taxista hizo que no pudiera apartar los ojos ni un segundo de la carretera. Aquella gente estaba loca, se cruzaban por el carril los unos con los otros sin indicarlo con los intermitentes. Ninguno llevaba el cinturón de seguridad puesto, y temió en más de una ocasión que el coche atropellara a los viandantes que cruzaban las calles por doquier. Le pareció estar en un *rally* en el que tenían que sortear a las personas que invadían la calzada, algo realmente escandaloso.

Por suerte, el trayecto no duró más de diez minutos y enseguida llegaron a su destino. El hospital, inaugurado en el año 1944, contaba con alrededor de seiscientas cincuenta camas. La gente caminaba de un lado para otro buscando a sus seres queridos, las enfermeras atendían a los recién llegados y los médicos se preparaban para una intensa jornada de casos clínicos. No era un hospital demasiado grande, por lo que a Sam no le fue difícil localizar a su único amigo, el doctor Karam.

—Buenos días, rubio —le saludó con una palmadita en la espalda—. Espero que hayas descansado bien, nos espera un día duro.

Sam asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa amable. Su colega lo acompañó a las oficinas del hospital para formalizar todo el papeleo antes de comenzar a trabajar. Le entregaron un pase identificativo donde podía leerse con claridad «Doctor Lawson» y, tras proporcionarle una bata blanca, el doctor Karam lo llevó a la sala de operaciones.

—Vamos, llegamos tarde, nos esperan en el quirófano de urgencias. —Y se apresuraron.

Aquel edificio parecía un laberinto de pasillos, con pacientes a ambos lados de las galerías esperando a ser atendidos. La mayoría era gente mayor, sobre todo hombres, que aguardaban su turno sentados en el suelo. También había un par de mujeres de pie (o al menos eso creía, dado que apenas se les veían los ojos a causa del famoso *niqab* que tanto había oído criticar en televisión, y que en cierta manera le había causado respeto cuando se lo vio puesto a la señora de las escaleras), y otras tantas que cubrían su pelo con un sencillo *hiyab*.

El olor del hospital no le pareció tan agradable como el que había percibido a la entrada de su edificio. Aquel era más bien una mezcla de sudor, desinfectante y sangre, supuestamente algo a lo que Sam estaba acostumbrado, si no fuera por la transpiración acumulada de tantas personas aglomeradas en aquellos pasillos.

Enseguida llegaron al quirófano, donde un hombre de unos sesenta años yacía tumbado sobre la camilla. La enfermera les informó del caso nada más verlos entrar.

—Paciente rescatado de un incendio con quemadura de tercer grado en miembros inferiores. —El doctor Karam iba traduciendo lo que decía la enfermera. Sam observó aquella quemadura con una mueca de desagrado en la cara. La carbonización dejaba entrever el fémur, la tibia y el peroné—. También presenta quemaduras de

segundo grado en espalda, tórax y miembros superiores.

—Bien, ¿cuáles son sus constantes vitales? —preguntó el doctor Karam mientras ambos se colocaban los guantes de goma.

—Tensión arterial, ocho y cuatro milímetros de mercurio; frecuencia respiratoria superior a veinte por minuto; temperatura corporal de cuarenta grados centígrados; frecuencia cardíaca, ciento diez pulsaciones por minuto —la enfermera parecía recitar las constantes vitales casi de memoria—. Presenta taquicardia sinusal, sin patología isquémica ni arritmia relevante aparente.

—Bien. Sam, por favor, colócate a mi derecha —le indicó—. Intenta retirar la ropa quemada no adherida a tejidos. ¿Ha inhalado humo? —siguió preguntando a la enfermera.

—No, doctor. Ha sido en espacio abierto.

—De acuerdo. Entonces realizaremos una resección del tejido necrosado e inmediatamente implantaremos injertos de piel —informó Hussein.

Sam contuvo la respiración mientras cortaba lo que quedaba de los pantalones de aquel pobre hombre. Sintió un nudo en el estómago y trató de imaginar lo que le había podido suceder para acabar así; un fuego mal apagado, un despiste con una barbacoa... Por suerte había llegado a tiempo al hospital para ser tratado de aquellas quemaduras. Aunque no quedarían perfectas, al menos acabaría recuperándose y podría seguir llevando una vida normal.

Después de su primera urgencia, Sam y el doctor Karam atendieron otros doce casos más: brazo roto de un niño, brecha profunda en la frente de una joven, desmayo de un chaval a punto de examinarse, hemorragia en el brazo de un obrero... y así hasta las seis de la tarde. Acabaron su turno y decidieron ir a tomar algo para celebrar el primer día de Sam en su nuevo trabajo. Al salir del hospital este sintió un cansancio repentino, notaba cómo los hombros se negaban a mantenerse rectos y la espalda renegaba de su postura erguida tras pasar varias horas inclinado sobre la mesa de operaciones. Nunca había estado tanto tiempo seguido en un quirófano, y la presión que sintió durante todo el día en los riñones le había impedido siquiera tener hambre o sed hasta aquel preciso momento.

—Vamos, rubio. Te invito al mejor restaurante de la zona —le ofreció el doctor Karam al escuchar el rugir de su estómago—. No probarás mejores berenjenas rellenas en tu vida.

Su nuevo amigo le llevó por un callejón estrecho, colindante con el muro sur de la impresionante Mezquita de los Omeyas. La parte inferior del local estaba decorada como la cueva de Alí Babá; suntuosas alfombras de colores, mobiliario con perlas incrustadas, luces tenues... Subieron a la parte superior del restaurante, donde había una terraza cuyas vistas a la mezquita resultaban espectaculares, y tomaron asiento en una de las mesas libres.

—Y bien, ¿cómo te sientes en tu primer día?

—Cansado, a decir verdad. Pero satisfecho con el trabajo. Creo que no ha ido tan

mal para ser el primer día.

—El doctor Smith me contó que tus padres tienen una clínica de cirugía estética.

—Así es. Este año empecé a trabajar con ellos, pero creo que no es lo mío —explicó encogiéndose de hombros.

El doctor Karam soltó una carcajada.

—Tengo la sensación de que tus padres tenían un futuro claro para ti.

—Me temo que sí. Y no les culpo por ello, supongo que yo haría lo mismo en su situación.

—Ya. Sin embargo tú buscas algo más, ¿correcto?

Sam asintió con la cabeza.

—Quiero hacer cosas por mí mismo, sin la ayuda de mis mayores. —Y le contó al doctor Karam lo sucedido en el parque infantil y cómo, desde ese preciso instante, había decidido con la ayuda del doctor Smith viajar hasta Siria como médico voluntario.

—Tu disposición te honra. Hace más de medio año que estoy buscando a alguien para cubrirme los días de..., bueno, ya lo entenderás. Y hasta ahora el doctor Smith no había encontrado a un voluntario capaz de salir de su país y viajar hasta aquí.

—No veo por qué no —dijo Sam mirando a su alrededor—. No parece que el conflicto sea tan grave, al menos todo parece estar tranquilo.

El doctor Karam clavó los ojos en el suelo.

—Por desgracia no es oro todo lo que reluce. Llevamos varios meses de protestas violentas y ataques a civiles.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido para que no se puedan solucionar las diferencias en un despacho?

El doctor Karam tomó aire profundamente y se preparó para contarle a Sam lo sucedido desde aquel famoso 15 de marzo, cuando los familiares de unos menores de edad, que fueron detenidos por una pintada reivindicativa, se manifestaron en Daraa (a unos cien kilómetros al sur de Damasco), y cómo ese acto de protesta se convirtió en el epicentro de todas las manifestaciones contra el gobierno sirio. El presidente del país, Bachar El Assad, sumándose a la teoría de la conspiración para derrocarlo como había sucedido con sus vecinos en Egipto y Libia, decidió atajar la situación de una forma radical. Desde entonces, las muertes se habían sucedido prácticamente a diario y, desde el mes de julio, miles de sirios se habían visto obligados a huir hacia el Líbano y demás países vecinos.

—Los atentados suelen tener lugar en los pueblos que hay alrededor de Damasco, por lo general no atacan dentro de la ciudad. Pero debemos estar atentos ante cualquier emergencia que se produzca —explicó Hussein—. El mes pasado, por ejemplo, hubo un doble atentado con coche bomba en Jaramana, a solo seis kilómetros de aquí. Cincuenta y seis muertos y cien heridos.

Sam abrió los ojos de par en par, alarmado ante lo que acababa de escuchar. «Cincuenta y seis muertos... Dios mío, todo un aula de la facultad atestada de

alumnos», recapacitó para sus adentros con la intención de hacerse una idea del número de personas fallecidas.

—Y lo peor es que no ha sido el único ataque ni lo será —prosiguió el doctor ante el mutismo y la atenta mirada de Sam—. Solo en ese suburbio se han registrado ya más de diez explosiones en los últimos meses. Y mientras se echan la culpa los unos a los otros, la gente inocente sigue muriendo en las calles.

Se produjo un silencio incómodo. Sam no encontraba las palabras para describir lo que pasaba por su cabeza.

—¿Nunca has pensado en abandonarlo todo y marcharte a otro país? —preguntó al fin.

—¡Ay, amigo mío! Si todo fuera tan sencillo... Las personas que trabajamos para el gobierno tenemos terminantemente prohibido marcharnos del país. Nos necesitan más que nunca y por eso nos retienen.

—Eso no me parece justo —opinó Sam.

—En un conflicto de este calibre nada es justo. Pero a mí no me importa. La población me necesita aquí y eso es lo que cuenta.

—Es muy generoso por tu parte pensar en los demás antes que en tu bienestar.

—Es mi obligación. Un médico debe adaptarse a las emergencias, el dolor, el sufrimiento y la muerte en el hospital. Es parte del proceso que lo convierte en un profesional y lo hace inmune. Por suerte para ti hoy ha sido una jornada tranquila, pero te advierto que debes estar preparado para lo peor en cualquier momento.

Sam apretó los puños con fuerza y se recordó a sí mismo el motivo por el que había decidido viajar hasta allí. No iba a rendirse tan fácilmente, soportaría lo que fuera con tal de echar una mano a aquella pobre gente.

—Estaré preparado para lo que sea —pronunció con voz firme—. Gracias por confiar en mí.

Los dos pasaron la noche compartiendo experiencias y hablando de lo difícil que era para un médico ejercer su profesión bajo aquellas condiciones cada vez más complejas. Sam escuchó a su compañero con interés mientras ambos se deleitaban con la succulenta cena preparada con especias. Si sus próximos meses iban a ser duros en el sentido laboral, al menos aprovecharía aquellos instantes de reposo para conocer nuevos sabores colmados de exotismo y contrastes.

Durante las dos semanas siguientes, Sam estableció una rutina diaria: se levantaba por las mañanas temprano para salir a correr antes de ir al hospital, y por las tardes dedicaba parte del tiempo a conversar con su nuevo compañero, el cual le fue poniendo al día sobre los entramados políticos, la cultura árabe y la historia del pueblo sirio.

El doctor Karam era un hombre divorciado, no tenía hijos y, por lo tanto, nada que le atara a su hogar. Podía pasar todo el tiempo que quisiera en compañía de Sam,

que desde un principio le cayó bien. Pronto se dio cuenta de que, a pesar de ser un tanto inexperto en ciertos aspectos médicos, al menos tenía una gran capacidad de adaptación y ganas de aprender. En pocos días, Sam fue capaz de moverse por el hospital como si estuviera en su propia casa, y ya no necesitaba la ayuda del doctor para atender las urgencias. Se bastaba por sí solo para entenderse con las enfermeras, las cuales, por cierto, lo recibían con gran entusiasmo, pues no estaban acostumbradas a tratar con un médico tan atractivo y atento como él. En más de una ocasión Hussein lo había pillado chapurreando algunas palabras en árabe con las chicas. Ellas lo animaban a repetir frases que lo ponían en algún que otro compromiso inocente, pero eso a él no le molestaba, porque parecían realmente encantadas con aquel juego de palabras.

La señora Lawson escribía a su hijo casi a diario y Sam siempre respondía con un «Estoy bien, mamá. No te preocupes por mí. Aquí todos son muy amables y me cuidan mucho».

También tuvo tiempo de hacer turismo y conocer algunos de los rincones más emblemáticos de la ciudad, como los baños árabes de Nureddin; el palacio privado de As'ad Pasha al-Azm, que había sido gobernador de Damasco entre 1749 y 1752; la tumba de Juan Bautista en el interior de la hacían las maravillas de quien visitaba aquel inmenso mercado...

La gente de la ciudad lo trataba con cariño. Todos eran muy hospitalarios, se afanaban por atraer al extranjero a sus comercios y que admirase la mercancía, incluso aunque no le vendieran nada ni pudieran hacer una buena venta aquella tarde. Todos saludaban a Sam mostrando una agradable y sincera sonrisa que a él no le pasaba inadvertida. Nunca antes había visto tanto entusiasmo en un simple comerciante. En Australia, la gente trabajaba de forma mecánica, los dependientes no manifestaban tanta atención con sus clientes, más bien era como si les resultara una lata encargarse de las demandas. Casi nunca sonreían y se pasaban la mayor parte del tiempo mirando el reloj deseando marcharse a casa para descansar. Y a la mínima contradicción, ponían los ojos en blanco y suspiraban deseando quitarse de en medio al cliente pesado al que no le convencía nada. Sin embargo, la gente de Damasco era muy diferente. Cada jornada de trabajo parecía ser la primera. El entusiasmo y la energía no cesaban a lo largo del día; desde por la mañana temprano hasta bien entrada la noche, aquellos hombres y mujeres trabajaban sin descanso y siempre sonreían. Sam pensó que ojalá él pudiera llevar así de bien su trabajo y se prometió a sí mismo encontrar la fórmula para ser tan feliz como aquellas personas.

Todo parecía ir bien en la capital. Dejó de sentirse perdido a los pocos días de llegar gracias a las instrucciones y consejos del doctor Karam, que, entre otras cosas, le habló de las costumbres arraigadas del país: el papel de la mujer, la cortesía y la buena educación de sus gentes, la fiesta del sacrificio y la peregrinación a La Meca, las celebraciones del mes de Ramadán... Sam ya había oído hablar de esta última. No le cabía en la cabeza cómo una persona podía pasar un día entero sin comer ni beber

nada hasta la puesta del sol, no entendía los motivos de tanto sacrificio.

—Ramadán es el nombre que se le da a uno de los meses del año lunar —le explicó una noche el doctor Karam—. Para nosotros, los musulmanes, Dios impuso el ayuno a lo largo de este mes, haciendo de este compromiso uno de los cinco pilares del islam, junto con la profesión de fe, la oración, la limosna y la peregrinación.

—Pero ¿qué sentido tiene ayunar?

—El ayuno en el islam no se limita al simple hecho de abstenerse de comer y beber desde el amanecer hasta el anochecer. También se trata de renunciar a decir y hacer el mal. Es un mes espiritual, un mes para recapacitar.

Sam reflexionó acerca de las explicaciones de Hussein y, aunque seguía sin entender el sentido de aquel sacrificio, al menos aprendió algo nuevo.

Por desgracia, no todo era alborozo en la capital, y aquel 23 de diciembre sucedió algo para lo que él no estaba preparado aún: un doble atentado suicida con coche bomba sacudió el centro de Damasco, coincidiendo con la llegada de los observadores de la Liga Árabe a la capital.

Sam se encontraba curando la herida de un hombre que se había caído al suelo en un despiste. Nada grave, tan solo un simple corte en el antebrazo derecho. De repente, se empezó a escuchar un griterío por los pasillos que en pocos segundos irrumpió en la sala como una explosión. Los sanitarios llevaban cubiertos de mantas a dos niños que lloraban de manera desgarradora. Sam se acercó a toda prisa para evaluar a los dos pequeños y, al ver su estado, tuvo que hacer un esfuerzo por contener las náuseas. El más pequeño, de unos cinco años, había perdido la pierna izquierda; el mayor, de diez años, presentaba una enorme brecha en la cara que le había arrancado de cuajo un ojo.

Aquella escena dantesca paralizó las extremidades de Sam, que durante unos segundos no fue capaz de apartar los ojos de aquellos niños inocentes y malheridos. Intentó aclarar su pensamiento para tomar una decisión, pero parecía tener estropeados los mecanismos cerebrales. Los llantos agudos eran de un sufrimiento infinito y sus caritas reflejaban el miedo a lo desconocido. Estaban tan aterrados que no parecían ser conscientes de lo que les había sucedido. Asustados y atemorizados gritaban entre llantos el nombre de sus padres. Sam sintió un nudo en el pecho que apenas le permitía respirar. Pero un impulso eléctrico en su interior lo hizo reaccionar: llenó sus pulmones de aire y se acercó a una de las mesas donde estaba colocado el instrumental para recopilar lo necesario para aliviar el sufrimiento a aquellos niños lo antes posible. Tuvo que hacer de tripas corazón y ordenarse a sí mismo mantener la cabeza fría para poder atenderlos.

Justo cuando se disponía a ocuparse del primero, la puerta se volvió a abrir de manera violenta. Un hombre llevaba a una mujer sobre su espalda. Tenía el lado derecho de la cara abrasado y la mitad del brazo de ese lado había desaparecido,

dejando un reguero de sangre por el pasillo. La mujer estaba inconsciente y el hombre la colocó sobre el único asiento que había en la sala. Sam no podía creer lo que sus ojos veían: «Dios mío, ¿cómo voy a atender a todas estas personas a la vez?». Había estado en hospitales, hecho prácticas en la facultad e incluso atendido operaciones en la clínica de sus padres, pero nada era comparable a aquello, en ningún sentido. El doctor Karam irrumpió en la estancia repentinamente.

—¡Sam, yo tengo que atender a más gente en el otro quirófano! Tendrás que apañártelas tú solo —le gritó desde la puerta entre el barullo que se había formado en el hospital.

Sam pidió a la única enfermera disponible que atendiera a la mujer en el sillón mientras él se encargaba de los dos niños. Las gotas de sudor le caían por la cara y su corazón latía de manera desbocada. Rápidamente les buscó una vía para inyectarles todo tipo de calmantes y aliviar el dolor en lo posible, cortó las hemorragias y limpió y desinfectó las heridas. La enfermera se encargó de hacer lo mismo con la mujer desfallecida y entonces tuvo que decidir a cuál de ellos llevaría primero al quirófano para ser intervenido de urgencia. Cuando por fin se decantó por atender al más pequeño, otra oleada de heridos entró por la puerta; cuatro hombres sostenían a dos adolescentes semiinconscientes con lesiones profundas de metralla en la espalda, y otras tantas personas se agolpaban en la puerta esperando a ser atendidas con diferentes grados de contusiones y heridas.

Sam no daba abasto. Le urgía ocuparse de todo el mundo al mismo tiempo pero, por desgracia, solo tenía dos manos. Todo sucedió demasiado deprisa. En pocos minutos el hospital entero se convirtió en un hervidero de heridos, muertos, sangre, gritos y llantos desgarrados. Nunca fue consciente de las horas que pasó aquel día en el interior del quirófano.

Una cuarentena de heridos, veintiocho operaciones, dos muertos y treinta y seis horas después, Sam se halló caminando extenuado hacia su casa. Ni siquiera tuvo fuerzas para llamar a un taxi que le acercara. Su mente estaba bloqueada por las dantescas imágenes que había presenciado, mezclándose unas con otras siempre bajo el abominable rojo de la sangre. Sus ropas, su pelo, incluso su piel estaban manchadas de la sangre de toda aquella pobre gente. Pensó que jamás podría deshacerse de aquel olor metálico de sangre abrasada.

Incapaz de dar un solo paso más, Sam apoyó la espalda contra una pared y dejó caer su cuerpo al suelo. Lloró. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Lloró como un niño pequeño asustado, invocando piedad y fuerza para poder seguir adelante. Él, siempre tan corpulento, alegre y lleno de energía, no era más que un débil insecto, vulnerable y asustado. Jamás creyó que alguien pudiera llorar de la forma en que él lo hizo, destrozado, abatido, desalentado... La tristeza le salía por la garganta y la presión de la pena en el pecho no desaparecía. ¿Cómo podía existir una

crueldad tan irracional como aquella? No podía borrar la cara de los niños inocentes, asustados, que lloraban desconsolados por encontrar el calor de unas madres que, posiblemente, habrían fallecido en el atentado. ¿Qué sería de ellos?, ¿cómo reharían su vida después de pasar por semejante abismo?, ¿cuántas muertes tendría que soportar el país hasta que el conflicto cesara?

Sam siguió llorando sin consuelo. Y después de eso, continuó varias horas más agazapado con la cabeza entre las piernas llorando de nuevo.

No había ser humano en el planeta que pudiera soportar aquel infierno.

Capítulo 8

Vuelvo a Australia, mi vuelo sale en tres días. —El doctor Karam no se molestó en levantar la vista de los papeles que tenía sobre la mesa.

No le extrañó que, después de lo sucedido, Sam decidiera regresar a su hogar. Sin embargo, se sentía defraudado. Había depositado su confianza en él, creyó que era fuerte y que, a pesar de todo, sería capaz de soportar los duros golpes que aquella profesión daba en ciertas ocasiones. Pero estaba claro que no lo había resistido.

—Siento mucho tener que marcharme de este modo, pero creo que es lo mejor para mí.

—¿Lo mejor para ti? —Hussein no pudo evitar saltar—. Claro, por supuesto. Lo mejor para ti... —repitió en tono irónico.

—Hussein, yo...

—No necesito tus excusas. —Le dirigió una mirada fría—. Dime, rubio, ¿ya te has cansado de jugar a las ONG?

—Eso es cruel.

—¿Cruel? —dijo soltando una carcajada—. No, amigo. Yo te diré lo que es cruel. Aquí la gente sufre y muere de verdad. Tú tienes un billete de regreso a tu país, ellos no. Esta gente nace, vive y morirá aquí, no tienen ninguna oportunidad.

Sam aguantó el discurso en silencio.

—Un buen médico se adapta al dolor, al sufrimiento y a la muerte en el quirófano. Un buen médico debe mantener la cabeza y el corazón fríos para superar las sensaciones opresivas y el desánimo. —El doctor Karam se levantó de la silla y se dirigió a Sam—. Toda esta gente deposita su única esperanza en nosotros. Por desgracia estamos en una situación en la que la vida y la muerte van cogidas de la mano, pero de igual manera existe el optimismo.

A Sam se le comenzaron a saltar de nuevo las lágrimas. Sabía que estaba defraudando a su compañero, el cual, a pesar de todo, había sido como un padre en aquel país e incluso era consciente de que él también había sido el hijo que el doctor Karam nunca tuvo. Pero su corazón estaba destrozado. Había pasado la noche en vela, recapacitando sobre lo que debía hacer; tal vez podría enviar ayuda material

desde Sídney..., pero seguir soportando aquel infierno era imposible. Su capacidad mental y su ánimo no podrían resistir otra circunstancia como la vivida el día anterior. El doctor Karam sosegó su tono de voz y se acercó a Sam.

—Si ayer no llegas a estar ahí, al otro lado de la puerta, nadie habría podido atender a toda esa gente, a esos niños y mujeres. —Colocó la mano sobre el hombro de Sam—. Tú les has dado esperanza para seguir adelante.

—No puedo. —Sam rompió a llorar de nuevo—. No puedo. No estoy preparado para esto. Es demasiado para mí. ¿Cómo voy a darles esperanza a esos niños huérfanos? ¿Qué les quedará ahora? ¿Qué será de esas mujeres con los miembros amputados? ¿Cómo mantendrán a sus familias esos hombres física y mentalmente aniquilados? Ni siquiera yo soy capaz de salir a la calle sin miedo, temiendo que en cualquier momento una bomba estalle a mis pies. —Sollozó sacudiendo la cabeza—. No puedo hacerle esto a mi familia, ¿sabes lo mal que lo estarán pasando?

Al ver las lágrimas correr por sus mejillas, el doctor Karam decidió no insistir más. Nada se podía hacer cuando un hombre no encontraba la fuerza suficiente en su interior. La decisión solo dependía de él mismo.

—Está bien, hijo. Estaré aquí si necesitas algo —le dijo al fin, y volvió a retomar su actividad frente al escritorio.

Sam abandonó el hospital cabizbajo. Había tomado la decisión correcta, tal vez no la más valiente, pero sí la mejor para su corazón. Si no volvía a vivir otra experiencia traumática, tal vez podría ser una persona normal de nuevo... Aunque sabía que se estaba engañando a sí mismo. Jamás sería el mismo de antes. No después de aquello. Nunca vería del mismo modo las imágenes que la televisión emitía a diario sobre las guerras y los atentados en cualquier país del mundo. No con los mismos ojos impasibles y el inexistente sentimiento de culpa que el mundo civilizado utilizaba para cubrir su sensibilidad con una coraza de hierro. Se sentía vencido. Había perdido la partida. Había creído ser lo bastante fuerte como para superar cualquier obstáculo... pero había caído a la primera de cambio. Ni siquiera fue capaz de llamar a su familia para contarles lo sucedido, aunque sus padres se enteraron del ataque por los medios de comunicación y no tardaron en ponerse en contacto con él para insistirle en que debía regresar cuanto antes. Pero Sam no se encontraba con ánimos ni para decirles que estaba pensando en volver, tan solo asentía por teléfono y apenas pronunciaba palabra. Ya se enterarían de su regreso cuando aterrizara en Australia y, una vez allí, tal vez contaría su traumática experiencia.

Trató de no pensar en ello y decidió dar una pequeña vuelta por el *souq*. Compraría algunos recuerdos para su familia y se dejaría todo el dinero que le quedaba en aquellas tiendas. Al menos así ayudaría a la economía de algunas familias y... encubriría durante unos minutos su sentimiento de derrota.

Cuando llegó al mercado, se volvió a sentir seducido ante la variedad. Allí se

vendía de todo; jugosas frutas, tapices cuidadosamente bordados de todos los colores y brillos, especias de diferentes sabores y texturas, joyería de oro a raudales, perfumes caseros imitando a las grandes marcas... Las callejuelas rebosaban actividad a pesar del frío y era raro el puesto en el que algún comerciante no se acercaba a Sam ofreciéndole sus exóticos productos. La vida continuaba a pesar de la desgraciada situación del país. Hubo un momento en el que se vio abrumado e incluso acalorado con tanta atención, así que, después de comprar algunas telas preciosas y un par de adornos de madera labrada, decidió darse un descanso por una zona menos transitada. Llegó a una parte del mercado que lindaba con la cara sur de la Mezquita de los Omeyas y que, al ser un espacio abierto, le permitió respirar el aire gélido de aquel mes de diciembre.

Se sentó en la terraza de una pequeña cafetería y pidió al camarero que le sirviera alguna bebida típica de allí. El hombre trajo a Sam una taza de café. Pero no un café corriente, sino una variedad intensa y penetrante, con un sabor dulce y ligeramente picante a la vez. Aquel aroma hizo mella en sus sentidos. Era el mismo olor que percibía cada vez que entraba en su edificio y hasta aquel momento no se había dado cuenta de que se trataba del café.

—¿Qué lleva? —preguntó al camarero señalando el vaso.

—Cardamomo —le explicó el hombre.

—¿Cardamomo? —repitió—. ¿Es algún tipo de especia?

—Sí, señor. Es típico café árabe o *ahwa*. Nosotros siempre tomamos así, mejor para digestión —le contó en un inglés mediocre.

—Y ¿dónde puedo conseguir cardamomo?

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—Todo mercado vende cardamomo, señor. Yo compro allí —dijo señalando hacia un puesto que había al otro lado de la calle.

Sam observó el diminuto bazar de especias que había frente a él. Miles de colores y texturas componían la entrada del puesto que, de manera insinuante, atraía a los más curiosos a disfrutar de los diferentes aromas. Una mujer cubierta con un velo azul marino atendía a los pocos transeúntes que paraban en ese momento en su puesto. Durante unos segundos, y mientras sorbía su café, Sam se quedó ensimismado contemplándola mientras atendía a una pareja de compradores. Por algún motivo, reparó en los suaves y delicados movimientos de la vendedora al introducir las distintas especias en pequeñas bolsas. Tan solo llevaba al descubierto las manos y los ojos, suficiente para que Sam descubriera en ella a una mujer tremendamente femenina.

Cuando los compradores se marcharon, y creyendo que nadie la veía, la mujer se retiró el velo de la cara para poder respirar con normalidad, descubriendo así un rostro joven y con un esplendor especial. Sam estuvo a punto de atragantarse con el café al ver aquel despliegue de exotismo y belleza. Aquella era, sin lugar a dudas, la muchacha más linda que había visto en su vida. Fijó sus ojos con total admiración y

asombro sobre aquel rostro angelical cuando, de pronto, sintió un pinchazo en el lado izquierdo de su pecho. Era su corazón. Un rayo de fascinación atravesó su órgano, cubriéndolo con el embrujo de quien presencia un milagro de la naturaleza por primera vez.

De repente, aquellos ojos inmaculados se posaron sobre los suyos, que no habían dejado de mirarla. Al darse cuenta de que un extraño la observaba, volvió a cubrir su rostro. Sam adivinó cierto rubor bajo aquel velo, pero estaba demasiado hechizado como para dejar de mirarla. La tendera continuó con sus tareas, cabizbaja, sin atreverse a levantar la vista de nuevo hacia el turista descarado. Pero entonces, por el rabillo del ojo, advirtió que aquel hombre alto y corpulento pagaba el café al camarero y se acercaba con paso lento y pausado, como si temiera espantarla, a su puesto.

—Hola —dijo con una voz cálida.

La muchacha respondió con una sutil mirada que enseguida volvió a dirigir hacia el suelo. Fueron solo unas milésimas de segundo, pero suficientes para que Sam descifrara el color verde esmeralda que bordeaba sus pupilas. Aquellos luceros se hacían más intensos si eso era posible a consecuencia del velo oscuro que le tapaba el resto de la cara. Nunca imaginó que una damasquina pudiera tener los ojos tan claros como la aurora boreal, y aquello acabó por hipnotizarle del todo.

—El camarero de ahí enfrente me ha dicho que..., que tú le vendes el cardamomo. —Señaló hacia el bar para que la muchacha le entendiera.

La joven asintió de manera educada.

—Quisiera..., quisiera comprar algo de cardamomo. —A Sam le costaba hablar.

La tendera señaló el saco donde guardaba la especia y después le miró a la espera de una confirmación.

—¿Eso es cardamomo?

La chica volvió a asentir y tomó en su mano algunos granos. Muy lentamente se acercó a él, que no podía dejar de mirarla, y se lo ofreció para que pudiera olerlo. Sam alargó el brazo para recibir la especia y la joven la depositó con delicadeza sobre la palma de su mano, rozando su piel. Sam fijó la vista sobre aquellas manos dulces y delicadas, y que a la vez delataban una vida de trabajo duro. Entonces arrimó el cardamomo a su nariz e inhaló su esencia.

—Mmm, huele a cítricos —dijo para sí.

—Es limón y eucalipto. El cardamomo verde tiene un aroma intenso que recuerda a esas fragancias. —Oyó que le decía con voz aterciopelada.

—¿Hablas mi idioma? —Sam se sorprendió ante la respuesta de la joven.

—Sí, lo aprendí en la escuela, señor —contestó bajo el velo.

Le sonrió y ella pareció corresponder de manera oculta. En aquel instante dos niños pequeños llegaron corriendo hasta el puesto y, entre risas y jolgorio, se introdujeron directamente en la trastienda.

—Perdone el alboroto. Mis hermanos vienen de jugar —aclaró la muchacha.

—No importa. Me gusta ver a los niños disfrutar —repuso sin borrar la sonrisa de sus labios.

Se hizo un silencio incómodo. Sam quería alargar la conversación, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Es tuya la tienda? —preguntó; fue lo primero que le vino a la cabeza.

—Pertenece a mi familia, señor.

—Es muy bonita —dijo escrutando la gran diversidad de especias que contenían los sacos.

—Mi familia dedicó muchos años a los condimentos.

—¿Dedicó? —A Sam no se le escapó que hablara en pasado.

Al oír la pregunta del turista, la chica agachó de nuevo la cabeza y se quedó en silencio.

—Perdona, no pretendía entrometerme —dijo Sam agitando las manos.

—No..., mis padres ya no viven. —De pronto se apagó la mirada de aquella muchacha.

—Lo siento..., yo..., no era mi intención ser indiscreto.

Sam sintió un pellizco de compasión por aquella muchacha que no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años. Le pareció muy joven para cargar con tanta responsabilidad.

—No pasa nada. No es culpa suya..., señor.

—Por favor, no me llames señor. Mi nombre es Sam.

La joven inclinó la cabeza ruborizada por la naturalidad con la que aquel hombre la trataba. No sabía por qué, pero el turista había provocado en ella una sensación de desconcierto. No era como el resto de viajeros curiosos que pasaban por su tienda, preguntaban por la utilidad y propiedades de las especias y después se marchaban con unas bolsitas que ni siquiera llegarían a utilizar en sus insulsas comidas. Aquel joven, de mirada limpia y un atractivo irresistible, parecía interesarse por algo más que los condimentos.

—El camarero de ahí enfrente me ha dicho que el cardamomo es muy bueno para hacer café.

—Así es, señor..., Sam. Ofrecer *ahwa* de cardamomo verde es un gesto de bienvenida en nuestro país.

—Pues es una bienvenida deliciosa —observó Sam sin apartar la mirada de aquellos ojos verdes.

La joven jugueteaba con sus dedos, nerviosa, sin saber qué contestar.

—Me llevaré una bolsa de cardamomo —dijo Sam finalmente.

La tendera preparó una bolsita con el condimento y se la entregó al turista.

—¿Cuánto te debo? —preguntó llevándose la mano al bolsillo.

—Es un regalo —respondió la muchacha de forma tímida.

—No puedo aceptarlo. Por favor, dime cuánto...

—No es necesario. Puede probarlo; si le gusta, volverá otro día. Lléveselo como

muestra de bienvenida.

Sam iba a decirle que se marchaba en tres días y que ya no regresaría más. Sin embargo, por algún motivo, no lo hizo.

—Muchas gracias entonces. Solo una cosa más..., me gustaría saber el nombre de la persona que me hace este regalo.

La muchacha dejó entrever una tímida sonrisa bajo el velo.

—Nour. Mi nombre es Nour —respondió con voz armoniosa.

—Nour —repitió Sam en un susurro—. Bonito nombre para una mujer tan bella.

Las mejillas de Nour enrojecieron al instante. Sabía de sobra que aquel apuesto turista había visto su rostro minutos atrás y agradeció infinitamente que el velo ocultara su rubor.

—Gracias por todo, Nour.

Y dicho esto, Sam se marchó de allí llevando consigo la bolsita repleta de cardamomo... y una pizca de esperanza.

Capítulo 9

Justo a tiempo! Ven, quiero que veas algo —le dijo el doctor Karam a Sam nada más verlo entrar por la puerta.

—Hussein, yo venía a... despedirme... —terminó su frase, pero el médico ya había salido del despacho.

Sam siguió a su colega por el pasillo donde se amontonaban las camillas con los heridos en proceso de recuperación. Al no haber habitaciones suficientes para todos, los menos graves fueron desplazados a los corredores del hospital para su posterior convalecencia. Aquello era un ir y venir de gente buscando a sus familiares o amigos, el bullicio se hacía insoportable a cada paso que daban. Las quejas, los llantos y demás voceríos envolvían el aire del centro hospitalario e impedían que Sam escuchara con claridad lo que el doctor Karam trataba de decirle mientras sorteaban las camillas y soportaban algunos empujones.

Llegaron al final del pasillo y entraron en una de las habitaciones ocupadas. Sam se quedó paralizado al encontrarse con los dos niños que había operado el día anterior. Reconocería sus caritas en cualquier lugar del mundo. El más pequeño llevaba una especie de cabestrillo en lo que le quedaba de pierna y el mayor tenía un vendaje alrededor de la cabeza que le cubría el ojo perdido. Ambos estaban tumbados en sus respectivas camas, aparentemente tranquilos. Al ver a Sam aparecer por la habitación, los chiquillos le dedicaron una tímida sonrisa y aquel gesto hizo que se le cayera el alma a los pies. ¿Cómo era posible que sonrieran después de lo que les había sucedido?

—Son hermanos —le informó el doctor Karam—. Paseaban con su madre por el lugar de la explosión y ambos fueron trasladados al hospital con la ayuda de varios hombres que sobrevivieron.

—¿Y la madre? —quiso saber, aunque temía la respuesta.

El doctor Karam frunció los labios y negó con la cabeza.

—No obstante, hemos sabido que su padre había salido de viaje y por lo tanto no estaba presente durante la explosión. Le hemos localizado en Homs. No debería de tardar mucho en llegar —apuntó mirando el reloj de su muñeca.

Sam volvió a fijar la vista en los niños. Se aproximó a ellos con cautela y, cuando estuvo cerca, el mayor le tendió la mano. Se sobrecogió ante la mirada suplicante del único ojo que le quedaba al niño. El chico ansiaba tocarle porque lo había atendido cuando más lo necesitaba. Sam posó su mano sobre la del pequeño con cierto recato y, cuando este la tuvo unida a la suya, la acercó a su lastimado rostro y la besó con el mayor de los respetos.

—*Shukran, shukran. Allah ikatter kherak* —pronunció.

Sam no necesitó hablar árabe para comprender que aquella criatura le estaba sumamente agradecida por haberle ayudado. Su corazón se vio inundado por una ternura que jamás antes había sentido. Aquel gesto se clavó en su retina, haciendo que sus rodillas flojearan y se postraran ante semejante dulzura.

—No, no. No es necesario, por favor. —Apartó la mano de sus labios finos e inocentes y con la otra mano le acarició el rostro—. Solo cumplía con mi trabajo. Te vas a poner bien, ya lo verás. Y pronto estarás jugando de nuevo con tu hermanito —dijo dirigiéndose al más pequeño, que le observaba con suma curiosidad.

Los chiquillos le dedicaron una sonrisa bondadosa.

—Tienes ángel, rubio. —Oyó cómo le decía el doctor Karam desde atrás—. Les gustas a los pacientes, te hablan, se abren a ti de forma natural, confían en ti...

Notó cómo la mano de su compañero se posaba en su hombro.

—Es un don, hijo. No lo desaproveches. A veces tenemos que superar nuestros propios límites para lograr nuestros sueños. Y entonces llegará el día en que esos límites dejarán de existir, pero debes tener paciencia. Solo tú puedes doblegar a la adversidad.

En aquel momento, y como si de un huracán se tratara, un hombre de unos cuarenta años irrumpió en la habitación con la cara desencajada. Cuando vio a sus hijos sobre las camas se echó a llorar como un niño pequeño y rápidamente se aproximó a ellos para estrecharlos entre sus brazos. Sam se apartó de la escena, dejando a los niños llorar sobre el hombro de su padre. Sintió un nudo en el estómago, pero esta vez no por pena, sino por la alegría de saber que, al menos, después de todo, aquellos niños tenían un padre que los amaba. No estarían solos, aún quedaba algo de esperanza en sus vidas y, en cierta manera, las manos expertas de Sam habían logrado parte de aquel milagro.

Las palabras del doctor Karam retumbaron en su cerebro mientras observaba la imagen del padre con sus hijos: «Tienes un don, hijo. No lo desaproveches». De pronto, como si de una inyección de adrenalina se tratara, Sam se sintió fuerte. Fuerte y con el rotundo deseo de seguir haciendo lo que había venido a hacer, ayudar a los más necesitados. Las puertas cerradas de su mente volvieron a abrirse y un impulso inexplicable que surgía de lo más profundo de su pecho lo hizo reaccionar. De golpe sintió una necesidad. Nunca supo por qué lo hizo, pero, sin dar explicaciones al doctor Karam, echó a correr al exterior del hospital. Su compañero no se opuso a su marcha, tenía la esperanza de que aquella experiencia positiva lo hiciera volver. Sam

buscó un taxi y le pidió al conductor que lo llevara hasta el mercado.

Una vez allí buscó el puesto de especias donde el día anterior había conocido a Nour, pero cuando lo encontró, ella no estaba allí. En su lugar halló a sus dos hermanos pequeños atendiendo a los compradores. El más pequeño hacía de comerciante y atendía al público, y el mayor se encargaba, con suma habilidad, de servir y pesar los condimentos que pedían los clientes. Le resultó una situación simpática ver cómo unos niños tan pequeños se defendían tan bien como tenderos. Cuando los clientes se hubieron marchado, se aproximó y preguntó al mayor:

—Hola, ¿podría hablar con Nour?

El niño le dirigió una mirada tímida y, sin responder, le dio la espalda para continuar con sus tareas como si la cosa no fuera con él. El más chiquitín se le quedó mirando sin entender qué era lo que aquel extranjero quería.

—Nour, quiero hablar con Nour —dijo repitiendo el nombre en voz alta.

—*Nour mu hown* —decía el niño tratando de hacerle entender que su hermana no estaba allí.

Sam escuchó a alguien toser desde el interior del puesto de especias. Definitivamente era la tos de una mujer. Entonces, un ruido de cristales rotos llegó hasta ellos. El hermano mayor entró rápidamente a la trastienda y el pequeño se quedó mirándole; por un momento no supo qué debía hacer. Sam, preocupado por lo que podía haber sucedido, dejó a un lado su civismo cortés y se dirigió al interior sin ser invitado. El pequeño no se atrevió a detenerlo, así que, simplemente, lo acompañó hasta la trastienda.

Sam se esforzó por contener su asombro cuando encontró una habitación diminuta con dos colchones viejos tirados sobre el suelo. La única luz procedía de una lámpara pequeña que emitía un brillo regular. Parpadeó hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra. Apenas distinguió la figura de una anciana semiacostada sobre uno de los colchones, tratando de alcanzar los cristales de un vaso que se le había caído de las manos. Sin dudarle, se acercó para ayudarla, recostándola de nuevo en el colchón. Tenía la piel pálida y con un brillo extraño, como si fuera una figura de cera. Unas arrugas marcadas le surcaban el rostro, estaba muy consumida y tenía los brazos extremadamente delgados. La mujer lo miró desconcertada sin saber quién había osado entrar en su casa, pero casi no tenía fuerzas para pronunciar palabra.

—Soy Sam. No se preocupe, señora, soy médico. —La anciana parecía asustada—. Doctor, soy doctor.

Al oír aquella palabra, la mujer se tranquilizó y dejó que el extraño la tapara con las viejas mantas que cubrían el lecho y ahuecara su almohada. Sam tocó la frente de la anciana para comprobar que no tuviera fiebre. Los dos pequeños observaban la escena sin pronunciarse, hasta que el más pequeño habló y ella dejó asomar una diminuta sonrisa sin apartar los ojos de Sam.

Este barrió con la mirada los quince metros cuadrados que velaban por aquella

familia. En una esquina reconoció la cocina, con una simple lumbre de butano, un armario medio descajado y una nevera pequeña. A su lado había una cajonera antigua, probablemente el lugar donde guardaban la ropa, y al otro lado de la estancia una especie de armario empotrado en la pared hacía las veces de aseo. Quitando los colchones que había en el suelo, el resto estaba ocupado por sacos y más sacos de especias. Si no fuera por la agradable fragancia de los condimentos, el olor a humedad y enfermedad se habría adjudicado el puesto que le correspondía.

Sam no pudo evitar preguntarse si aquel sería el lugar donde habitaban permanentemente, o si solo permanecían allí durante las horas laborales. Pero al ver el estado demacrado de la señora, comprendió que no podría trasladarse hasta allí todos los días en aquellas condiciones.

En ese preciso instante se escuchó una voz desde fuera y el niño mayor salió de la casucha. A los pocos segundos, volvió acompañado de Nour. Ella se quedó petrificada al ver al extraño del día anterior dentro de su tienda, postrado junto a la cama de la enferma. Sam se adelantó antes de que protestara.

—Perdona la intromisión. Hemos escuchado un ruido de cristales rotos y he entrado para comprobar que todo estuviera en orden.

Nour clavó los ojos en el suelo y vio el vaso roto junto a un charco de agua. Sin decir nada, fue hasta la cocina y tomó un paño para secar el agua y recoger los cristales. Oyó la tos áspera de la anciana y rápidamente le acercó un pañuelo. Las convulsiones angustiosas de su pecho le dolieron como si fueran propias. Después rebuscó entre los frascos de la mesita de noche un jarabe de morfina y lo vertió en una cuchara. Al pasar un brazo por la nuca sudada de la enferma para incorporarla notó cómo el cuerpo se le tensaba para intentar contener otro ataque de tos. La sacudida hizo que el jarabe cayera sobre la vieja colcha y Nour murmuró algo a la anciana con voz cálida antes de volver a llenarle la cuchara. La garganta delgada de la mujer se movió al tragar la medicina. Después, Nour le arregló las almohadas mientras ella tosía un poco más. Cuando hubo terminado la operación se dirigió a Sam.

—Gracias por todo, señor. Mi madre de leche necesita descansar —dijo invitándole a salir.

—No tienes que darme las gracias. Solo cumplo con mi obligación. Y por favor, llámame Sam —le recordó.

—De acuerdo, Sam. Yo me encargaré del resto.

Sam quiso obedecer sin rechistar, pues no se sentía cómodo invadiendo la intimidad de aquella familia. Pero antes de salir, quiso pronunciarse:

—Tu madre..., cómo has dicho..., ¿de leche?, ¿tiene párkinson?

Nour asintió con la cabeza.

—¿Alguien se encarga de ella?

—Yo misma.

—Pero... ¿no hay enfermeros para atenderla? ¿Por qué no está en el hospital?

—Imposible. La enfermedad es irreversible, sería demasiado costoso mantenerla bajo cuidados en el hospital —dijo con la voz apagada.

—¿Toma algún medicamento?

Ella lo miró extrañada. ¿Qué interés tenía en obtener tal información? Ante su mutismo, Sam cayó en la cuenta de que hacía demasiadas preguntas personales.

—Perdona, no es mi intención entrometerme. Soy médico y creo que puedo ayudarlos. —Se levantó del suelo y se dirigió a Nour.

Ella dio un paso atrás ante la impetuosidad de Sam.

—No te asustes. Solo pretendo echar una mano —le dijo señalando con la mirada hacia el camastro—. Hay algunos fármacos que podrían retrasar el avance de la enfermedad. Es imposible curarla, pero junto con unos cuantos ejercicios, notaría cierta mejoría.

Sam observó cómo Nour abría los ojos de par en par mientras observaba a la anciana yacer inmóvil sobre el colchón.

—¿Es eso cierto? —preguntó incrédula.

—Sí, por supuesto —repuso con una sonrisa en los labios.

Nour miró primero a la enferma y después a sus hermanos, en busca de una respuesta. Pero todos seguían sin decir nada al no entender de qué estaban hablando.

—La levodopa es el fármaco más potente en este momento. Puedo conseguir la dosis necesaria.

De no haber sido por la penumbra de la habitación, Sam habría distinguido sus ojos húmedos y cómo, agradecida por su desinterés, Nour habría querido darle un abrazo.

Absortos en sus pensamientos, no se dieron cuenta de que un chaparrón comenzaba a descargar agua sobre los sacos de especias en el exterior. El mayor de los chiquillos salió a toda prisa y, a continuación, Nour y el más pequeño reaccionaron. Sam los siguió y ayudó a portar los pesados sacos al interior de la tiendecita para que no se mojaran. Cada uno de ellos pesaría alrededor de quince kilos, demasiada carga para que Nour los transportara a pares, mientras que los niños arrastraban de uno en uno los sacos como podían.

Cuando ya no quedaba ninguno fuera, la joven respiró más tranquila. Se percató de que Sam estaba completamente empapado y, como buena damasquina, le ofreció un café caliente para entrar en calor, pues si realmente tenía interés en ayudarles, era lo menos que podía hacer por él. Sam se quitó la chaqueta y la dejó sobre una vieja silla, cerca de la estufa de gas. Los pequeños hicieron lo mismo con sus respectivas rebecas de lana y Nour se despojó del velo que cubría su cabeza exponiendo su celestial belleza ante los ojos de Sam. Este tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar descaradamente su rostro, no quería intimidarla como había hecho el día anterior, y pensó que lo mejor sería actuar como si no hubiera visto un ángel. Aquel café de cardamomo se le antojó más sabroso si cabía que el que había tomado en el bar de enfrente. Cuando estuvieron sentados, Nour quiso saber por qué había

regresado:

—¿Qué te ha traído de nuevo hasta aquí?

—Oh, bueno, verás..., ayer me marché demasiado deprisa y olvidé preguntarte cómo se preparaba este estupendo café —explicó mientras daba un sorbo.

—Es muy sencillo. Solo hay que hacer el café al estilo tradicional y añadir una cucharadita de cardamomo al final. Es bueno dejarlo reposar unos minutos antes de servirlo.

—Es delicioso —dijo dándole otro sorbo y dejando entrever una sonrisa tras la taza.

Nour sintió que sus mejillas enrojecían por momentos, así que optó por cambiar de tema.

—¿Puedo preguntar qué hace un hombre como tú en un país como este?

—Oh, bueno..., es una larga historia.

Ella echó un vistazo hacia fuera y al ver la tormenta añadió:

—Creo que habrá tiempo antes de que se aclare el cielo.

Sam se sintió halagado por el interés de Nour. Le contó el motivo principal que lo había llevado a viajar hasta Siria y cómo sus padres y amigos al principio no lo entendieron.

—Es comprensible. La vida allí debe de ser mucho mejor, entiendo que no quisieran que su hijo viajara —añadió Nour.

—Tal vez lo sea. Pero debo admitir que aquí me siento más realizado.

También le contó lo sucedido dos días antes, cuando, tras el atentado, el hospital se vio desbordado por heridos. Ella escuchó el testimonio de Sam en absoluto silencio, prestando atención a cada una de sus palabras. Su gesto torcido daba la sensación de que la crónica la estaba afectando y, por consiguiente, Sam decidió reservarse la peor parte. Cuando terminó de contarle los motivos por los que había decidido seguir adelante, Nour sintió la necesidad de desahogarse con él, pero se abstuvo.

—¿Y tú? ¿Qué hace una muchacha como tú trabajando en un lugar como este?

—No tengo otra opción. Debo mantener a mis hermanos. —Fue su escueta respuesta.

Sam entendió la indirecta y no quiso parecer impertinente, por ello no volvió a preguntar. Observó a los dos niños pintar en un papel sobre el suelo, parecían entretenidos y felices con un simple folio y dos lápices de colores. Sus sonrisas lo decían todo.

—Nabil es el más pequeño —le informó—. Y Omar es el mayor.

Hizo una pausa para después continuar:

—Omar no habla desde que... fallecieron nuestros padres —dijo clavando la mirada sobre la alfombra—. No es capaz de pronunciar palabra. Su mundo se ha hecho silencio.

—¿Vuestros padres? Pero entonces ella... —dijo dirigiendo la vista a la anciana

que descansaba plácidamente.

—Tarifa es mi madre de leche. Ella era nuestra vecina, amiga de mi madre. Me alimentó con su pecho cuando mi madre no pudo hacerlo.

Sam arqueó las cejas sorprendido por el nuevo concepto. «Madre de leche», se repitió mentalmente. Había escuchado aquel término en alguna ocasión, pero nunca se había parado a pensar en lo que significaba.

—Ella también perdió a su marido, y su única hija, Soumiya, se casó y ahora vive en el Líbano. Desde que comenzó la revuelta su marido no le permite venir a verla, pues está embarazada y no desea que arriesgue su vida ni la del hijo que espera.

Sam temió hacer la siguiente pregunta, pero Nour se le adelantó tras comprobar que sus hermanos continuaban entretenidos. Al final optó por hablar.

—Hace seis meses mi casa fue asaltada en el noreste de Damasco, en Duma. —Tomó aire para continuar—. Mis hermanos y yo nos encontrábamos en la escuela en aquel instante, pero nuestros padres... —Su voz entrecortada se vio interrumpida por un nudo en la garganta—. No he tenido valor suficiente para volver allí y recoger las pocas pertenencias que teníamos.

Enterró la mirada en el suelo y no fue capaz de proseguir con el relato. Sin pensarlo, Sam alargó la mano y la posó sobre sus delicados dedos. Ella se obligó a recomponerse y soltó la mano del recién llegado. Se levantó y se aproximó a la cocina.

—¿Deseas más café? —le preguntó.

—No, gracias. Es suficiente.

Nour se enfadó consigo misma por contarle aquello a un desconocido. Tan solo había hablado con él dos veces y no comprendía por qué lo había hecho. Sintió una vergüenza repentina por desnudar sus sentimientos ante Sam, pero había algo en él, una especie de halo sensible, que lo hacía digno de confiarle sus secretos.

—Dices que eres médico.

—Así es.

—¿Y de verdad crees que mi madre de leche puede mejorar?

Sam no pudo evitar dedicarle una sonrisa. Nour lo desconcertaba, admiraba la serenidad y nobleza de su semblante, que, a pesar de su triste situación, destilaba paz y fuerza interior.

—Haré lo posible para que así sea. Si me lo permites, vendré cada tarde para reconocerla, darle sus medicinas y ayudarla con los ejercicios. —Entonces Sam se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Sin sopesar las consecuencias, había tomado la decisión, inconscientemente, de continuar su estancia en Damasco. Se había comprometido a ayudar a la madre de leche de Nour y eso supondría cancelar su vuelta a Sídney. Ahora tendría que cumplir con lo prometido, y lo cierto era que, después de ver la escena de los niños en el hospital junto a su padre, las ganas de luchar por su sueño se habían visto fortalecidas. Aunque, siendo sincero, se preguntó si el principal motivo de su cambio de opinión no habría sido la mirada angelical e

inocente de Nour. Le costaba horrores no perderse en sus ojos mientras ella le hablaba. Su corta melena, sus delgados dedos que terminaban en unas cuidadas uñas esculpidas, su voz armoniosa y femenina..., en realidad todo su ser, lo tenían embrujado.

Cuando el cielo escampó, Sam se despidió de Nour y de sus dos hermanos asegurándoles que regresaría al día siguiente. Retornó de nuevo al hospital y buscó al doctor Karam, pues estaba seguro de que aún seguiría allí. No tenía tiempo que perder para comunicarle la buena nueva.

—Buenas tardes, Hussein. —Abrió la puerta de su despacho sin llamar.

—¿Otra vez tú? Deja de molestar, ¿no deberías estar preparando tus maletas? —le replicó de nuevo enfurecido—. Dentro de dos días, cuando hayas regresado a tu país, cuéntale a todo el mundo que fuiste un héroe, que te has convertido en un nuevo hombre más poderoso e importante. Que la suerte de estos pobres inocentes sirios ya no tiene por qué alterar tu conciencia.

Sam se quedó sin habla, paralizado bajo el marco de la puerta. Parecía que tenía el discurso preparado desde hacía horas.

—Mientras te estés atiborrando de dulces y caramelos piensa por un momento en los hijos de esta gente. Háblales a tus amigos del sentido del honor, de la respetabilidad, de la moral, del mundo que vais a dejarles a vuestros hijos...

Sam trató de interrumpir a su amigo antes de que continuara con su lluvia de menosprecios.

—¡No, déjame terminar! —Cada vez se acaloraba más—. Un mundo en el que mujeres y niños inocentes pueden pudrirse en un país como este porque nadie quiere atenderlos. Porque los del primer mundo tienen cosas mejores que hacer que ensuciarse las manos con su sangre. ¡Diles eso a tus amigos, a tus padres y a todos tus conocidos!

El doctor Karam estaba realmente decepcionado. Sin embargo, su carácter no le permitía parecer serio cuando hablaba en aquel tono, tratando de imponer su criterio. Sam se llevó la mano a la boca para esconder su sonrisa cuando vio que a su colega se le estaban poniendo las orejas rojas por la reprimenda.

—¡No sé qué te hace tanta gracia, rubio! ¿Me tomas por idiota?

—No, no, Hussein. Claro que no..., es solo que aún no me has dejado contarte para qué he venido.

—¿Y puede saberse por qué estás aquí? —preguntó más enfadado si cabía.

—Verás. He venido para comunicarte que cancelo mi regreso —le comentó con voz serena—. Voy a quedarme aquí para seguir ayudándote. Y prometo que no volveré a acobardarme nunca más.

El doctor Karam se quedó boquiabierto, avergonzado por el discurso que acababa de soltarle.

—He conocido a una familia de huérfanos que necesitan mi ayuda y los niños de esta mañana con su padre me han dado la fuerza que necesitaba. —Se aproximó a

Hussein y le cogió por los hombros—. Gracias por abrirme los ojos. Gracias por esta oportunidad. Te prometo que no volveré a defraudarte.

Y entonces Sam le soltó un sonoro beso en la mejilla y, sin esperar respuesta y dejándolo como un pasmarote, salió de nuevo por la puerta.

—¡Hasta mañana, doctor! —se despidió con un saludo militar y una sonrisa que perduró el resto de la noche.

Capítulo 10

En menos de un mes Sam tuvo que enfrentarse de nuevo a un segundo atentado en el centro de la capital. En aquella ocasión el número de víctimas mortales se había reducido a la mitad pero, aun así, llegaron centenares de heridos y mutilados al hospital. Se esforzó por cumplir con su promesa, y atendió y curó a los heridos con la mayor profesionalidad posible, dejando a un lado su sensibilidad para dar paso a una habilidad y competencia sorprendentes. Por cada muerto que pasaba al olvido, había diez heridos curados que con una sonrisa y lágrimas anunciaban el regreso a la vida. El doctor Karam le felicitó al final de la jornada por su buen hacer, temiendo por un instante que volviera a tener una recaída anímica. Sin embargo, eso no sucedió.

No podía decirse que Sam se hubiera acomodado a aquella situación pero, al menos, había encontrado refugio en la compañía de Nour y su familia. Poco a poco fue adaptándose a la vida en Damasco y cada mañana que salía por la puerta de su apartamento agradecía haber tomado la decisión de no huir cuando más vulnerable se sentía.

Todas las tardes, al acabar su trabajo en el hospital, se acercaba a la tienda de especias para ayudar a Nour a cargar los sacos y los grandes pedidos. Ella se sentía dichosa con la atención desinteresada de Sam. Este se había convertido en poco tiempo en un pilar importante para sacar a sus hermanos y a Tarifa adelante. La anciana había experimentado cierta mejoría con su enfermedad, pues en pocos días había sido capaz de recostarse sola en la cama y, dos semanas más tarde, conseguía sentarse sobre el filo del colchón para que sus nietos la acompañaran al baño.

El pequeño Nabil pronto se convirtió en la sombra de Sam. Allí donde iba él, el niño lo seguía, y, no conforme con eso, comenzó a pronunciar y repetir palabras en su idioma. A Sam le complacía la compañía de Nabil, que, con tan solo cuatro años, era mucho más independiente y capaz que cualquier chaval de la misma edad en su país.

Una tarde lo halló discutiendo el precio final de medio saco de comino molido con un cocinero de un restaurante próximo. Aunque el hombre no pretendía engañar al niño, lo conocía lo suficiente como para hacerle enojar a propósito y poner a prueba su desparpajo cada vez que hacía un pedido. Gracias a las continuas

discusiones deliberadas con aquel hombre, Nabil iba aprendiendo cuestiones fundamentales para llevar el puesto del mercado.

Por otro lado, Omar se encargaba de ordenar y dividir las especias en distintas dosis y bolsitas individuales cada vez que un cliente así lo requería. El muchacho era tímido y, además de guardar silencio, no solía sonreír. A pesar de que al principio se mostraba distante con Sam, poco a poco fue ganándose su confianza e incluso, en algunas ocasiones, se acercó a él para ayudarlo a colocar sacos.

Ambos niños proporcionaban a Sam las fuerzas y el coraje para seguir adelante. Cada vez que se sentía alejado de su familia, no tenía más que pasar una tarde con ellos para volver a sentirse como en casa. La alegría y la inocencia de aquellos chavales aportaban a Sam un buen suministro de energía para afrontar el día a día en un país con demasiados problemas. Las cosas se ponían cada vez más difíciles para ellos, muchos ciudadanos apenas salían de sus casas para hacer la compra, y eran los propios niños o la misma Nour los que arriesgaban la vida para llevar las especias al domicilio de los clientes. Las ventas habían bajado considerablemente tras los atentados en la capital, y el invierno se hacía cada vez más duro para ellos, pues casi no les llegaba para comprar butano y caldear la trastienda. Una fría tarde, en la que Tarifa se acurrucaba temblorosa bajo las viejas mantas de su colchón, Sam tuvo una idea.

—¿Por qué no venís a mi casa? —le propuso a Nour.

Ella pestañeó varias veces seguidas mientras asimilaba aquella pregunta.

—Vivo en un apartamento, en la zona de Al Mezzeh. La casa tiene dos dormitorios —le explicó ilusionado—. Dejaríamos el más pequeño a Tarifa, y tú y tus hermanos podríais dormir en el mío.

—No, no, no. No podemos aceptar —respondió agitando las manos.

—¿Por qué? Vivo solo y hay espacio suficiente. —Entonces se escuchó a Tarifa toser desde dentro—. Además, hay calefacción y ella estaría mejor atendida allí.

Nour continuaba perpleja sin saber qué decir.

—Podréis venir a la tienda para trabajar por las mañanas y yo mismo os recogeré por la tarde. Tarifa estará más cómoda en mi apartamento que en este lugar.

—Pero ¿y tú dónde vas a dormir?

—Hay un sofá cama en el salón. Me apañaré perfectamente —repuso con una sonrisa—. Créeme, es mucho mejor que el camastro donde dormí en mi año de militar.

Nour no estaba segura de aceptar la oferta y no precisamente porque no le pareciera maravillosa, sino más bien porque tenía miedo de meterse bajo el mismo techo que un hombre tan atento e irremediabilmente atractivo como él. Aunque se sentía mucho más cómoda con su presencia que al principio, dudaba que aquel acercamiento pudiera provocar en ella algo más que una simple sensación de bienestar. En diversas ocasiones se había sorprendido a sí misma observando embelesada a Sam mientras este cargaba los pesados sacos sobre sus anchos

hombros, admirando aquel cuerpo escultural y atlético que provocaba en ella un rubor incontrolable. No podía permitirse ese tipo de distracciones, debía trabajar duro para sacar a sus hermanos adelante.

Nour era una muchacha responsable y, a pesar de ser una estudiante ejemplar, había tenido que dejar el instituto cuando sus padres fallecieron, pues si no no habría podido llevar el negocio familiar y ganar algo de dinero para comer. Al principio, cuando se puso a cargo de la tienda, muchos hombres se acercaban atraídos por su singular belleza. Algunos tonteaban con ella, otros incluso le proponían matrimonio y los más depravados le ofrecían dinero a cambio de una noche de placer. Por ese motivo había tomado la decisión de cubrir su rostro mientras atendía a los clientes, de ese modo nadie invadiría su intimidad y, aunque sus ojos delataban parte de aquel rostro inmaculado, al menos conseguiría reducir la atención de muchos hombres.

Con Sam no existía ese tipo de problemas. Él la había respetado desde el principio y los ojos con los que la miraba no eran los mismos ojos hambrientos y pervertidos de los otros hombres. Cada vez que sus miradas se cruzaban, ella leía en él otro tipo de sentimientos. Una mezcla entre admiración y afecto, ligados con una pequeña sombra de pesadumbre, le hacía creer que el motivo por el que Sam seguía con ellos era sencillamente por benevolencia.

Jamás quiso cuestionarse por qué los había elegido a ellos. Sus hermanos pequeños parecían felices con la compañía y la protección que este les brindaba, y el hecho de que fuera médico suponía un gran alivio para la enfermedad de Tarifa.

Pero, en esta ocasión, lo que Sam les ofrecía era mucho más que simple altruismo. Les estaba proponiendo a ella y a toda su familia la posibilidad de vivir bajo un techo cálido y limpio, sin humedades, sin pequeños roedores en busca de comida... Aquello suponía poder lavarse con agua caliente, dormir en un colchón cómodo y limpio, preparar la comida sobre una cocina como Dios mandaba. Demasiado bonito para ser real. Quería gritar de alegría, pero sentía cierto temor de aceptar. ¿Qué podía darle a cambio ella por tanta generosidad? Él nunca le había pedido nada pero, a pesar de su nula experiencia con los hombres, tenía entendido que la mayoría de ellos solo buscaban una cosa. ¿Y si él esperaba algo más que agradecimiento?

Lo cierto era que Sam no parecía ser de esos hombres. En el tiempo que lo conocía solo había visto en él ganas de complacer las ansias de juego de los niños, gusto por conocer sus costumbres y su cultura, e incluso había mostrado un gran interés por aprender más sobre los beneficios y las propiedades de las diferentes especias y condimentos. Pero, sobre todo, parecía complacido con el simple hecho de ayudarlos a salir adelante. Al tercer día de ver a Sam rondar por la tienda, los hombres insistentes que aún seguían buscando algo en Nour habían desaparecido. Ningún hombre en su sano juicio osaba ahora a insinuarse con ella, pues siempre se encontraban con la atenta y penetrante mirada de Sam, que además poseía un monumental cuerpo musculoso que imponía al mismísimo Sansón. ¿Y si era un ángel

enviado del cielo para ayudar a su familia? ¿Qué podría perder si aceptaba su ofrecimiento?

—No sé... Nosotros no tenemos cómo pagarte por...

—¿Pagarme? —Sam abrió los ojos de par en par—. Por supuesto que no tenéis que pagarme nada. Lo hago encantado. Solo quiero que los niños tengan un hogar y que tu madre de leche viva lo mejor posible el tiempo que le quede.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Os venís y punto. No aceptaré un no por respuesta.

Nour le dedicó una tímida sonrisa a Sam.

—Además, soy muy torpe con el dichoso café y no consigo que me salga igual de sabroso que a ti, por mucho cardamomo que le eche. Necesito una auténtica experta en especias que me guíe personalmente.

Nour miró a sus hermanos, que se hallaban jugando fuera. Aunque solo fuera por ellos y por Tarifa, debía aceptar el ofrecimiento de Sam. Había trabajado duro aquellos meses para darles a sus hermanos una vida decente y ahora se le presentaba la mejor de las oportunidades. Y no iba a rechazarla.

—De acuerdo. Iremos todos a tu casa.

—Bien, perfecto...

—Solo una condición —le interrumpió—. Yo me encargaré de preparar la comida.

Sam iba a protestar cuando vio a Nour cruzarse de brazos: no aceptaría réplicas.

—De acuerdo. Creo que podré soportarlo —bromeó Sam.

Ambos se dieron la mano para cerrar el trato. Entonces él corrió hacia los niños para anunciarles la buena nueva y estos rieron felices mientras abrazaban con cariño a su protector. Nour se aproximó a Tarifa para contarle el milagro que se les había presentado, y la anciana lanzó un rezo al cielo agradecida por la bondad de Sam.

Tras meter en bolsas de plástico los pocos enseres que poseían, Sam pidió un taxi que les llevó hasta su edificio. Junto con Hussein, ayudaron a Tarifa a bajar del coche y Sam la tomó entre sus fuertes brazos para subirla al apartamento. La anciana estaba encantada con sus mimos y, a pesar de no hablar su idioma, mostró su afecto a Sam con pellizcos en los mofletes. El doctor Karam y los muchachos portaron las bolsas hasta el segundo piso y, cuando este abrió la puerta, un rayo de luz iluminó los ojos de los nuevos invitados.

Aquel lugar les pareció el sitio más maravilloso para vivir. Era como estar en un hotel de cinco estrellas —aunque jamás habían estado en uno, sí lo habían visto anunciar por televisión—. El salón estaba inmaculadamente ordenado y la cocina parecía recién construida. Aunque el baño no era muy grande, a los niños les pareció la parte más fascinante de la casa, con azulejos brillantes y grifos sencillos pero relucientes. Sam llevó a Tarifa hasta el dormitorio pequeño y posó su delicado cuerpo

sobre el colchón mullido. Ella acarició las mantas suaves y limpias con la mano, deleitándose en la lana caliente que cubriría sus extremidades doloridas. Apoyó la cabeza en la almohada y suspiró, agradeciendo al cielo tan exquisita sensación de paz. Después Sam le acercó un teléfono inalámbrico y se lo ofreció.

—Desde aquí podrás llamar a tu hija Soumiya siempre que te apetezca.

A pesar de no hablar inglés, Tarifa comprendió perfectamente lo que Sam le ofrecía. Con lágrimas en los ojos inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Nour se encaminó hasta el que sería su dormitorio y el de sus hermanos. Se detuvo bajo el marco de la puerta y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas al ver una inmensa cama de matrimonio cubierta por una colcha blanca impoluta. Sam debía de ser muy ordenado, pues toda la casa estaba cuidadosamente organizada y limpia. Él se acercó por detrás y la agarró de los hombros.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—Es demasiado. Nunca te daremos las gracias lo suficiente por semejante favor.

—No es necesario. Aquí me siento muy solo, será agradable tener compañía.

Ella no supo qué contestar.

—Espero que podáis apañaros los tres en esta cama, pero si no es así, Nabil puede dormir conmigo en el salón.

—Podremos arreglarnos perfectamente. Es más de lo que habíamos soñado. — Sonrió recordando el viejo camastro en el que habían dormido hasta entonces.

Nour se acercó al armario, pero antes buscó el consentimiento de Sam, para guardar sus pocas pertenencias. Tras el saqueo en casa de sus padres le había sido imposible recuperar sus ropas y la de sus hermanos, y debían conformarse con un par de conjuntos gastados para vestirse. Cuando cerró el armario se fijó en dos retratos que había sobre la mesita de noche; en uno de ellos aparecía Sam abrazado a una pareja muy elegante, supuso que se trataría de sus padres. En la otra aparecía acompañado de dos jóvenes: una muchacha rubia y tremendamente hermosa, y un chico menos agraciado y más bajito que posaba entusiasmado junto a Sam.

—Es mi familia. —Su voz sonó desde la puerta.

Nour se sintió avergonzada por haber sido pillada cotilleando.

—Estos son mis padres —le explicó refiriéndose a los señores elegantes—. Y estos de aquí son mis amigos.

—Ella es muy guapa.

Sam carraspeó antes de hablar.

—Sí..., bueno..., supongo que lo es. Por desgracia, no siempre la belleza se lleva igual por fuera que por dentro.

Guardaba aquella fotografía de Ashley porque era la única en la que también salía Walter. Se la habían hecho dos semanas antes de su partida. Tras la discusión que tuvieron, Sam no había vuelto a hablar con ella. A veces su amigo lo ponía al corriente de las novedades en Sídney por correo electrónico y, a decir verdad, casi nunca nombraba a Ashley. Por lo visto su exnovia estaba centrada en acabar su

último curso de diseño y solo le importaba llegar a lo más alto con las mejores calificaciones. Aquella relación se había roto de la noche a la mañana y lo cierto era que Sam no había intentado recuperarla. Se había involucrado de lleno en sus nuevas obligaciones, las cuales consideraba mucho más importantes que tratar de convencer a Ashley de los motivos de su viaje. En cualquier caso, Sam se dio cuenta de que quizá aquella relación no le convenía, y de lo único que se arrepentía era de haber cedido ante la insistencia de Ashley para que los padres de ambos se conocieran tan pronto. Cuando Nour salió de la habitación, Sam aprovechó para darle la vuelta a la fotografía de Ashley. No era momento de acordarse de ella.

—Bien, ¿qué os apetece cenar, chicos? —preguntó cuando llegó al salón.

—Creo que debería marcharme ya —dijo Hussein a modo de despido.

—De eso nada. Tú te quedas a cenar con nosotros —insistió Sam—. Nos has ayudado mucho con la mudanza.

—Sí, por favor, doctor. No se vaya aún —repitió Nour.

Hussein se encogió de hombros y aceptó de buen grado la invitación. Hacía mucho que no cenaba en compañía de una familia, y por lo que había conocido hasta ahora de aquellos chavales, parecían gente encantadora y hospitalaria.

—Voy a ver qué tengo en la cocina para preparar —dijo Sam.

—Quedamos en que yo me encargaría de cocinar —le recordó Nour.

—Cierto —apuntó arqueando las cejas—. Bueno, pues veamos qué podemos hacer.

Sam acompañó a Nour hasta la cocina y entre los dos echaron un vistazo a las despejadas estanterías de la nevera. Ella dedicó a Sam una mirada sarcástica al comprobar que lo único que había allí dentro eran unas berenjenas, un trozo de cordero y una botella de leche.

—¡Ups! Creo que debería regresar al mercado a por algo de comer —señaló él rascándose la coronilla.

—Demasiado tarde. No te preocupes, yo me encargaré. —Nour agarró con decisión las berenjenas y el cordero—. Por favor, sal de la cocina. No me gusta trabajar mientras me miran —bromeó.

Sam obedeció sin rechistar. Era la primera vez que conocía a alguien tan joven y con tanta decisión. Sam estaba totalmente convencido de que Nour podría haber sacado a su familia adelante sin ninguna ayuda. La seguridad con la que resolvía los problemas no dejaba lugar a dudas.

Nour, cuyas manos nunca descansaban, echó la carne en un caldero con agua que previamente había puesto a hervir y añadió sal y cebollas. Después troceó las berenjenas y les echó sal para que desprendieran su agrio y oscuro jugo.

Desde la cocina se escuchaba a los niños jugar con Sam y el doctor Karam. Este ofreció a Tarifa cualquier tipo de ayuda que pudiera facilitar con el asunto de las medicinas, y la mujer no pudo más que agradecerle su cordialidad y atención.

Sam aparecía de vez en cuando por la puerta de la cocina para comprobar si Nour

necesitaba algún tipo de ayuda.

—¡Márchate ya! —le decía entre risas cada vez que veía su cara asomarse bajo el marco.

Cuando las berenjenas estuvieron listas, las lavó con agua fresca y las frió en aceite. A medida que los trozos se doraban, los secaba con una servilleta para quitarles la grasa y los apartaba a un lado. Las berenjenas se colocarían sobre el cordero antes de servirlo para que se empaparan con el jugo de la carne.

Cuando hubo terminado de preparar aquel manjar, lo sirvió sobre una fuente acompañado de arroz. Sam ayudó a Tarifa a desplazarse hasta el salón y, tras sentarla sobre una de las sillas, Nour le sirvió un plato. Los niños y Hussein esperaban ansiosos la cena. Aquel menú tenía una pinta excelente, especialmente por el delicioso olor a especias que desprendía.

Sam probó un primer bocado de la succulenta comida y no pudo evitar cerrar los ojos al degustar el maravilloso sabor de la berenjena mezclada con la jugosa carne de cordero. Era una sensación de lo más sabrosa, digna de los mejores cocineros del mundo. La riqueza de las especias bailaba en el interior de su boca como en un salón de vals, suave y provocador a la vez. Ella sonrió al ver su cara de satisfacción.

—Arrebatadoramente delicioso —pronunció Sam con la boca aún llena.

Los niños y el doctor Karam rieron al ver sus carrillos atiborrados de comida mientras hablaba, y es que el nuevo anfitrión tenía prisa por acabar su plato y servirse un segundo. Por suerte había cantidad más que suficiente para que todos repitieran y al final no quedó ni un solo grano de arroz sobre la fuente. Tarifa también terminó su plato (cosa que no solía hacer por falta de apetito) y Nour se sintió orgullosa del éxito rotundo de aquel menú preparado a última hora. Hussein también disfrutó de aquella cena en familia, como hacía mucho tiempo que no le ocurría.

Tras la cena, este se despidió agradeciendo la hospitalidad del grupo y los niños ayudaron a Sam a recoger la cocina. Nour y su madre de leche no daban crédito ante su iniciativa para fregar los platos, pero aceptaron de buen grado que se ofreciera a limpiar. Pronto Tarifa y los niños se fueron a la cama y Nour permaneció unos minutos más con Sam en el salón, cada uno sentado en una esquina del sofá, como si temieran acercarse.

Nour nunca se había quedado a solas con él y, en cierta manera, se sentía cohibida con su presencia. El silencio y la tensión se podían cortar con un cuchillo, pero entonces Sam inició una conversación para romper el incómodo mutismo.

—Espero que estéis cómodos en mi casa. Me gustaría que te sintieras como si también fuera tuya —le dijo.

—Ha sido un detalle muy generoso por tu parte. Trataremos de molestar lo menos posible —respondió ella un poco ruborizada.

—¡Oh, no, no! Podéis molestar todo lo que queráis. Me gusta escuchar a los niños reír, es un alivio para mí. Odio sentirme solo.

Se hizo un breve silencio hasta que Nour volvió a hablar.

—En tu país, ¿vivías solo? —preguntó con recato.

—No. Vivía con mis padres —repuso encogiéndose de hombros—. Aunque creo que iba siendo hora de separarme de ellos. Si no llego a venir aquí, me habría buscado un apartamento tarde o temprano.

—¿Por qué no querías vivir con tus padres?

—Bueno, veras..., supongo que cuando llegas a una edad, necesitas independencia.

—A mí me habría gustado seguir viviendo con mis padres. Jamás me habría separado de ellos —dijo cabizbaja.

—Es normal que pienses así. Supongo que los echas mucho de menos. Aún eres muy joven.

Nour asintió con la mirada rota.

—Pero igualmente creo que si ellos siguieran aquí, tarde o temprano tú también hubieras querido independizarte.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —preguntó desconcertada.

—Pues... para vivir tu vida. Para no tener que darles explicaciones.

—¿Explicaciones de qué?

—Ya sabes..., si sales o si entras. Si tienes novio o si invitas a tus amigas...

—Me temo que aquí la vida es muy distinta —señaló Nour.

—¿Nunca te ha gustado algún chico?

Nour guardó silencio mientras trataba de buscar una respuesta a aquella pregunta.

—Bueno..., el año pasado había un chico en mi clase muy guapo.

—¡Ah!, ¿lo ves? ¿Y qué habrías hecho si ese chico te hubiera pedido una cita?

—¿Una cita? —Nour revolvió la tela de su larga falda entre los dedos—. Bueno, si ese chico hubiera sentido interés por mí, entonces habría ido con su familia a casa de mis padres para presentarse y habría solicitado permiso para que ambos habláramos. Si las dos familias hubieran estado de acuerdo, entonces nos habríamos visto un par de veces más, siempre en presencia de nuestras familias, antes de proponer un matrimonio entre nosotros.

Sam frunció los labios, pensativo.

—Mmm, ya veo. Pero dime una cosa: si a ti ese chico no te hubiese gustado, ¿te habrían obligado a casarte con él?

—¡Oh, no! Claro que no. Habría sido siempre bajo mi consentimiento. Los sirios damos mucha relevancia al apoyo mutuo y al actuar por el interés de la familia y de nuestra reputación; la mayoría de las actividades sociales se acuerdan en el seno familiar —le explicó.

Sam escuchaba con atención la explicación de Nour. Había oído hablar de casos de matrimonios concertados donde las mujeres no tenían ningún derecho a elegir marido y era el padre el que decidía por ella. Aunque seguía siendo un matrimonio concertado, al menos ella habría podido optar por un pretendiente u otro.

—Pero ¿cómo es posible que te enamores de alguien con solo un par de citas? —

continuó con su interrogatorio.

—¿Acaso nunca te has enamorado de alguien con solo mirarle a los ojos? —La pregunta de Nour enmudeció a Sam—. Mi madre tuvo la visita de varios pretendientes hasta que apareció mi padre. —Su tono se volvió nostálgico—. Nada más verlo entrar por la puerta supo que él era el hombre de su vida. Tan solo un mes después ya se habían casado. Fue un amor puro, un flechazo que duró hasta el último de sus días.

Sam pensó en la agradable sensación que el padre de Nour tuvo que sentir cuando encontró a la mujer de su vida. Imaginó lo fascinante que debió de ser para ambos la primera vez que consumaron su amor, lo que esperaron para quedarse a solas y bajo la bendición de sus familias. Seguramente aquella espera lo habría convertido en un acto imborrable, inolvidable.

Aquella historia de amor era muy diferente a lo que él estaba acostumbrado; habían pasado seis meses hasta que los padres de Ashley y los suyos se habían conocido y, aun así, a Sam le había parecido demasiado pronto. Ciertamente era que Sam y Ashley tuvieron relaciones íntimas al segundo día de salir juntos y, ahora que lo pensaba seriamente, ni siquiera recordaba cómo había sido. Seguramente porque no fue muy diferente a como lo había sido con el resto de chicas con las que había estado. En la cultura occidental, cuando una chica y un chico se gustaban, sencillamente se acostaban juntos, pero... ¿realmente sienten amor el uno por el otro, o tan solo se trata de un acto automático, guiado por las costumbres de una sociedad moderna?

Sam se dio cuenta de que jamás había prestado tanta atención al relato de una chica como lo estaba haciendo con Nour. Su historia y la forma de expresar sus pensamientos le parecían cautivadoras, encantadoras. Ella, joven e inexperta, le estaba dando una lección de madurez insólita.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Nour al ver una sonrisa dibujada en los labios de Sam.

—¡Ejem! Bueno, la verdad es que nunca me había planteado las cosas desde esa perspectiva. Me gusta el concepto de amor a primera vista, supongo que tu padre debió de sentirse dichoso cuando se ganó el corazón de tu madre —Sam inclinó el cuerpo hacia delante al pronunciar estas últimas palabras—. Ahora que lo pienso, la historia de mis padres fue muy parecida. De igual forma, ellos también se gustaron nada más verse en una fiesta privada.

—¿Cómo cortejáis a las chicas en tu país? —preguntó Nour curiosa.

—Verás... —dijo Sam agitando el pelo—. En nuestro caso, cuando una pareja se gusta, salen, se divierten y luego... hacen el amor.

Nour aguardó rezagada sobre el sofá a que Sam prosiguiera con su explicación. Aquel era un tema que la incomodaba en cierto modo, especialmente porque lo estaba discutiendo con un hombre muy atractivo y eso le provocaba auténtico rubor. Pero al ver que Sam había concluido, ella preguntó:

—¿Y ya está?

Sam se encogió de hombros sin saber qué más añadir. ¿Qué otra cosa se suponía que debía suceder, aparte de salir y divertirse?

—Bueno, me temo que sí. No sé qué más decirte. Yo... creo que nunca me he enamorado de esa manera que tú cuentas. —Dudó antes de hacerle la pregunta, pero al final se lanzó—. ¿Tú te has enamorado alguna vez?

Nour abrió los ojos de par en par y agitó las manos de manera nerviosa.

—¡Oh, no, no, no! Yo no puedo permitirme semejante descuido —respondió con las mejillas enrojecidas.

—¿Por qué no?

—Debo cuidar de mis hermanos —contestó automáticamente y desviando la vista hacia un rincón del salón.

—Tal vez, si un buen hombre te propusiera matrimonio, podría daros una vida mejor a los cuatro —dijo Sam queriendo tantearla.

—Es posible, pero yo prefiero salir adelante por mí misma. No quiero casarme con alguien por necesidad. —Guardó silencio unos instantes antes de proseguir—. Quiero sentir lo mismo que sintió mi madre cuando conoció a mi padre.

Sam sonrió complacido por aquella respuesta directa y contundente. Estaba seguro de que el día menos pensado, Nour encontraría a alguien que la hiciera feliz, como ella se merecía. Una muchacha tan honrada y trabajadora era digna de un hombre honesto y compasivo, alguien que cuidara de ella y de sus hermanos, un hombre noble y fiel a sus sentimientos.

Cuando se quiso dar cuenta, se había aproximado inconscientemente a ella. Sus cuerpos estaban demasiado cerca el uno del otro y entonces sus miradas se cruzaron. Se produjo un incómodo silencio que ninguno se atrevió a romper. Nour estudió el rostro de líneas marcadas y elegantes de Sam, que a ella le recordaba al de un tigre. Sus facciones eran atractivas y angulosas; tenía la barbilla bien definida y la nariz seguía una línea recta y sólida. Los gruesos arcos de sus cejas coronaban unos ojos de un marrón casi tan oscuro que las pupilas se desvanecían en la intensidad de su iris. Permanecieron en aquella postura durante diez eternos segundos hasta que, finalmente, Sam desvió la vista hacia el cuarto donde dormían los niños.

—¡Ejem! En fin, será mejor que descanses. Estarás agotada con todo el traslado.

Ella se lo pensó un momento y, de manera inesperada, acercó su rostro al de Sam para darle un tímido beso en la mejilla. Al joven aquel gesto le pilló por sorpresa, y no supo cómo reaccionar.

—Gracias por todo —le susurró bajando las pestañas, temerosa de que el anhelo que sentía fuera demasiado evidente. Sintiéndose cohibida, se dio la vuelta rápidamente y se marchó a la habitación con sus hermanos.

Sam se quedó inmóvil sobre el sofá hasta que al cabo de un rato fue capaz de reaccionar. De manera automática lo abrió para convertirlo en cama, tomó un edredón del armario y se tumbó clavando la mirada perdida en el techo. La luz tenue que

penetraba a través de la ventana dibujaba unas sombras que jugaban al escondite y arrancaban pequeños destellos sobre el espejo de la pared que parecían diminutos diamantes titilantes. Sam tuvo una sensación extraña, sumido en una violenta marea de sentimientos encontrados.

La conversación con Nour le hizo recapacitar. A su cabeza acudieron imágenes de la primera vez que la vio en el mercado. No debía engañarse a sí mismo, sabía que había regresado al día siguiente empujado por el deseo de volver a verla, tímida e inocente, de oír su voz, de reconocer su mirada escondida tras aquel velo, de volver a disfrutar de su compañía... Apartó su orgullo masculino y se sumergió en el cálido beso que Nour le había dado minutos antes.

Fue un beso que emanaba una ternura exquisita, como si tuviese miedo de hacerle daño. Un simple beso en la mejilla. Sin pretensiones escondidas, sin propósitos ocultos. Las manos le sudaban y notaba una sensación rara en el estómago cada vez que recordaba aquel beso decente y sincero. Aquel beso imperecedero.

Capítulo 11

El pequeño apartamento había tomado un aire distinto desde que los nuevos inquilinos lo habitaran. Era como si ahora ofreciera una curiosa mezcla de formas. Por una parte, Nour intentaba imitar lo máximo posible la vida de la sociedad occidental; por otra, se percibía una reafirmación de la cultura árabe. En el salón, por ejemplo, el mobiliario de último diseño minimalista se mezclaba con telas y cojines dorados típicos de la decoración damasquina. Y en la librería, las enciclopedias de medicina formaban una curiosa amalgama junto a ejemplares religiosos e históricos escritos en la lengua oficial.

Como cada día, los tres hermanos tomaron un taxi en dirección al mercado. Sam había contratado los servicios de Alí, un hombre mayor que desde hacía semanas se encargaba de llevarle hasta el hospital, pero que ahora también trasladaba a los hermanos hasta su trabajo. Nour dejaba comida a Tarifa antes de marcharse, la mujer ya era capaz de levantarse por sí sola y caminar hasta la cocina con la ayuda de las muletas que Sam le había proporcionado. Esa misma mañana Sam había recibido una carta desde Australia que aprovechó para leer de camino al hospital. En un principio pensó que se trataba de un envío de sus padres, pero cuál fue su sorpresa al descubrir que el remitente no era otro que el prestigioso y admirado doctor Smith.

Estimado Sam:

Mi gran amigo Hussein me ha puesto al día de los avances que está haciendo en su nuevo trabajo. Habla grandes maravillas de usted como profesional y ser humano. Por supuesto también me ha comentado las dificultades que ha tenido que afrontar para adaptarse a la espeluznante situación que están viviendo en Siria. Entiendo perfectamente que el cambio sufrido en su vida no ha sido fácil, pero estoy seguro de que sabrá afrontar los obstáculos con entereza y aplomo. Trabajar bajo condiciones inhumanas es una labor que muy pocas personas pueden llevar a cabo, pues la desesperación y el pesimismo pueden llegar a ser más fuertes que la constancia y la entereza. Créame, sé lo que digo.

Desde aquí me gustaría darle mi enhorabuena por el trabajo que está llevando a cabo, debo añadir que siento un gran orgullo al saber que uno de mis alumnos más destacados se haya prestado a tan ardua, y a la vez honorable, tarea de auxiliar a los más necesitados. Le envío toda la energía y fuerza necesarias para continuar con su labor humanitaria. Sabe que puede contar con mi apoyo en cualquier momento.

Un afectuoso abrazo de su mentor y nuevo incondicional amigo,

Doctor Smith

Era la primera carta que Sam recibía de su profesor desde que llegó a la capital. Le tranquilizó saber que el doctor Smith seguía sus pasos, que no lo había olvidado tras enviarlo al epicentro de aquel conflicto. Sam admiraba a su maestro, no solo por las enseñanzas que le había proporcionado, sino también porque era un hombre que no se andaba con rodeos, siempre se mostraba directo y no necesitaba el elogio de los compañeros para saber que hacía un excelente trabajo con sus alumnos. Se preguntó qué tipo de relación le unía a Hussein, así que cuando llegó al hospital aquella mañana no dudó en preguntarle.

—Fue hace ya algunos años, durante la guerra de Kosovo. Ambos coincidimos en uno de los campamentos que se montaron para atender a los refugiados y desplazados. Atendimos a cientos de víctimas con traumas no solo físicos, sino también psicológicos —le contó el doctor Karam—. No imaginas hasta qué punto podía afectar la huida a aquellas personas, que tuvieron que vivir experiencias muy amargas. Solo espero que nosotros no lleguemos a ese punto. Sería un desastre humanitario.

—¿Se presentaron como voluntarios?

—Así es. Yo acababa de separarme de mi mujer y necesitaba salir de aquí una temporada, mantener mi mente ocupada con una actividad más intensa —le explicó—. Trabajamos mano a mano durante algunos meses. Después él regresó a Australia para continuar con su labor en la universidad y yo volví a Damasco. Desde entonces mantenemos contacto, por eso me respondió enseguida cuando le solicité ayuda. Y por eso estás tú aquí ahora.

Sam sonrió al verse involucrado en la historia de ambos médicos. Al menos Hussein había conseguido a un cooperante gracias a la amistad que le unía al doctor Smith. La pena era que no hubiese más médicos en Sídney dispuestos a viajar a Damasco.

Serían más de las tres de la tarde cuando Sam se hallaba en un descanso, chequeando su correo electrónico y explicándole a su madre por enésima vez por qué no debía preocuparse de su situación en Siria. Alguien llamó a la puerta del despacho del doctor Karam y una enfermera asomó la cabeza.

—Perdone la molestia, doctor Lawson. Hay aquí un señor un poco extraño que

pregunta por usted —le informó.

—¿Extraño? —preguntó Sam levantando la mirada del ordenador—. En este momento estoy ocupado con unos correos, ¿puedes decirle que espere fuera?

—Lo siento, señor. Pero ha insistido en verle con urgencia. Dice que es amigo suyo.

Sam soltó un suspiro viendo que le era imposible tener un momento de tranquilidad. «Un amigo suyo», era la última excusa que le habían dado para llamar su atención y saltarse la cola de pacientes.

—Por favor, señorita, dígame a ese «amigo mío» que tendrá que esperar como los demás.

De pronto, como si un huracán descargara su furia infinita contra una imperturbable pared de piedra, la enfermera fue apartada a un lado de la puerta mientras que un tipo un tanto maleducado se plantaba en el interior del despacho.

—¿Qué es eso de que tengo que esperar para ver a mi mejor amigo?

Sam se quedó boquiabierto ante aquella visión inesperada. La imagen de Walter con una sonrisa de oreja a oreja, en mitad de su despacho, provocó que diera un respingo en la silla haciéndolo caer hacia atrás y golpeándose la cabeza contra la pared.

—Joder, macho, si llego a saber que te emocionaba tanto mi presencia, habría venido antes —bromeó acercándose a Sam para ayudarlo a incorporarse.

—¡No me lo puedo creer! Maldito bastardo, ¿qué demonios haces tú aquí? —Sam agarró la mano de su amigo para levantarse de la silla y con gran efusividad le dio un abrazo tan fuerte que elevó su desgarbado cuerpo dos palmos del suelo.

—¡Para, tío! Me vas a hacer papilla —le dijo entre risas y casi sin poder respirar.

La enfermera continuaba atónita en la puerta observando aquella imagen afectuosa entre los dos amigos. Cuando Sam se percató de que aún seguía allí, bajó a Walter al suelo y se aclaró la garganta avergonzado por mostrarse tan eufórico.

—Ejem, gracias, señorita. Está bien, no hay problema. Walter es un amigo de la infancia. Puede retirarse.

Cuando la enfermera se hubo marchado, los dos amigos volvieron a fundirse en un abrazo. Sam no podía creer que Walter hubiera recorrido tantos kilómetros para darle aquella sorpresa. Definitivamente, amigos como él había muy pocos.

—Joder, tío, no sabes lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí. El aeropuerto está tanto o más vigilado que en Estados Unidos después del 11-S. Las colas para mostrar el pasaporte son eternas y los puñeteros militares te apuntan con las jodidas metralletas como si fueras un delincuente.

—Lo sé. Las cosas están muy complicadas.

—Luego he pasado una odisea hasta llegar al hospital. El taxi olía a perro muerto y el puñetero taxista me quería regatear el precio. ¿Qué se ha creído, que me he caído de un guindo? Al final le he soltado veinte dólares, para que aprenda que no se puede jugar con Walter —soltó orgulloso de su hazaña.

Sam apretó los labios para esconder su sonrisa al comprobar que Walter ignoraba el valor real de veinte dólares australianos en Damasco, pues esa cantidad era más del doble de lo que un taxista cobraba normalmente por una carrera como aquella. Por supuesto no se lo confesó a su amigo, estaba seguro de que aquel conductor disfrutaría del dinero extra para alimentar a su familia.

—La verdad, no sé cómo puedes vivir en un lugar como este, ¡con lo bien que se está en casa! —replicó.

Sam puso los ojos en blanco. Walter no iba a darle tregua antes de reprocharle el haberlo abandonado en Sídney. Después de tantos años juntos, de tantas juergas el uno al lado del otro, de tantas risas y noches de interminables conversaciones de hombre a hombre, de ir a las pistas de coches y correr mano a mano..., después de todo aquello era normal que Walter echara de menos a su mejor amigo. Y, a decir verdad, no le faltaban razones para quejarse. Sam también añoraba la complicidad con su amigo, y, ahora que lo tenía enfrente, no podía más que aguantar el discurso y encogerse de hombros ante la imposibilidad de encontrar respuesta a su batallón de preguntas. Walter nunca entendería los motivos que unían a Sam a aquel lugar. Incluso para él era difícil de explicar, tal vez fuera por las costumbres arraigadas del país, o por la magia de sus estrechas calles llenas de historia, o por la hospitalidad de sus gentes, o quizá fuera simplemente la necesidad de sentirse útil..., el caso era que Sam no se molestó en replicar a Walter, pues solo él conocía los motivos de su decisión para continuar allí.

—Aunque ahora que lo pienso, y después de ver a tu enfermera, creo que empiezo a entender tus razones.

Sam chasqueó la lengua.

—Vamos, Walter, déjalo estar —replicó, dándole un manotazo en la espalda—. Tú siempre pensando en lo mismo. ¿Acaso no crees que pueda seguir aquí por simple placer, porque me gusta la labor que estoy llevando a cabo, o porque me agrada este lugar?

Walter tardó un rato en contestar y, tras pensárselo unos segundos, esbozó una amplia sonrisa.

—¡Venga ya, pedazo de mamón! A mí no me engañas. Si tú no has regresado a Sídney aún es por una falda.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Sam frunciendo el ceño.

—Una falda..., ya sabes, una mujer. Seguro que ya has encontrado sustituta para Ashley.

—Deja de decir tonterías. —Sam regresó a su escritorio y simuló trabajar sobre los papeles.

—¡Oh, Dios! Tengo razón. —Walter abrió los ojos de par en par—. No me lo puedo creer, ¿en serio estás saliendo con alguien?

Sam soltó un suspiro ante la insistencia de su amigo y dejó lo que estaba haciendo para dirigirse a él.

—No. No estoy saliendo con nadie.

—Entonces, ¿te estás zumbando a una siria?

—Tampoco.

—¡Oh, vamos! Suéltalo ya. Seguro que las de aquí son bien fogosas. Tanto ir tapadas hasta la médula no puede ser bueno. Apuesto a que están todo el día cachondas.

—¡Basta ya, Walter! —Sam comenzaba a enfadarse con su amigo. La falta de respeto por las damasquinas no le hizo ninguna gracia. Tal vez lo hubiera encontrado chistoso unos meses atrás, pero ahora no le apetecía escuchar groserías de aquel tipo. Pensaba en la inocencia de su nueva compañera de piso y lo último que Nour se merecía era semejante menosprecio por parte de su amigo.

—Está bien. Lo siento. No quería ser tan grosero, pero... es que no entiendo qué es lo que te retiene aquí. —Walter abrió las manos tratando de encontrar un solo motivo a su alrededor que se lo hiciera entender—. Las noticias en la televisión no son nada esperanzadoras. Tus padres están temerosos, y con toda la razón. Lo único que se dice es que la situación en Siria irá a peor.

Sam clavó los ojos sobre el escritorio y soltó un resoplido antes de responder.

—Homs y Alepo son las poblaciones más dañadas. Desde que llegué ha habido un par de atentados graves en el centro de Damasco, pero por lo general el conflicto aquí no está tan extendido como en las otras ciudades. Tan solo algún que otro altercado o tiroteo aislado.

—Muy alentador —ironizó Walter.

—Lo sé, amigo. Soy consciente de que es peligroso permanecer en este país, pero esta gente me necesita —repuso mirando a su alrededor—. Por primera vez en mi vida siento que sirvo para algo más que para colocar prótesis mamarias o estirar el pellejo de una cincuentona. Mis manos son más valiosas en este hospital que en la clínica de mis padres.

—Si no te gusta la cirugía estética podrías trabajar en un hospital australiano, tratando enfermos de cáncer o cualquier otra enfermedad grave.

—Oye, Walter, no espero que lo entiendas. Es algo más que eso, pero..., bueno..., dejemos de hablar de mí y dime, ¿cómo has decidido venir a darme la paliza? —Sam no quería seguir discutiendo el tema, así que dio un giro inesperado a la conversación.

—Bueno..., sencillamente tenía ganas de verte. Quería saber qué es lo que se cocía por aquí, aunque si te soy sincero, me ha costado mucho decidirme. No te voy a negar que no tuviera miedo de venir y, para qué engañarte, el principal motivo de este viaje es conseguir llevarte de vuelta a casa. —Hizo una breve pausa para estudiar el gesto desconcertado de Sam—. Tus padres así me lo han pedido, se sintieron muy aliviados al saber que venía y contactaron conmigo para que te convenciera. Están muy preocupados, temen que no les hagas caso y por eso creyeron que sería mejor si tu mejor amigo hablaba contigo.

—Creo que dejaremos ese asunto para otro momento —respondió Sam levantándose de su silla y dirigiéndose hacia la puerta—. Ahora tengo trabajo, pero si me esperas, podemos ir juntos al mercado. Puedes dar una vuelta o tomar un café por los alrededores mientras, solo serán un par de horas más.

Walter optó por rendirse y prefirió no agobiar a su amigo. Se quedaría en Damasco una semana, así que aún tenía tiempo para hacerle cambiar de opinión.

Por la tarde los dos amigos se acercaron al mercado. Sam le contó por el camino que, después de trabajar en el hospital, solía echar una mano en la tienda de Nour. Tuvo que ponerlo al corriente de todo: de los dos hermanos pequeños, de la enfermedad de Tarifa y de por qué había decidido llevarlos a su apartamento. Walter escuchaba la triste historia de aquellos huérfanos sin saber qué decir; pensó que la generosidad de su amigo era infinita aunque también era consciente de que no se podía ayudar a todo el mundo por mucho que uno quisiera.

—Ellos son especiales —le había comentado—. El mayor no pronuncia palabra desde que sus padres fallecieron, y el más pequeño es tan espabilado..., nadie diría que solo tiene cuatro años.

—¿Y qué hay de la muchacha?

—Ella es... increíble —pronunció con la mirada perdida al frente—. Es una chica realmente fuerte. Ha sacado ella sola a su familia adelante, la pobre ha tenido que dejar los estudios para poder trabajar. Además, es inteligente y muy...

—¿Guapa? —le interrumpió con una sonrisa burlona.

Sam se le quedó mirando antes de responder, hasta que al final confesó:

—Sí, es muy hermosa.

—¡Lo sabía! —exclamó Walter chasqueando los dedos—. Sabía que había algún motivo más para tu cabezonería.

—¡Oh, vamos, Walter, no empieces otra vez!

—Oye —dijo inclinando su cuerpo para obligarle a mirarlo a los ojos—. Soy tu mejor amigo, ¿por qué no me dices la verdad de una vez por todas? Tú estás enamorado de esa chica.

Sam desvió la mirada hacia el lado contrario, pensativo, hasta que al fin contestó:

—Creo que exageras. Sí que es cierto que es una chica diferente a todas las mujeres con las que he estado antes y que no tiene nada que ver con ninguna de ellas, pero me temo que no es para mí.

—¿Cómo que no? ¿El gran Sam, el sexy Sam, el increíble Sam no va a tener oportunidad con una mujer? —Walter hacía aspavientos con las manos—. No sé qué clase de chica será, pero estoy seguro de que caería a tus pies como cualquier otra.

Sam negaba con la cabeza a la par que se carcajeaba de la ingenuidad de su amigo.

—En cuanto la veas, entenderás lo que te digo.

Walter se calló durante el resto del trayecto a la espera de conocer a la tal Nour. ¿Qué tendría aquella muchacha para hacer que su mejor amigo hablara de ella como

si de un ser de otro planeta se tratara? Estaba impaciente por comprobarlo.

Cuando llegaron a la zona donde se hallaba el puesto de especias, Sam le hizo un gesto con la cabeza a su amigo en dirección a Nour. Walter se frotó las manos hasta que reconoció la figura de una mujer tapada desde la cabeza hasta los pies.

—¿Estás de coña? —preguntó incrédulo.

Sam negó con la cabeza mostrando una sonrisa de satisfacción.

—¡Venga ya! No puede ser. Pero si ni siquiera podrá respirar ahí dentro.

—Se cubre el rostro mientras trabaja para no tener que aguantar a los mamarrachos como tú que pretenden molestarla.

Walter hizo una mueca de desagrado. Cuando se acercaron, Sam hizo las presentaciones formales.

—Hola, Nour. Este es mi amigo Walter, ha venido desde Australia una semana para... verme —prefirió ahorrarse los motivos por los que Walter estaba allí.

Ella observó al recién llegado a través de la fina apertura que dejaba entrever sus ojos y a continuación le tendió la mano. Walter se mostró un tanto indeciso, pero al final estrechó la mano de Nour mostrando una sonrisa forzada.

—Encantada de conocerle. Sam me ha hablado mucho de usted.

Walter arqueó las cejas sorprendido por su melodiosa y educada voz. Tenía un acento indiscutiblemente árabe, pero su inglés era casi perfecto. Sus ojos eran tan verdes y salvajes como los de una gata, aunque su mirada exhibía una inocencia y bondad sublimes. Tal vez no fuera tan horrorosa como había pensado en un principio; después de todo, si su amigo estaba con ella sería por algo.

—Y aquellos dos gamberros que están allí son Omar y Nabil, los hermanos de Nour —indicó Sam señalando y saludando a los niños que jugaban en mitad de la plaza.

—¡Umm, qué bien! ¿También haces de niñera? —le susurró Walter al oído.

Sam le dedicó una mirada escéptica a su amigo y luego le soltó un codazo en el costado con disimulo para que cerrara la boca.

Nour los invitó a pasar a la trastienda y les ofreció café. Por supuesto a Walter le agradó el sabroso sabor del cardamomo y así se lo hizo saber a Nour. Tras servir las bebidas, ella se apartó el velo de la cara para poder hablar con claridad y fue entonces cuando Walter estuvo a punto de tirarse el café encima al comprobar su espectacular belleza.

Sam se aclaró la garganta para llamar la atención de su amigo, pues se había quedado petrificado y con la boca abierta mientras observaba embelesado a Nour. Ella se percató del gesto y tuvo que reprimir una risita al ver que Sam se incomodaba ante la perplejidad descarada de su amigo. Recogió las tazas y cuando les dio la espalda para depositarlas sobre el fregadero, Walter aprovechó para mirar a su amigo y articular un «¡guau!» con los labios. No es que la opinión de Walter fuera imprescindible para Sam, pero debía admitir que aquel gesto le agradó. Se sintió halagado en cierta manera.

Cuando terminaron de ayudar a guardar los sacos de especias en la trastienda, todos regresaron al apartamento de Sam tras un duro día de trabajo. Cuando presentaron a Walter a Tarifa, esta sintió en un primer momento cierto recelo ante su presencia. Casi daba la impresión de que Walter había invadido su intimidad. Tarifa se había acostumbrado a la presencia de Sam, de hecho agradecía la compañía de un hombre que protegiera a los muchachos. Pero Walter era un extraño con aspecto de forastero engreído y arrogante que no tenía nada que ver con su Sam. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que aquello no era más que una simple fachada para disimular un estado de inseguridad y vulnerabilidad constantes. Y luego descubrió que Walter era un tipo divertido y espontáneo, sin más pretensión que la de caer bien.

Tras una deliciosa cena preparada por Nour, todos se marcharon a sus respectivas habitaciones para descansar. Sam y Walter prepararon el sofá-cama y los dos amigos tuvieron que arrimarse para abrigarse bajo el edredón.

—Esto es peor que cuando fuimos de acampada a Lipson Cove —dijo Walter tirando de la manta para resguardar su costado derecho.

—No exageres. Allí tuve que aguantar tu apestoso olor a pies toda la noche —bromeó Sam acercándose el cubrecama para que Walter no lo acaparara todo—. Espero que hayas tomado medidas esta vez.

—Estábamos en verano y hacía mucho calor —se excusó su amigo volviendo a tirar con fuerza del edredón hacia su lado, con tan mala suerte que Sam lo soltó al mismo tiempo haciendo que Walter cayera al suelo con toda la tela envolviéndole el cuerpo como si fuera un gusano.

Los dos se rieron ante una situación tan ridícula. Entonces oyeron a Tarifa murmurar desde su dormitorio lo que parecía una protesta por el escándalo que estaban armando. Casi no podían aguantarse las carcajadas, pero Walter regresó a la cama en silencio para no despertar a los más pequeños.

—Eres un capullo —le espetó a Sam.

Ambos consiguieron calmar su excitación y fue entonces cuando Walter preguntó muy serio a su amigo:

—Ahora sin coñas, dime, ¿cuáles son tus intenciones? —Sam se encogió de hombros en un principio—. Deberías saber que Ashley está con otro —le informó Walter—. Un farmacéutico, hijo de un empresario de Canberra.

—Si te soy sincero, me importa tres cominos lo que Ashley haga con su vida. Tiene derecho a rehacerla, no soy quién para impedirselo —respondió Sam quitándole hierro al asunto.

Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ella desde que pisó Damasco; tampoco la echaba de menos. Ashley le había dejado muy claro que no le interesaban sus planes, consideraba que ese viaje era solo un capricho de Sam. Ella estaba más centrada en su carrera, en sus proyectos de trabajo, y ese egoísmo demostrado por Ashley le había abierto los ojos. Sencillamente no estaba hecha para él.

Pero Sam no tenía ningún interés en hablar de su exnovia, así que le contó a

Walter todo lo que había sucedido desde su llegada a Damasco; los dos atentados en los que tuvo que atender a un montón de heridos, la primera vez que barajó la idea de regresar a casa, el apoyo del doctor Karam, el día que conoció a la familia de Nour, los maravillosos lugares que había visitado en su tiempo libre...

Walter escuchaba atento el relato de su amigo y, por primera vez, se dio cuenta de que Sam se había encadenado inconscientemente a aquel país. ¿O tal vez el motivo que lo retenía era otro?

Capítulo 12

A la mañana siguiente, cansado de disputarse el edredón con Walter y en vela por sus ronquidos, Sam decidió que ya había tenido suficiente y se levantó para preparar el desayuno a todos. Puesto que era viernes, ni él ni Nour debían ir a trabajar, así que planearon pasar el día fuera para que Walter conociera las maravillas de Damasco.

Como de costumbre, Tarifa se quedó en casa y los tres hermanos acompañaron a la pareja de amigos a visitar la ciudad. En aquella ocasión Nour les propuso dirigirse a una zona menos turística para que conocieran la parte más profunda de la capital.

Durante el trayecto en taxi, Walter no apartó la mirada de los hombres armados que se apostaban en los lugares más céntricos de la ciudad, velando por la seguridad de los habitantes. Sus rostros serios no le resultaban nada amigables. Sam le explicó que si no fuera por aquellos voluntarios, la capital ya habría caído en manos de los opositores.

Entre los lugares que visitaron aquella mañana estaban la antigua residencia de Solimán el Magnífico, líder del ejército otomano y, paralelamente, reconocido poeta musulmán; la tumba de Saladino, uno de los grandes gobernadores del mundo islámico, sultán de Egipto y Siria, que había incluido en sus dominios Yemen, Palestina, Libia y Mesopotamia; la zona más nueva de la ciudad con bonitos jardines bañados por el río Barada; y la tumba de Ibn Arabi. Cuando entraron en la sala donde descansaban los restos del filósofo, Nour les narró su historia al igual que había hecho en los sitios anteriores.

—No hay mucha gente que visite este emplazamiento, pero Ibn Arabi, también conocido como Ben Arabi, fue uno de los sabios más importantes de la historia. Nació en Murcia, España, en el año 1165, y falleció aquí, en Damasco, a los setenta y cinco años de edad. Fue un viajero incansable, empujado por sus ansias de saber —contó con entusiasmo—. Entre los países que recorrió destacaban el norte de África, Egipto, Jerusalén, Turquía, Arabia Saudí y un sinnúmero de poblaciones donde creció espiritualmente.

»Durante su adolescencia, Ben Arabi cayó gravemente enfermo, llegando a temer por su vida. Entonces se sumió en un universo interno, donde los demonios

amenazadores propios de la fiebre lo acosaban todo el rato. Inesperadamente, y desde lo más profundo de ese terror, surgió un ser de belleza infinita que ahuyentó con una fuerza invencible a las figuras malignas que lo acosaban.

Los dos amigos escuchaban con sumo interés el relato de su joven guía. Especialmente Sam, que se sintió identificado con la narración de Nour pues reconoció el infierno que él mismo había vivido semanas atrás.

—Ben Arabi preguntó a aquel ser celestial por su identidad y este respondió: «Soy la sura Yasin». En nuestra religión, la sura es el nombre que recibe cada uno de los ciento catorce capítulos en los que se divide el Corán —aclaró Nour—. A la vez, el padre de Ben Arabi se encontraba recitando junto a su lecho esa sura y fue así como el filósofo penetró en el mundo de las imágenes reales y permanentes, ese mundo en el que nos sumergimos creyendo que esas figuras son subjetivamente auténticas, cuando lo que queremos decir es que son ilusoriamente reales.

Walter frunció el ceño sintiendo que algo se le había escapado de aquella crónica y, sin embargo, Sam comprendió la anécdota desde el principio.

—Años después, Ben Arabi peregrinó a La Meca, donde vivió una experiencia tan profunda que sería la base de su dialéctica del amor. Allí se enamoró de la hija de un reputado jeque. Esa mujer combinaba el doble don de la extraordinaria belleza y una sabiduría turbadora, y fue la que le inspiró en una de sus obras maestras, *El intérprete de los deseos*.

Mientras los niños jugueteaban a su alrededor ajenos a los mil años de historia que tenían delante, Sam observaba emocionado aquel vestigio de la humanidad. Jamás había sentido ningún interés por la historia antigua, solo le había importado el día a día, su presente. Pero aquel relato hizo que se planteara muchas cosas; la más importante de ellas fue el hecho de que una muchacha de diecisiete años tuviera mucha más cultura que él, un médico licenciado. Se prometió a sí mismo que a partir de aquel momento haría un esfuerzo por ampliar sus conocimientos históricos. Y ¿qué mejor lugar para hacerlo que la ciudad más antigua del mundo? Sería un desperdicio y una torpeza por su parte ignorar aquella fuente de información.

Cuando se marcharon de allí, el estómago de Walter empezó a dar los primeros síntomas de apetito. Se desplazaron hasta una zona de restaurantes típicos cerca de donde se encontraban. Comieron en abundancia y se saciaron hasta límites insospechados, especialmente los niños, que ingirieron las croquetas de garbanzos o *falafels* de dos en dos. Cuando terminaron, Walter le preguntó a Sam por dónde solían salir de noche. Él y Nour se miraron atrapados por la pregunta.

—Bueno..., en realidad desde que estoy aquí no he..., no hemos salido a ningún sitio. Las cosas no están como para ir de fiesta por la noche —respondió Sam.

—¡Oh, vamos! No me digas que aún no te has pegado una buena juerga. Seguro que no es para tanto.

Nour rio por lo bajo ante la efusividad del recién llegado.

—La verdad es que no he tenido tiempo, y tampoco me lo he planteado. Nunca

me han invitado a salir, así que no sabría por dónde ir, si te soy sincero. —Sam miró a Nour esperando que ella añadiera algo, pues era la única que podría conocer los sitios más frecuentados para salir de noche.

—Bueno..., yo no he salido de noche jamás, pero mis amigas comentaban en el instituto que había un bar muy divertido donde la gente regresaba de allí muy contenta. —Sam y Walter imaginaron el motivo de tanta felicidad, y era que aunque la religión musulmana prohibía el consumo de alcohol, los bares y demás restaurantes tenían permitido servirlo siempre y cuando el local estuviera situado a más de doscientos metros de una mezquita.

—¿Y cómo se llama ese sitio? —preguntó Walter interesado.

—Creo que El Piano o Le Piano, no estoy muy segura. Si no recuerdo mal, está cerca del mercado.

—Pues no se hable más, esta noche salimos —sentenció Walter.

Aunque no estaba muy convencido, Sam miró a Nour confiando en que esta aceptara la invitación, pues no había nada que le hiciera más ilusión que invitarla a cenar para después tomar algo acompañados de buena música. Pero Nour clavó los ojos en la mesa y no pronunció palabra.

—¿Qué te parece el plan de Walter? —le preguntó Sam.

—Creo que prefiero quedarme en casa.

—¿No te gusta salir de noche?

—No es eso. Es que... —Hizo una pausa sopesando cómo responder a la pregunta—. No tengo ropa adecuada.

Sam enarcó las cejas desconcertado por la respuesta.

—¿En serio es ese el motivo?

Ella asintió de forma tímida sin entender por qué su compañero esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues ahora mismo nos vamos a comprar ropa —resolvió dichoso.

Nour lo miró fascinada, aunque no tardó en bajar la vista de nuevo.

—No es posible. Hoy viernes está todo cerrado y además..., no me lo puedo permitir —añadió.

Sam tenía muy claro que el dinero no sería problema, estaba dispuesto a comprarle lo que hiciera falta. De hecho, se culpó por haber sido tan descuidado y no haberlo solucionado antes. Los tres se quedaron mudos sin saber cómo solucionar tal inconveniente hasta que el pequeño Nabil, que parecía estar enfrascado en hacer un barquito con la servilleta, habló con su peculiar inglés recién aprendido.

—Barrio cristiano abierto.

—Es verdad, ellos no cierran los viernes —añadió Sam enarcando las cejas impresionado por el acierto del niño—. Y por el dinero no te preocupes, es lo menos que puedo hacer después de lo bien que cuidas de todos nosotros.

Aunque se sentía un tanto ruborizada, el rostro de Nour se iluminó. Pensaba que sería maravilloso poder vestir con algo más que sus habituales faldas largas y camisas

anchas. Sam era un tipo generoso, de eso no tenía duda alguna, pero aquel gesto hizo que le diera un vuelco el estómago.

En poco menos de media hora llegaron al barrio cristiano donde, efectivamente, la vida urbana bullía como cualquier otro día de la semana. Entraron en un par de tiendas antes de encontrar la que ofrecía indumentarias apropiadas para el plan de aquella noche. Nour se sintió atraída por los pantalones vaqueros, estaba acostumbrada a vestir con faldas y, por una vez, le apetecía llevar algo cómodo. Se probó un par de ellos, los cuales le sentaban como un guante y, a continuación, rebuscó entre las camisolas algo que se ajustara a las curvas de su cuerpo.

Mientras, Sam y Walter fueron a la sección de niños y compraron varios pantalones, jerséis y un par de abrigos de lana para los pequeños. Los amigos se quedaron estupefactos al ver el nuevo estilo moderno y desenfadado de los chavales, que desfilaban con sus nuevas indumentarias igual que modelos de pasarela. Los cuatro reían divertidos entre ocurrencias y travesuras cuando, de pronto, Nour apareció en la sección infantil.

Llevaba puestos unos vaqueros desgastados y ajustados, un jersey de cuello vuelto en color camel y unas botas a juego. Sam y Walter se quedaron perplejos ante su nueva imagen, parecía mucho más alta y juvenil de lo que aparentaba normalmente. Sam nunca se hubiera imaginado que Nour presumiera de una figura tan estilizada, pues las ropas anchas que siempre llevaba disimulaban las curvas de su cuerpo. Con su media melena oscura y sus ojos relucientes como dos bombillas, Nour se dio una vuelta para que Sam y Walter dieran su opinión sobre la elección hecha.

—Estás... —A Sam no le venían las palabras.

—Vaya pedazo de bombón —murmuró Walter creyendo que Nour no lo escuchaba.

Sam le dio un codazo a su amigo para que no fuera tan descarado.

—Estás muy guapa —dijo al fin.

Nour se ruborizó ante el comentario de Sam, pero estaba feliz por que le gustara su nuevo conjunto. Se sentía realmente cómoda con sus nuevos pantalones y la forma del jersey resaltaba su largo cuello de cisne. Si no fuera por sus rasgos exóticos, habría pasado por una bella occidental.

Por la noche dejaron a los niños con Tarifa en casa. Sam llamó a Hussein explicándole sus planes y este no tardó ni una hora en presentarse allí para acompañarlos al bar. El doctor Karam se pasaba demasiadas horas solo en casa y Sam pensó que sería buena idea contar con su presencia, así aprovecharía para presentárselo a su amigo Walter.

Los cuatro pasaron una noche fantástica. Nour se mostró entusiasmada en todo momento por ser la primera vez que salía de noche y a Walter le impresionó la vida nocturna de la ciudad. Siempre había creído que los países árabes eran aburridos por sus leyes severas y la autoridad religiosa. Sin embargo, cuál fue su sorpresa cuando, al entrar en Le Piano Bar, encontró un grupo de hombres y mujeres riendo, cantando

y bailando al son de una música divertida y alegre. La fiesta estaba asegurada en aquel lugar.

Tomaron asiento alrededor de una pequeña mesa de cristal y un camarero les ofreció unos canapés a base de col, zanahoria y pepino. Alrededor del talle llevaba una especie de cinturón con unos tubos de cristal azul marino colgando. Hussein les explicó que la bebida que se ofrecía en aquellos tubos era tequila.

—¡Uhhh! Suena bien —dijo Walter ansioso por probar la bebida—. Yo quiero uno.

—Que sean dos —añadió Hussein.

—Yo tomaré algo más ligero. ¿Puedo pedir un refresco? —preguntó Nour dirigiéndose a Sam, como si tuviera que pedirle permiso.

—Claro, puedes tomar lo que quieras —respondió él—. ¿Puede traernos un par de bebidas de cola, por favor? —pidió al camarero.

Sam decidió guardar la compostura para acompañarla. Por su parte, Walter y Hussein no se cortaron ni un pelo en beber todo el alcohol que sus cuerpos toleraron. Al cabo de una hora, los dos estaban bailando sobre un pequeño escenario junto con otras dos muchachas que acababan de conocer. Para el doctor Karam fue como un escape a todo el estrés que llevaba acumulado en el trabajo y la vida en general, y para Walter supuso una gran novedad compartir aquellos momentos en un país y con unas gentes nuevas para él. Nour y Sam los observaban divertidos mientras aplaudían su ocurrente danza de los siete velos. Todo un chiste.

A las doce de la noche salieron del bar felices como niños. Sam aprovechó la felicidad del momento para agarrar la mano de su protegida y caminar juntos sin separarse. Nour sintió que el corazón le latía con fuerza ante ese nuevo contacto, pero al ver la naturalidad con la que Sam la sujetaba, supuso que aquel gesto era algo habitual para él. Hussein les propuso ir a la discoteca que había en el hotel Sheraton, donde podrían desinhibirse y bailar hasta las tantas.

De repente, Nour se soltó de la mano de Sam y se acercó a una mujer que esperaba a su amiga en la puerta del bar para pedirle algo. Los tres esperaron a que acabara de hablar con la mujer y cuál fue su sorpresa cuando la vieron con un pintalabios fresa chicle en la mano. La mujer le ofreció un espejo de bolsillo y con mucho cuidado se perfiló los labios. Al terminar le dio las gracias y volvió con sus compañeros.

—Antes de marcharnos me gustaría hacer algo —anunció.

Ajena a la admiración que acababa de despertar en los tres con su nueva imagen, Nour se aproximó a la pared blanca impoluta que había junto a la puerta del bar y, con un movimiento rápido, besó y plasmó sus labios sobre el tabique.

—Así recordaré esta noche cada vez que pase por aquí —murmuró con una amplia sonrisa.

—Me parece una gran idea —respondió Sam, que sonrió también.

Tomaron un taxi que los llevó hasta la entrada del hotel. Cuando Hussein y Walter

salieron del coche, Nour tomó a Sam de la mano impidiéndole salir.

—Hay algo que me gustaría enseñarte de Damasco. Solo se puede ver de noche y tal vez esta sea la única oportunidad que tengamos —le dijo algo ruborizada por el atrevimiento.

Él aceptó de buen grado su invitación e informó a sus compañeros de que regresarían en menos de una hora, pero ambos estaban tan entusiasmados con la idea de continuar la fiesta que ni siquiera le prestaron atención.

Nour le pidió al taxista que los llevara hasta el monte Qassium, a pocos kilómetros de donde se encontraban. Cuando se apearon del vehículo, Sam observó el espectacular mar de luces que se extendía a sus pies. La imagen le impresionó gratamente, pues hacía mucho que no respiraba una serenidad tan plácida. La panorámica quitaba el aliento a quien lo contemplaba. Se sentaron sobre una gran roca para deleitarse con las maravillosas vistas que ofrecía Damasco a aquellas horas de la noche. Era como un enorme campo de luciérnagas; en el fondo, una paz artificial.

En silencio observaron aquella población aparentemente dormida: miles y miles de habitantes rezando por que esa no fuera su última noche con vida, niños que dormían a pierna suelta ya que su inocencia no les permitía ser conscientes de lo que se les avecinaba, ancianos en vela por temor a no volver a despertar, jóvenes desesperados por un futuro incierto, padres de familia planeando la manera de dar de comer a sus hijos... Aquella noche la guerra les había dado un respiro, pero ¿hasta cuándo? Sam estaba seguro de que la mitad de la población tenía las mismas pesadillas que él casi todas las noches. Por un motivo u otro, siempre había algún tipo de preocupación, más que razonable, para no poder descansar sin sobresaltos. Trató de no pensar en ello y disfrutar de su momento de tranquilidad junto a Nour.

—Gracias por traerme —le dijo—. Creo que lo necesitaba.

Ella le dedicó una inocente sonrisa.

—Mi padre solía venir aquí cuando estaba estresado en el trabajo. Este lugar conseguía aplacar su genio, y, a veces, aprovechaba para contarme historias sobre su niñez. —Hizo una breve pausa—. ¿Sabías que cuando era joven se subía a lo alto de las norias aprovechando el movimiento ascendente de estas, y luego se tiraba de cabeza al río?

Sam percibió cierto brillo en los ojos de su amiga.

—Seguro que fue un hombre feliz —añadió Sam sin poder evitar acariciar la mejilla de Nour con suavidad.

—Empezó a trabajar desde muy joven para ayudar a su familia. Igual que yo —dijo agachando la mirada.

—Tienes a quien parecerte. Tú también eres una mujer fuerte y trabajadora —respondió Sam buscando su mirada—. No sé si yo habría sido capaz de salir adelante como lo has hecho tú con tus hermanos. En cierto modo siento envidia de tu entereza. —Ella lo escuchaba en silencio—. Gracias a ti y a los niños estoy aprendiendo

muchas cosas. No solo se vive de carreras universitarias y viajes de aquí para allá. Me estáis enseñando unos valores que no sabía que existían, estoy aprendiendo a no pensar solo en mí, a compartir, a no temer a lo desconocido, a abrir mi mente y, sobre todo, a no creerme el centro del mundo. —Volvió la mirada hacia el mar de luces—. Hay tanto por lo que luchar... Poco a poco siento que sirvo para algo, que puedo ayudar a la gente... y eso me hace sentir pleno..., no sé si me explico.

Nour lo observaba orgullosa, hasta que él dejó de hablar y sencillamente se comunicaron a través de las miradas. Ambos se entendían a la perfección. Nour comprendía los nuevos sentimientos que Sam estaba experimentando y él admiraba la dulzura de sus ojos cuando le dedicaba aquella armoniosa sonrisa.

—El amor es como el aire que respiramos, que, aunque no lo vemos, nos colma de vida cuando inunda nuestro interior.

Una oleada de calor inundó el pecho de Sam. Era la primera vez que la tenía tan cerca y su aroma y su contacto le impregnaron los sentidos. Sus cabezas se fueron acercando poco a poco, como si un imán los atrajera lentamente. Muy despacio. Casi un movimiento imperceptible. A partir de aquel instante, Sam dejó de pensar y se dedicó solo a sentir. Se dispuso a acariciar el rostro de Nour con delicadeza. Pero, de pronto, una vaga idea le hizo reaccionar. Se aclaró la garganta y desvió la mirada a otro lado. No debía aprovecharse de su vulnerabilidad. No quería hacerle daño. A ella no. Era demasiado importante en su vida como para estropearlo todo.

Aquella noche no se besaron. Aunque en un principio todo parecía prestarse a ello, tan solo se dedicaron a admirar la belleza de aquel paisaje nocturno. Nour apoyó la cabeza sobre su hombro mientras Sam la rodeaba con su brazo protegiéndola del frío. Sentía que con ella había algo más fuerte que el deseo y ese algo se acababa imponiendo a la pasión. Tal vez fuera el miedo a la torpeza, o a que se descubrieran sus sentimientos más profundos, o quizá fuera el miedo al día siguiente y a los días que vendrían después. Fuera lo que fuese, ambos acabaron conversando toda la noche, el uno junto al otro, mirándose a los ojos y cogidos de la mano como dos enamorados.

Capítulo 13

Los niños se abrazaron a Walter y lo hicieron caer al suelo mientras le soltaban decenas de besos entre risas y arrumacos. Ya había pasado una semana desde que llegó de visita y estaba a punto de tomar su avión de vuelta a Sídney.

—Vamos, niños. Dejadle respirar —intervino Nour.

Cuando Walter consiguió levantarse del suelo, ella le tendió la mano y a continuación se aproximó a su rostro para soltarle un inocente beso en la mejilla.

—Me ha encantado conocerte, espero volver a verte en otras circunstancias —le dijo Walter abrumado por la candidez que ella desprendía.

—Te deseo buen viaje. Gracias por hacer feliz a Sam con tu compañía —le respondió.

—Gracias a ti por cuidar de él. Sé que lo dejo en buenas manos.

A continuación, Nour y los pequeños se apartaron para que Walter pudiera despedirse de su mejor amigo. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo a la par que se daban intensas palmadas en la espalda. Estuvieron en esa postura durante unos segundos mientras Sam le murmuraba al oído:

—Cuídate, machote. Y dale muchos besos a mi madre cuando llegues. Ah, y dile a mi padre que estoy bien y que no debe preocuparse por nada.

—Así lo haré, amigo. Eres un maldito cabrón temerario. Queremos verte de vuelta pronto —dijo dedicándole una sonrisa picarona—. Desde que te has ido casi no salgo de fiesta.

Walter tomó su pesada mochila y se la echó sobre un hombro. Antes de marcharse, Sam le hizo una última pregunta:

—¿Sabes?, me ha extrañado mucho que el primer día de tu llegada no dejaras de darme la murga para que regresara contigo y, sin embargo, estos días ni siquiera me lo has vuelto a repetir, ¿acaso te has cansado de insistir?

—No, amigo —respondió dedicándole una amplia sonrisa—. Pero no soy tonto, y sé que un verdadero hombre jamás dejaría a su suerte a la mujer que ama.

Y dicho esto, Sam no supo qué contestarle. Su amigo lo dejó sin palabras. Se despidieron por última vez y luego Walter se dirigió al control de seguridad para

mostrar su pasaporte. Lo vieron marcharse contento de haber pasado una maravillosa semana en la que había conocido a gente que no era tan diferente como él creía. Al menos se iba con la sensación de que aquel país le hacía mucho bien a su amigo, y estaba seguro de que, aunque no pudiera verlo, Sam estaría viviendo una gran aventura junto a sus nuevos amigos y compañeros, una aventura que lo haría tener una percepción distinta del mundo a la que había experimentado en Sídney. Solo deseaba que aquella aventura tuviera un final feliz para su amigo.

Tras aquella intensa semana, todo volvió a la normalidad. Sam continuó con su dura labor en el hospital mientras Nour trataba de sacar adelante el negocio de especias de su familia. Tarifa parecía mostrar cierta mejora en su enfermedad, pero una gripe a principios de primavera la dejó muy débil y tuvo que permanecer de nuevo varias semanas en cama. Cada tarde, después del trabajo, Sam volvía al mercado para ayudar a Nour en la tienda y, la mayoría de las veces, aprovechaba los momentos de calma para enseñar su idioma a los pequeños. Era consciente de que Omar no soltaría palabra, pero al menos entendería lo que se hablaba a su alrededor. Sin embargo, Nabil mostraba gran interés por aprender y hacía grandes esfuerzos por comunicarse con Sam.

Llevar una vida normal en Damasco se hacía cada vez más difícil: el suministro de energía se cortaba cada dos por tres, haciendo que todos los alimentos conservados en el congelador se echaran a perder; en ocasiones resultaba complicado conseguir productos básicos, pues el precio no hacía más que subir según iban pasando los días. Miles de sirios habían huido del país, refugiándose en los campos de Jordania, Turquía, Líbano e Irak, y la gente cada día tenía más miedo de salir a comprar alimentos para sus familias. Nour veía que su negocio iba cuesta abajo, y muchos puestos del mercado habían echado el cierre indefinidamente. Sam le propuso en alguna ocasión hacer lo mismo, pues no quería que ninguno de ellos arriesgara su vida, pero Nour insistía en levantarse a diario con el único objetivo de trabajar duro para sus hermanos.

Cada vez se producían más atentados y llegaban por ello más heridos al hospital. Sam atendía a todos sus pacientes lo mejor que sabía, pero a veces resultaba realmente difícil hacer bien su trabajo, pues los recursos escaseaban y los mutilados eran cada vez más numerosos. En ocasiones, Sam se despertaba en mitad de la noche sudoroso y con el corazón latiendo a mil por hora, y es que las pesadillas nocturnas se fueron haciendo más frecuentes y espantosas.

Una noche soñó que un coche bomba explotaba junto al mercado, cerca del puesto de especias. La sensación de impotencia por no poder hacer nada por Nour, Omar y Nabil le hizo dar un grito en mitad de la noche. Nour acudió para calmarlo y, entre fuertes sacudidas y una respiración acelerada, tuvo que abrazarlo para hacerle sentir que solo se trataba de una pesadilla. Sam se aferró a ella como un niño pequeño

hasta que su pulso se fue calmando poco a poco.

Una vez recobrada la cordura, este le pidió disculpas por haberla asustado y ella le respondió con una cándida sonrisa a la par que le limpiaba el sudor de la frente con un paño húmedo. Sam le besó la palma de la mano y le agradeció su atención. Ella se había convertido en la única razón que le mantenía con los pies en el suelo. Sam era consciente de que si no fuera por la serenidad de Nour, habría perdido la cabeza hacía mucho tiempo. Pero ella siempre estaba allí con él. Él salvaba vidas en el hospital, y ella lo salvaba a él de la locura y el desasosiego.

Una mañana decidió que quería recompensarla por su amabilidad y cuidados, y tras una dura jornada de trabajo, se acercó a una joyería para comprarle un buen regalo, algo que no olvidara jamás. Entró en la tienda y le sorprendió la cantidad de oro que había en aquel diminuto puesto de joyas. Como si fuera una tienda de golosinas, el preciado metal se acumulaba a raudales en cajas y expositores en forma de colgantes, pulseras y anillos.

Sam le dijo al dependiente que buscaba algo muy especial para una chica. El hombre exhibió una sonrisa picarona suponiendo que se trataba de su novia, y le mostró sus más preciados anillos de oro y diamantes. Sam le dijo que no buscaba un anillo de compromiso, quería algo más exclusivo, algo para demostrar su agradecimiento. No importaba el precio, por suerte podía permitirse cualquier capricho.

El hombre rebuscó entre sus cajones en el interior del local y apareció con una caja de terciopelo negro. Cuando la abrió, Sam casi tuvo que apartar la vista por el brillo que despedían los diamantes sobre un precioso colgante de oro blanco. Le pareció lo más bonito que había visto en mucho tiempo, y si cerraba los ojos podía imaginar aquel colgante sobre el sedoso cuello de Nour. Su piel morena haría un contraste hermoso y único con el centelleo deslumbrante de aquella maravillosa joya. Pero... ¿realmente le haría ilusión a Nour tener un tesoro como aquel?

El dependiente ya se estaba frotando las manos creyendo que Sam estaba interesado en la joya. Sin embargo, este recapacitó y pensó que, sin duda, aquel era un regalo perfecto para alguien como Ashley, pero no para Nour. Ella era diferente. Tenía que buscar algo especial, algo que le hiciera más ilusión que una joya tan cara.

Entonces tuvo una idea. Se despidió del joyero disculpándose por haberle hecho perder el tiempo. Aun así, decidió llevarse unos pendientes de oro con forma de flor. Al menos no se iría de la tienda con las manos vacías. Salió del local y buscó un taxi recordando algo que Nour le había comentado en cierta ocasión.

—Por favor, lléveme a Duma —le indicó al conductor.

Para cuando regresó a casa, los niños ya habían cenado y estaban a punto de irse a la cama. Tarifa, por su parte, aprovechaba el momento para hablar con su hija Soumiya por teléfono.

—¿Has tenido un día duro? —le preguntó Nour al verlo llegar tan tarde.

—Sí..., bueno, he tenido que hacer unos recados después del trabajo —respondió tratando de esconder bajo el brazo el paquete que portaba.

—Te he dejado algo de *tabule* en la nevera, y también puedes probar los *kibbehs* que ha preparado Tarifa.

—Mmm, me encanta. ¿Los ha preparado con yogur?

—Sí. Sabe que te gustan —dijo llevándose las manos a la cintura—. Me parece que te está mimando demasiado.

—Adoro que me mimen —añadió dedicándole una sonrisa burlona.

Tomó uno de los *kibbehs* con la mano libre y, dándole un buen mordisco, se acercó a la puerta del dormitorio de Tarifa. La encontró recostada sobre la cama, cansada del largo día y del esfuerzo que había hecho para preparar la comida que tanto le gustaba a Sam.

—Muchas gracias, está delicioso —le dijo con la boca llena.

Tarifa le entendió perfectamente y no pudo reprimir una sonrisa al ver a Sam deleitarse con su particular receta casera. Aunque sus manos ya no le respondían como ella quisiera, no dudaba en preparar ricas comidas al joven que tanto se preocupaba por ellos. Sam se arrimó a la cama y besó de forma cálida su frente, agradecido por los cuidados que esta le proporcionaba dentro de sus límites físicos. Cuando se acabó la cena y los niños estuvieron acostados, Sam invitó a Nour a sentarse junto a él en el sofá.

—Esta tarde di un paseo por algunas tiendas de la ciudad.

—Ah, pensé que los recados tenían que ver con tu trabajo —repuso sin ánimo de reproche.

—No exactamente. Verás, llevaba unos días dándole vueltas a un asunto. —Hizo una breve pausa—. Me gustaría hacerte un regalo.

—¡Oh, no! No es necesario. Gracias a ti tengo todo lo que necesito.

—Ya, pero... quería que tuvieras algo especial, algo que realmente te hiciera ilusión.

Ella lo miró con cara confusa, sin saber qué responder.

—Fui a una joyería con la intención de comprar algo que hiciera que te acordaras de mí cada vez que lo vieras, ya sabes..., algo solo mío.

—Pero no es necesario, de verdad. —Nour le tomó de la mano y le obligó a mirarla directamente a los ojos—. Soy feliz solo con tu compañía. No quiero nada más para recordarte... Tú ya estás en mí.

Una oleada de sensaciones revoloteó en el pecho de Sam al oír aquellas palabras.

—Aun así, deseo hacer algo más por ti. Lo necesito. —Sus miradas se cruzaron de nuevo—. Después de pasar por la joyería recordé algo que me dijiste hace tiempo, y he querido traerte un recuerdo que creo que te gustará.

Ella observó expectante el paquete que Sam descubrió tras su espalda. Se trataba de un envoltorio cuadrado, del tamaño de un libro voluminoso. Él lo depositó sobre

las rodillas de Nour y esperó pacientemente a que lo abriera.

—Yo... no sé qué decir —murmuró sin apartar los ojos del paquete.

—Por favor, ábrelo.

Como si estuviera a punto de desvelar un gran secreto, desenvolvió con delicadeza el papel marrón que ocultaba la sorpresa en su interior. Su corazón latía con fuerza por descubrir el contenido. Cuando por fin se deshizo del papel, sus ojos se abrieron como platos al destapar algo que jamás soñó que volvería a ver, el único álbum familiar que sus padres habían conservado durante años.

La reacción de Nour se hizo esperar. Sam la miraba aguardando algún tipo de impresión, pero ella permaneció inmóvil durante unos segundos, con los ojos clavados en aquel álbum, como si quisiera asegurarse de que lo que tenía delante era real. Acarició la portada con precaución y se llevó el libro al pecho fundiéndolo en un tierno abrazo. Cuando por fin alzó el rostro para dirigirse a Sam, un mar de lágrimas de felicidad le inundaban el rostro.

—Sam, yo...

—Shhh —la interrumpió Sam, poniendo su dedo sobre los tiernos labios de Nour—. Recordé lo que me contaste, que no habías vuelto a tu antiguo hogar desde..., bueno..., y decidí buscar la casa. No me ha resultado difícil entrar, pues la puerta estaba abierta..., bueno, más bien arrancada del marco. Me temo que no queda nada de valor en el interior de la casa, al parecer el edificio entero ha sido saqueado. Solo encontré esto y... supuse que te haría ilusión tenerlo.

Los ojos de Nour se llenaron de lágrimas y brillaron como estrellas.

—¡Oh, Sam! Esto es lo más maravilloso que alguien ha hecho por mí. ¿Cómo podré agradecértelo? No me quedará vida suficiente para...

—No digas eso. Claro que te quedará vida, eres una mujer joven y hermosa, además de muy valiente. No tienes que agradecerme nada, lo he hecho porque..., porque he querido tener un detalle contigo. Soy yo el que te está agradecido por todo. Aunque no lo sepas, tú me has liberado. Ahora me siento libre, y veo las cosas de otra manera. Nunca he sabido lo ciego que estaba hasta que te conocí a ti y a los niños, me habéis abierto los ojos.

Ella le devolvió una sonrisa a pesar de tener los ojos empañados. Sam hizo amago de levantarse del sofá para dejarla a solas y que pudiera disfrutar de su álbum en la intimidad, pero Nour le agarró del brazo y le pidió con la mirada que no se marchara. Deseaba compartir aquel momento mágico con él y mostrarle cómo era su vida antes de que sus padres desaparecieran.

La portada estaba algo magullada y llena de polvo. Las hojas del álbum eran gruesas, de un color amarillento, y estaban roídas por algunas esquinas, como si se hubieran desgastado de tanto pasar las páginas. En las primeras imágenes descoloridas se apreciaba la figura de una muchacha joven y delgada. Su pelo, negro como el carbón, caía en cascada sobre uno de sus hombros, llegando casi a alcanzar su cintura. Llevaba una falda larga y oscura que cubría sus tobillos y una camisa de

manga larga color rosa. Estaba sentada sobre un muro al lado de una enorme noria que daba vueltas junto a un río. Su rostro miraba al cielo, tratando de absorber los rayos de sol. Los ojos cerrados y la media sonrisa desvelaban que estaba disfrutando del relajante sonido que el crujir de la noria emitía con el movimiento.

En otra imagen, el fotógrafo la había pillado desprevenida mientras se colocaba el pelo tras la oreja. Su mirada en dirección al suelo mostraba cierta timidez, pero nunca perdía la sonrisa. Más adelante aparecía ella al lado de un hombre de ojos claros. Ambos posaban sin tocarse, tiosos como una tabla, tan solo unidos por el roce de sus brazos. Por la cara que puso Nour al ver aquella imagen, Sam supuso que se trataba del día en que sus padres se comprometieron. Ella miraba las fotografías con gran atención, recreándose con cada una. Los dos estaban tan cerca el uno del otro mientras observaban el álbum, que Sam pudo apreciar el fuerte latir del corazón de su compañera. Nerviosa, expectante y emocionada, Nour acariciaba con la mano cada una de las fotografías antes de pasar la página, como si aún pudiera sentir la presencia de sus padres. Cuando vio a su madre posar con un bebé en brazos, no pudo reprimir una risa. La pequeña exhibía unos muslos bien carnosos y una cara redonda como la luna. A Sam le hizo gracia ver a aquella niña regordeta en pañales.

—¡Oh, Dios mío! Pero si soy yo... Y qué gordita... No deberías verme en paños menores —bromeó.

—Eras preciosa. Me encantan esos michelines y esos mofletes —dijo señalando los prominentes y sonrosados carrillos.

—Mira, aquí estoy con Soumiya —señaló otra fotografía—. Pasábamos mucho tiempo juntas cuando éramos pequeñas. Tarifa y mi madre se llevaban muy bien, y puesto que ella enviudó muy pronto, mamá insistía en que pasara la mayor parte del tiempo en nuestra casa. Además, nos ayudaba con las tareas del hogar cuando había mucho trabajo en la tienda. Eran como hermanas, por eso me siento responsable de su bienestar. Tarifa me crio cuando mi madre no pudo y ahora he de devolverle el favor.

La casa estaba en absoluto silencio. Los niños y Tarifa dormían, y apenas se escuchaba algún que otro coche transitar por la calle, junto al edificio. Tan solo se apreciaba un suspiro hondo cada vez que Nour pasaba las páginas y veía nuevas imágenes de sus padres. Sam no podía evitar sentir una extraña sensación, entre alivio y congoja; la primera por saber que aquello era lo que Nour más deseaba en el mundo, y la segunda porque le dolía ver el sufrimiento de su amiga por no tener a sus padres con ella. Sin embargo, y a pesar del dolor que le suponía saberse huérfana, la sola idea de conservar aquel recuerdo de su familia le dibujó una linda sonrisa en el rostro. Era lo más cercano a conservar vivo el espíritu de sus padres, aunque ella estaba plenamente segura de que sus progenitores vivirían en su corazón para siempre.

Cuando llegaron a la última página, Sam se fijó en la foto que cerraba aquella etapa. Nour ya era toda una muchacha hermosa y risueña. Sus padres posaban a ambos lados de su hija mientras sostenían a Omar y Nabil en brazos. Se retrataron

justo delante del puesto de especias que Nour regentaba ahora. La madre aparentaba más edad que al principio del álbum y había engordado algunos kilos, y su padre, por otro lado, presumía de un cabello grisáceo. La expresión de sus rostros lo decía todo, era una familia feliz. Era ese tipo de felicidad que solo unos pocos transmiten con la mirada, una dicha íntima, real; una alegría que conseguía contagiar a todo aquel que observara la fotografía. Sam se preguntó si alguna vez había experimentado ese tipo de felicidad.

Recordó el día que besó a una chica por primera vez. Fue intenso, sin duda alguna, pero no sintió felicidad, sino más bien un nudo en el estómago. O tal vez aquella vez que su padre le regaló el primer coche, un Ferrari rojo, envidia de todo el instituto y admiración de las chicas... No, tampoco ese día sintió una felicidad plena. Aquello fue más bien satisfacción. De todas las cosas que había conseguido en la vida, ninguna había sido adquirida por su propio esfuerzo y trabajo; era obvio que la familia de Nour había necesitado una vida entera para conseguirlo, mientras que a él solo le bastaba con soplar al viento para tener el mundo a sus pies. ¿Sería ese el motivo de su felicidad superflua? ¿La constancia y el empeño tendrían algo que ver con el hecho de lograr ganar la batalla a un futuro incierto?

Pensó y pensó, e intentó recordar en qué momento de su vida había sentido esa felicidad plena y sincera, que no tuviera nada que ver con el materialismo ni con sus conquistas femeninas. Y entonces solo le vino una imagen a la mente: el día que vio a aquellos niños mutilados abrazarse a su padre, esperanzados. Ese día sintió que su corazón latía con fuerza por un motivo más que satisfactorio y dichoso. Aquello debía de ser lo más parecido a la felicidad completa.

Sin duda alguna, su vida había estado atrapada por la frivolidad, ahogada en falsedades y apariencias. Así que cuando Sam comprendió que nadie salvo él mismo podría cambiar su futuro, deseó que el nuevo día empezara para enfrentarse a él con la mejor de sus sonrisas, para levantarse con el ánimo renovado y hacer frente al cansancio del día anterior o a lo adverso de cada problema. Era afortunado, había conocido a las personas más maravillosas con las que jamás se hubiera cruzado, tenía la capacidad de ayudar a los más desfavorecidos y la seguridad plena de que nunca pasaría hambre ni le faltaría dinero para sobrevivir. Paralelamente, tenía la oportunidad de trabajar junto a un gran médico en una de las ciudades más hermosas y mágicas del mundo. Se obligó a sí mismo a aprovechar aquella oportunidad y a no rendirse bajo ningún concepto, por muy duro que a veces fuera.

—Esta noche me has hecho muy feliz —le dijo Nour cuando cerró el álbum.

—No. Soy yo el que es feliz. Gracias por sentir. Gracias por transmitirme todas tus inquietudes y sentimientos —le respondió con una sonrisa—. Si tú eres feliz, yo también lo soy.

Nour sonrió también y no añadió nada más. Sam provocaba que un mar de mariposas revolotearan por su estómago cada vez que se sinceraba con ella, y a veces no sabía cómo responder a aquella sensación, por lo que solía dedicarle una tímida

sonrisa para después huir antes de que su compañero se percatara de sus acaloradas mejillas.

—Creo que ya es tarde, debería acostarme —dijo.

Sam se aclaró la garganta. Le gustaba estar con ella pero no quería hacerla sentir incómoda. Su relación con Nour era cada vez más cercana y lo cierto era que aquella proximidad le ponía nervioso a él también.

—Claro, mañana nos espera un largo día de trabajo —respondió.

—Gracias por todo. Ha sido realmente maravilloso. Mis hermanos estarán encantados con las fotografías —añadió.

—Ya te he dicho que no tienes que darme las gracias. Lo he hecho porque he querido, aunque... ahora que lo pienso... —Sam se llevó la mano al bolsillo derecho—. Olvidaba darte algo más. —Le mostró una cajita pequeña y aterciopelada en color marfil—. Esto sí es mío. Quiero que lo aceptes como un regalo y..., si te parece bien, me gustaría que los usaras.

Nour abrió los ojos de par en par cuando vio la caja. Reconocería perfectamente aquel modelo de estuche en cualquier lugar, era consciente de que dentro de él se hallaba un objeto de valor.

—Pero yo no... —murmuró llevándose la mano al pecho.

—Por favor —repitió Sam inclinándose hacia ella hasta casi rozar su rostro—. Quiero que tengas un recuerdo mío, esto sí que será solo mío.

La tomó de la mano que tenía libre y le colocó la cajita sobre la delicada palma temblorosa. Nour observó el objeto como si tuviera un tesoro sobre ella. No se atrevió a abrirlo hasta que elevó la vista hacia Sam y lo vio sonreír impaciente e ilusionado. Nour dejó el álbum a un lado del sofá y con la otra mano destapó la tapa que cubría el estuche.

La noche había estado repleta de emociones. Primero el álbum familiar que tanto anhelaba, y ahora aquellos maravillosos pendientes, brillantes como las estrellas, que mostraban su resplandor bajo la penumbra de la única lámpara encendida. Aún con las manos temblorosas, acarició los pendientes mientras pensaba que jamás había poseído ningún adorno tan bonito. Con un gesto, Sam se ofreció a colocárselos y ella aceptó encantada.

Mientras ajustaba la joya en uno de sus lóbulos, Sam no pudo evitar fijarse en la delicada piel de su cuello. Suave y aterciopelada como la seda, y desprendiendo un exquisito aroma a vainilla que la hacía deseable. Sus orejas eran perfectas, ni muy grandes ni demasiado pequeñas, y la dorada flor que ahora colgaba de ella embellecía el perfil de su rostro hasta límites insólitos. ¿Cómo podía un hombre resistirse a semejante esplendor? ¿Cuánto tiempo soportarían su mente y su cuerpo sin abalanzarse sobre ella? Su corazón le rogaba precaución, pero su cuerpo le pedía a gritos besar aquel hermoso cuello hasta llegar al filo de sus labios para después fundirse en un apasionado beso.

Nour sintió los cálidos dedos de Sam tan cerca que le fue imposible evitar que su

piel se erizara con el contacto. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no estremecerse bajo aquella sensación de placer. No podía explicarse cómo el simple roce de sus dedos lograba crear semejante reacción en su cuerpo.

Aquella simple acción, colocar unos pendientes, estaba ocasionando un efecto que ninguno esperaba. El latir mutuo de sus corazones impulsaba el flujo de sangre a la misma velocidad acelerada, y el silencio de la noche fundía sus latidos a un solo ritmo. Cuando Sam terminó de ponérselos, Nour alzó la mirada hasta cruzarse con la suya. Fueron los cinco segundos más largos de su vida, hasta que el sonido de una puerta abriéndose tras ellos rompió el hechizo del momento.

El pequeño Nabil salió de la habitación, medio adormilado, sin percatarse siquiera de que su hermana seguía aún en el salón. Como si de un diminuto sonámbulo se tratara, se dirigió directamente al baño para después regresar de nuevo a la cama. Nour decidió entonces que era hora de acostarse. Así que, con cierta timidez, le deseó buenas noches a Sam y se marchó en silencio a su dormitorio, disgustada en cierto modo por la interrupción de su hermano.

Sam, por su parte, optó por prepararse una taza de té antes de irse a dormir. Necesitaba despejar su mente tras lo sucedido, aunque tampoco tenía muy claro qué era lo que acababa de ocurrir. Solo sabía que Nour se estaba convirtiendo en una obsesión, no solo por lo mucho que lo ayudaba a afrontar ciertas situaciones de su día a día, sino también por una extraña sensación que sentía por primera vez en su vida. Ni siquiera podía explicar lo que su corazón experimentaba cuando estaba junto a ella. Era como una mezcla de deseo y protección, como si tuviera la imperiosa necesidad de fundirse en ella, no solo física, sino también espiritualmente.

Se encontraba totalmente sumido en sus pensamientos cuando un inoportuno bip del móvil sonó dos veces seguidas. Con una taza de té en la mano y el teléfono en la otra, se tumbó en el sofá para comprobar quién se acordaba de él a aquellas horas de la noche. Cuál fue su sorpresa al encontrarse con un inesperado mensaje de Ashley.

«Hola, Sam, ¿cómo estás? Ayer coincidí con Walter en una fiesta en el Luna Park y me contó lo que estabas haciendo en Damasco. Bueno, parece que te va bastante bien por lo que me explicó, solo quería desearte una feliz estancia y..., bueno..., espero que estés bien. Un beso desde Australia».

«Vaya, vaya. Creía que Ashley se había olvidado completamente de mí», pensó. Entonces vio que tenía un segundo mensaje:

«Te echo de menos. Vuelve pronto».

Aquello le descuadró por completo. ¿Lo echaba de menos? ¿Cómo era posible? ¿Acaso no estaba saliendo con otro chico? Si ni siquiera tuvo la delicadeza de despedirse de él. ¿Querría retomar la relación de nuevo? Tal vez se hubiera arrepentido de su precipitada decisión de romperla y ahora deseaba volver con él. Más de cinco meses después. Definitivamente, fue lo mejor que le podía haber pasado. Le había permitido tomar distancia para considerar los pros y los contras de su antigua vida. ¿Podría, tal vez, existir el amor entre dos personas que trataban de

cambiarse la una a la otra? Se pasó la mano por el rostro, dejándola luego reposar contra su cuello.

Ashley tenía establecidos unos objetivos claros en la vida, y Sam creía tenerlos establecidos hasta el día en que se tropezó con aquel niño en el parque a punto de ahogarse con el caramelo... Un simple caramelo que cambió la percepción de su futuro. Quizá aún no tuviera claro qué iba a ser de él en aquel país en guerra, pero sí sabía una cosa: se sentía realizado. Y esa sensación era mucho más reconfortante que saberse uno de los jóvenes más deseados de Sídney.

El tiempo que estaba pasando allí se había convertido en una cadeneta de momentos, de coincidencias, de circunstancias a veces agradables y en muchas ocasiones dotadas de tensión y ansiedad por la urgencia o abastecimiento de medios. Por cada muerto que pasaba al olvido, había varios enfermos que conseguían sobrevivir y que pagaban con una sonrisa o incluso lágrimas la vuelta a la vida. Cada noche daba las gracias a aquel caramelo por haberle ayudado a dar el paso y estar allí. Aquel inoportuno caramelo había echado por la borda el libro de su vida, y las páginas habían volado desordenadas sin que fuera posible recopilarlas para narrar la misma aventura.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada y volvió a leer el último mensaje de Ashley pensativo. A continuación pulsó la tecla de borrar y optó por no contestar a la que había sido su novia antes de partir a Damasco. La distancia con relación a su país y sus amigos había crecido, mucho más en su mente que en su corazón. Si miraba atrás, se encontraba con tantas cosas nuevas que... se asombraba de que todas estuvieran ahora en su vida. Tal vez estuviera perdiendo una buena oportunidad al rechazar a Ashley y puede que se quedara solo para el resto de sus días. Sin embargo, una cosa era segura, el pasado se había desvanecido para él en las sombras, como el humo, ante un presente más brillante.

Capítulo 14

Cuánto tiempo puede un hombre sobrevivir en el infierno? La firmeza se desploma cuando la desdicha es más fuerte que la osadía.

Los enfrentamientos y manifestaciones en la capital se fueron haciendo cada vez más intensos. El número de refugiados que cruzaban la frontera de Turquía para huir de los ataques había aumentado considerablemente, llegando a contabilizarse algo más de dos mil quinientas personas en los campamentos de la Media Luna Roja. Los hospitales de algunas ciudades estaban colapsados, y muchos de los enfermos eran enviados a Damasco para ser atendidos. El trabajo allí se incrementaba día a día, y, en muchas ocasiones, Sam regresaba a casa de madrugada. Apenas tenía tiempo para echar una mano a Nour en la tienda, y, en cierto modo, tampoco le gustaba verla salir cada mañana con los niños al mercado con la duda de si regresarían por la noche. Apenas disfrutaba ya de momentos cómplices con su nueva familia porque no le quedaba tiempo para ellos; incluso en sus días libres, siempre surgía alguna emergencia que atender.

De igual manera, Nour comenzaba a echar de menos la compañía de Sam, pero nunca quiso hacérselo saber, pues él ya tenía bastante con su trabajo y lo último que necesitaba era a una mujer pidiéndole que regresara a casa más temprano. Ella era consciente de que la labor sanitaria de Sam era más importante que el hecho de desear su compañía, por lo que sobrellevaba su ausencia con resignación. Nada les hizo presagiar que su agitada vida se vería quebrantada por un duro golpe difícil de olvidar.

Todo sucedió un 15 de agosto. Era uno de esos días de calor insoportable en los que el tiempo parecía eternizarse sin interrupción. Los ventiladores solo servían para remover el aire caliente, las chicharras amenazaban con ensordecer a todos, respirar suponía un esfuerzo y lo único que se podía hacer era tumbarse en el suelo de piedra y esperar a que el otoño llegara de nuevo. Sam había recibido el primer aviso del gobierno australiano instando a los residentes en Siria a que abandonaran el país.

Mensaje a todos los australianos en Siria:

Con motivo de la impredecible situación de seguridad en el país, la embajada de Australia en Damasco se reitera en la siguiente advertencia: «Los australianos deben abandonar inmediatamente Siria antes de que los vuelos comerciales dejen de operar. Las sanciones de la Liga Árabe al gobierno sirio tendrán como consecuencia la suspensión de muchos vuelos comerciales a principios de enero de 2012.

»Los australianos que permanezcan en el país a pesar de la advertencia deben ser conscientes de que la asistencia podría ser extremadamente limitada por parte del gobierno de Australia, debido a la situación de seguridad y restricciones impuestas por el gobierno sirio».

La embajada también les agradece toda información con respecto a su localización actual y confirmación de si aún se encuentran en territorio sirio. Si es así, por favor, comuníquennos sus intenciones, tanto si pretenden abandonar el país como si han decidido permanecer en él.

Sus padres habían insistido en que regresara lo antes posible, pero Sam se negaba a abandonar su trabajo y su nueva vida en aquel país. Todo lo que le unía a Sídney ya no era comparable a lo que le retenía en Damasco, por lo que en ningún momento se planteó regresar.

Ese día Sam no tenía ninguna emergencia que atender, y los niños salieron a dar un paseo junto al hotel donde se hospedaban los observadores de la ONU, una zona *a priori* segura, puesto que el ejército sirio lo mantenía vigilado al tratarse de un área donde se concentraban algunas oficinas del partido gobernante. Los miembros de la ONU se dedicaban a analizar a diario la situación del país, centrando sus esfuerzos en visitar escuelas y centros médicos para medir las repercusiones del conflicto en la población civil y permitir que llegase asistencia sanitaria.

Sam se había propuesto llevar unas *pizzas* a casa a fin de que Nour no tuviera que cocinar aquella tarde y se diera un respiro después de todo el trabajo. El doctor Karam también estaba con ellos, pero acababa de salir de una guardia y se encontraba demasiado cansado para acompañarles. Prefirió esperar junto a Nour en casa y atender a Tarifa con los nuevos medicamentos que debían administrarle.

—Hoy me apetece dar rienda suelta a la comida basura, si te parece bien —le había dicho Sam a su compañera de piso, que reposaba agotada en el sofá.

—No es necesario, puedo preparar algo...

—Ni lo sueñes. Hoy me encargo yo. Además, echo de menos las grasas saturadas y los niños deben acostumbrarse a comer porquerías si algún día pretenden viajar al extranjero —bromeó guiñándole un ojo.

Nour agradeció el gesto, pues su día había sido realmente duro y Tarifa no hacía más que demandar su atención cuando regresaba a casa. Así que, en lugar de ponerse

manos a la obra sobre la encimera de la cocina, aprovechó para darse una buena ducha de agua fría y combatir el fatigoso calor.

Mientras tanto, Sam y los niños fueron a un restaurante para encargar las *pizzas*. El bochorno en la calle era abrumador, pero era peor el sofocante calor que despedía el horno de leña que había en el interior del local. Sam aconsejó a los chavales que esperaran en la puerta si no querían sufrir la insostenible temperatura que había allí.

—No os mováis de aquí, solo será un minuto mientras hago el pedido —les advirtió a ambos.

El cocinero, un hombre tremendamente grueso y con un mandil sucio atado alrededor de su cintura, salió de la cocina para atenderle.

—Buenas tardes, quisiera encargar cuatro *pizzas* para llevar —dijo Sam antes de que este hablara.

El cocinero le ofreció a Sam una carta traducida al inglés con las diferentes combinaciones y menús. En el tiempo en que echaba un vistazo a los ingredientes, la campanilla de la puerta tintineó anunciando que alguien entraba al restaurante. Sam alzó la vista y vio que se trataba de Omar, que con gestos nerviosos trataba de decirle algo.

—¿Dónde está Nabil? ¿Por qué no está contigo? —le preguntó al niño.

Omar quería advertirle de que Nabil había cruzado la calle para contemplar de cerca un coche de la ONU aparcado frente al restaurante, así que Sam dejó el menú sobre el mostrador y se dirigió a la salida para ir a buscar al pequeño. Estaba claro que no podía despistarse ni un solo segundo.

Todo sucedió a cámara lenta en el instante en que se aproximó a la salida. El sonido de la campanilla al chocar contra la puerta quedó envuelto por un ruido mucho más atronador y estridente. Un coche bomba estalló a pocos metros de donde ellos se encontraban, arrastrando a Sam hacia el interior del restaurante y reventando los cristales de todos los edificios colindantes. El restaurante se convirtió en un infierno de restos de metralla.

Sam cayó al suelo, donde algunos cristales se le clavaron en las piernas. Tardó unos segundos en recomponerse y entender qué había sucedido, pero cuando vio los marcos de madera de las ventanas ardiendo y la lluvia de chispas cayendo a sus pies, comprendió lo que había ocurrido. El calor era horrible y el humo amenazaba con ahogarlo en cualquier momento. Se subió la camiseta a la cara para taparse la nariz y agradeció que estuviera mojada por el sudor, dado que le ofrecía una pequeña protección. Enseguida se reincorporó como pudo y, sacando fuerzas de donde no las había, apagó el fuego que se había formado con un extintor de emergencia. Después escudriñó la sala en busca de Omar. Halló su cuerpo tirado bajo una mesa. Rápidamente se arrastró por el suelo acribillado hasta alcanzar al pequeño.

—Omar, por favor, háblame, dime algo, ¿estás bien? —dijo desesperado a la vez que comprobaba si tenía pulso.

El niño no tardó en abrir los ojos, asustado y atemorizado por la incertidumbre,

pero al menos seguía con vida. Tras comprobar que tan solo tenía unos rasguños en el brazo derecho, Sam respiró aliviado y le estrechó entre sus brazos.

—¡Gracias a Dios! Ven, colócate tras el mostrador hasta que sepamos qué ha sucedido. —Sam arrastró al niño hasta detrás del mostrador, donde encontró al cocinero, que permanecía arrodillado y con la cabeza escondida entre sus brazos mientras citaba lo que parecía algún tipo de rezo.

—¿Se encuentra bien? Vamos, tranquilícese —le dijo Sam cogiéndole del brazo en un intento de calmarlo—. Esperaremos aquí hasta que venga el ejército y nos ayude a salir.

Pronto, los finos marcos de las ventanas quedaron reducidos a cenizas y el humo asfixiante empezó a salir al exterior. Sin embargo, el momentáneo alivio que sintió no tardó en transformarse en angustia cuando, siguiendo la mirada atónita de Omar clavada en la puerta del restaurante, se percató de que Nabil seguía ahí fuera.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡No! —murmuró llevándose las manos a la cabeza e inclinándose hacia delante al notar un nudo en el estómago temiéndose lo peor.

El miedo se apoderó de él. El aire se había vuelto plomizo, y las motas de polvo, miles de ellas, danzaban en el haz de luz que se filtraba desde las ventanas, ajenas a la catástrofe que acababa de suceder.

—¡Nabil, no! —Volvió la vista hacia Omar, que lo observaba con los ojos inundados en un mar de lágrimas.

El más pequeño de los hermanos continuaba allí fuera y desconocían si seguiría con vida... o si estaba gravemente herido... o si... No querían ni pensarlo. Sam se obligó a calmar sus nervios y, recordando las palabras del teniente durante su servicio militar, respiró hondo para controlar cuerpo y mente. Cerró los ojos y se repitió a sí mismo: «Valor y templanza, valor y templanza...».

Pronto su instinto lo hizo reaccionar. Se arrastró por el suelo para evitar que los disparos que ahora se escuchaban en la calle lo alcanzaran. Cuando llegó al quicio de la puerta contempló impactado la dantesca imagen. Los restos de un coche bomba ardían frente al hotel de la ONU, y otros dos coches cercanos estaban ardiendo a causa de la explosión. Varios cascotes de edificios habían caído desde las alturas y la calle estaba cubierta de cristales rotos por el impacto.

Desde el hotel, algunos francotiradores del ejército disparaban a diestro y siniestro a cada mínimo movimiento que divisaban desde sus posiciones en el edificio. El sonido de las balas al rebotar en la carrocería de los coches silenciaba los gritos de hombres y mujeres que trataban de ponerse a salvo. Y entonces lo vio.

Su corazón se congeló como un glaciar y sintió su pecho estallar como si un yunque le golpeara en todo el centro. Parecía un muñeco de trapo tirado tras una de las ruedas del coche de la ONU. Sam divisó las piernas y parte de la cintura inerte de Nabil, que yacía sobre el asfalto. Su figura se volvió tan definida y detallada que pudo distinguir hasta la rotura de su pantalón a la altura de la rodilla. Todas sus terminaciones nerviosas y músculos se tensaron, los latidos de su corazón se

dedicaron a suministrar sangre a sus extremidades y, sin pensárselo dos veces, se puso de pie para alcanzar de cuatro zancadas el coche junto al cual el cuerpo del niño estaba tendido. La mala suerte hizo que uno de los disparos de los francotiradores lo derribara. El filo de una bala rozó su brazo izquierdo y Sam notó una especie de quemazón que lo dejó momentáneamente aturdido. Levantó un poco la cabeza y se arriesgó a mirar por encima del coche. Con un gruñido de dolor se arrastró hacia la posición de Nabil y, una vez a salvo de la línea de tiro de los militares, comprobó si el niño estaba herido.

Respiró tranquilo cuando sintió el débil pulso del pequeño palpar bajo sus dedos. Quiso llorar de alegría al saber que continuaba vivo, pero no era momento de flaquear. Bajo su diminuto cuerpo había un charco de sangre que emanaba de su hombro. Uno de los cristales del coche se había clavado en su espalda al caer hacia atrás provocándole una herida profunda. Había que cerrársela pronto si no quería que el pequeño muriera desangrado.

Con sumo cuidado, Sam asomó de nuevo la cabeza por encima del coche. De repente, los disparos cesaron, y ya solo se escuchaba la confusión desatada alrededor y los gritos de la gente tratando de huir del lugar. Una mujer corría en busca de refugio escondiendo bajo su chador a una niña de unos diez años, otro hombre recuperaba desesperado el cuerpo aún con vida de un familiar bajo los cascotes de un edificio dañado, los demás gritaban y corrían desorientados hacia ningún lugar.

Sam vio que Omar asomaba con precaución la cabeza por una de las ventanas destrozadas del restaurante, y enseguida le ordenó por gestos que se protegiera en el interior del local. Olvidó por un momento el dolor de su brazo herido y, con toda la entereza, tomó en brazos el debilitado cuerpo de Nabil para dirigirse a grandes zancadas al cobijo que le proporcionaban aquellas cuatro paredes.

Omar se apresuró a acercarse a su hermano cuando lo vio entrar por la puerta entre los brazos de Sam. Este depositó al niño sobre la barra del bar, previamente desalojada de platos por el dueño, para estudiar el modo de cerrarle la herida. Le quitó la desgarrada camiseta y se la puso como almohada. Después lo giró levemente para examinar el orificio con detenimiento y usó su propia camiseta como tapón para reducir la hemorragia.

—No parece que haya dañado ningún órgano —le dijo a Omar.

El niño observaba con lágrimas en los ojos el frágil cuerpo de su hermano. Le habría parecido que estaba dormido si no fuera por la mueca de dolor que reflejaba su rostro. Su labio inferior temblaba y se lo mordió para contener el llanto. Fue entonces cuando su corazón sintió la necesidad de gritar por la vida de su hermano. Si Nabil moría, Omar perdería la mitad de su corazón; como un cuarto sin luz, su alma se congelaría para siempre y quedaría oscura y vacía. Entonces, con voz temblorosa, le susurró a Sam:

—Por favor..., por favor..., salva a mi hermano.

Era la primera vez que hablaba desde el fallecimiento de sus padres. Sam se

emocionó al escucharle, pero el miedo en sus palabras ensombrecía semejante primicia. No había tiempo de júbilos ni ilusiones por aquel cambio positivo en la actitud cerrada de Omar, las ambulancias tardarían un buen rato en llegar y Nabil debía ser atendido cuanto antes. Sam hizo una promesa al niño:

—En unos días estarás jugando con tu hermano de nuevo —le dijo mirándolo directamente a los ojos a la vez que le apartaba un mechón de pelo que le caía sobre el rostro.

Rápidamente Sam cogió la mano del camarero y le pidió que mantuviera la presión sobre la herida mientras él buscaba algo con lo que cerrarla. El hombre observaba en silencio el cuerpo inmóvil del pequeño que impregnaba el aire con olor a sangre, y Omar rezaba en silencio por la vida de su hermano. Sam comenzó a buscar entre los cajones de la cocina con la esperanza de hallar alguna aguja e hilo entre los cubiertos y demás artilugios del restaurante.

—*AL NAJDA!!!* —gritó una mujer desde la puerta.

Sam agarró un cuchillo instintivamente. La mujer entró en el local de manera repentina, y los músculos de Sam se tensaron preparados para un posible ataque. Sin embargo, en cuanto vio el miedo reflejado en sus ojos, entendió que solo buscaba un refugio donde protegerse. Con un gesto le indicó que buscara un lugar donde sentarse y esperar a que la confusión pasara.

Finalmente, Sam encontró una caña de pescar arrinconada cerca del horno de donde colgaba un anzuelo con su respectivo hilo. Aliviado por el hallazgo, cortó el filamento y con el fogón de la cocina encendido desinfectó el pequeño gancho. Después se lavó las manos.

Para cuando regresó a la barra donde Nabil yacía, la camiseta que taponaba la herida ya se había teñido de rojo oscuro. No había tiempo que perder, el niño se estaba desangrando. Pidió al camarero un poco de agua limpia mientras él se aseguraba de que no quedara ningún trozo de cristal en el interior. Omar se retiró a una esquina del restaurante para no ser testigo de lo que estaba a punto de suceder, y prefirió fijarse en la tensa expresión de su hermano en vez de en el diligente trabajo de Sam. Los únicos signos que delataban que el pequeño estaba sufriendo fueron una mueca ocasional y una leve contención al respirar.

El camarero llegó tan pronto como pudo con una jarra de agua que Sam fue echando poco a poco sobre el corte para limpiarlo. Llenó sus pulmones de aire tratando de serenarse y con extremo cuidado alineó ambos lados de la herida para meter la aguja a unos seis centímetros de profundidad. Aunque Nabil continuaba inconsciente, aquello no impidió que su cuerpo reaccionara; comenzó a transpirar y en su boca se dibujó una mueca de dolor mientras apretaba los dientes. Tras el primer hilván, Sam alzó la vista hacia el rostro del pequeño para comprobar su estado. Le atormentaba verlo en aquellas circunstancias, sin anestesia que le aliviara el dolor. Podía escuchar su propio corazón dando saltos en el pecho, como una advertencia.

Continuó con la sutura hacia el lado contrario con meticulosidad, procurando que

los gritos y atropellos en el exterior del local no lo desconcentraran. Al no contar con un portaagujas que le facilitara el trabajo, tenía que secarse las manos sudorosas continuamente, pues el anzuelo era demasiado pequeño y se le resbalaba entre los dedos.

—Tiene usted buen pulso —comentó el camarero con voz temblorosa.

Omar consiguió reaccionar y fue en busca de un paño húmedo para refrescar la frente de su hermano. Con una delicadeza y un saber estar formidable, ayudó a aliviar el sofocante calor de Nabil. Al ver el miedo aún en sus ojos, Sam le dedicó una sonrisa tranquilizadora a fin de que no temiera por la vida de su hermano.

—Lo peor ya ha pasado. Se pondrá bien —le dijo apoyando la mano en su hombro.

—Gracias por salvarle —respondió con lágrimas de esperanza en los ojos.

—No, gracias a ti por darme la fuerza para hacerlo. Eres muy valiente. Nour se sentirá orgullosa de ti.

Una vez que la herida quedó bien cerrada, el camarero trajo un rollo de papel higiénico para vendar el corte recién suturado.

—Un momento, antes de colocar la venda necesitaría algo de miel —dijo Sam recordando que la jalea ayudaba a cicatrizar y a evitar que el tejido se pegara a la ropa cuando se cambiara el vendaje.

Al principio el camarero lo miró con expresión extraña, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza replicar, pues el cliente ya había demostrado con gran audacia sus conocimientos médicos. Fue de nuevo a la cocina y regresó con un bote lleno.

Las primeras sirenas de ambulancias se escucharon a lo lejos. Fue todo un alivio comprobar que la ayuda estaba en camino. Aunque la herida de Nabil ya estaba cerrada, debía llevarlo al hospital cuanto antes para que recibiera la atención adecuada, puesto que había perdido demasiada sangre y su estado era delicado. Sam tomó al niño en brazos y con precaución se dirigieron al exterior del local. La gente continuaba gritando y pidiendo auxilio, y la mayoría se abalanzaba sobre las ambulancias provocando el caos entre el servicio de emergencias. Todos querían ser atendidos cuanto antes y los golpes y empujones por llegar primero no se hicieron esperar.

Sam entonces se dio cuenta de que era más rápido acudir directamente al hospital en cualquier otro vehículo. Estudió el panorama y halló un camión de verduras aparcado al otro lado de la calle. Aquel trasto viejo tenía las ventanillas abiertas y nadie lo ocupaba, así que le ordenó a Omar que se pegara a él y no se separara ni un milímetro. Los tres cruzaron la calle dejando atrás al camarero y a la señora, que prefirieron esperar a que el ejército se ocupara de ellos. Subieron a la camioneta y Sam colocó a Nabil sobre el asiento trasero con sumo cuidado. La llave de contacto no estaba puesta, buscó por la guantera y entre los asientos, pero no la halló. Empezaba a ponerse nervioso cuando Omar le agarró del brazo y señaló a la acera.

Un hombre permanecía sentado junto al portal de un edificio. Se encontraba aturdido y mostraba una brecha en la cabeza que se tapaba con su propia mano. Sam se apeó a toda prisa y se acercó a él.

—¿Se encuentra bien? ¿Puede hablar? ¿Es usted el dueño del vehículo? —le preguntó señalando a la camioneta.

El hombre no entendía ni una palabra de lo que le decía, pero al verlo apuntar hacia el vehículo, asintió dudoso.

—¿Tiene las llaves? —le indicó Sam gesticulando con las manos.

El hombre sacó como pudo unas llaves de su bolsillo. Confundido y temeroso se las entregó a Sam, que no dudó ni un instante en ayudarlo a levantarse para llevarlo con él al hospital.

—No se preocupe, me encargaré de usted también.

El hombre pesaba, pero la fuerza de Sam en aquellos instantes de tensión superaba cualquier obstáculo. De un impulso apoyó el cuerpo del hombre sobre su costado y lo llevó hasta el vehículo. Enseguida arrancó y salieron de aquel campo de batalla.

Capítulo 15

Nour dejó caer el vaso del té sobre la mesa. Sam había decidido marcharse, regresaba a su país. La noticia no debería haberle resultado tan inaudita. Sam había viajado a Damasco para una temporada, jamás dijo que se quedaría para siempre, ¿quién iba a querer vivir en un país sumido en el caos? Sin embargo, se sintió decepcionada, dolorida, apenada.

Limpió las gotas de té que habían caído sobre la mesa, no era capaz de mirarle a los ojos. Deslizó su dedo alrededor del filo húmedo del vaso, sin saber cómo debía reaccionar ante aquella noticia. Trató por todos los medios de disimular las lágrimas que estaba a punto de derramar, y centró su atención en el borde del vaso. No había modo de negarlo, se sentía rara, sentía algo en lo más hondo de su corazón.

Volvió la cabeza para mirar a la pared, a la nada. Sam, su amigo, su compañero, casi un padre para sus hermanos, su protector, iba a abandonarlos. ¿Qué sería ahora de ellos? ¿Dónde vivirían? ¿Quién les proporcionaría las costosas medicinas de Tarifa? ¿Cómo se las arreglarían los cuatro solos?

No podía culparlo. En realidad debería estar contenta por los momentos vividos hasta aquel día, por el tiempo extra que sus hermanos y Tarifa habían disfrutado bajo aquel techo limpio y cómodo. ¿Qué le hizo barajar la idea de que él se quedaría con ellos para siempre? ¿Por qué se había hecho ilusiones? Nour no hubiera podido sentirse más desdichada aunque hubiera perdido el mayor de los tesoros. Trató de ocultar su tristeza detrás de otro sorbo de té.

Por fin hizo amago de levantarse. No quería seguir escuchando a Sam. No si ya había tomado la decisión firme de abandonarlos. Pero él no la dejó marchar. No hasta que terminara de contarle el motivo de su repentina partida. La agarró de la mano y la obligó a acercarse a él, tanto que Sam sintió el acelerado pulso de su corazón. La tomó de la barbilla y alzó su rostro para contemplar sus ojos. El corazón le dio un vuelco cuando vio la humedad en sus pupilas.

—He decidido hacer algo —dijo muy serio—. La situación se complica a cada minuto y no estoy dispuesto a arriesgar la vida de los niños cada vez que salgan a la calle. Y mucho menos la tuya. —Se hizo un silencio mientras ambos se miraban—.

Me siento responsable de lo que ha sucedido y por eso voy a tomar medidas.

—Pero tú no tuviste la culpa de que... —le interrumpió ella.

—Sí la tengo —pronunció tajante—. Jamás debí dejarlos solos fuera del local; por mucho calor que hiciera en ese horno, nunca debí perderlos de vista. ¿No te das cuenta de que podía haber sido mucho peor? Casi perdemos a Nabil por mi insensatez.

—No, no. Tú no sabías lo que iba a suceder. —Nour llevó su mano a la mejilla de Sam—. Salvaste su vida arriesgando la tuya al ir en su busca. Sé que solo tratabas de ahorrarles pasar más calor dentro del restaurante, es normal, yo habría hecho lo mismo...

Pero Sam tenía muy claro lo que debía hacer.

—Déjalo, Nour. No harás que cambie de opinión. La decisión ya está tomada. —Agarró su mano entre las suyas y se las llevó al pecho—. Regreso a Sídney porque voy a arreglar los papeles para que vengáis conmigo.

Tardó un latido de corazón en comprenderlo. Nour abrió los ojos de par en par. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Irse con él? ¿A Sídney? Sacudió la cabeza tratando de asegurarse de que sus oídos no le habían jugado una mala pasada. Demasiado bonito para ser cierto.

—¿Cómo has dicho? —preguntó encandilada por la inesperada noticia.

—He dicho que voy a sacarlos de aquí. Quiero que vengáis a Sídney conmigo —repitió con una amplia sonrisa en los labios.

Nour tardó unos segundos en reaccionar y salir de su asombro. Nunca consideró dejar Damasco, de hecho, daba por sentado que su vida acabaría en la misma ciudad donde nació. Por alguna razón no se veía fuera de la capital, pero eso no impidió que sus esperanzas dieran un giro de ciento ochenta grados y deseara con todas sus fuerzas que al menos sus hermanos pudieran tener un futuro mejor, lejos de aquella desdichada guerra. El corazón le dio un vuelco al sopesar lo maravilloso que sería el porvenir de su familia si los planes de Sam se hacían realidad. Nabil y Omar podrían continuar yendo al colegio, Tarifa sería por fin trasladada al Líbano con su hija y ella..., ella sería feliz con solo ver a sus hermanos crecer de forma saludable y fuera de peligro. Y quién sabe, tal vez Sam y ella..., algún día...

Sacudió la cabeza en un intento de no desviar su atención de lo que realmente importaba. Le pareció más oportuno concentrarse en sus hermanos en vez de sumergirse en un sentimiento inalcanzable. Los pequeños eran lo que más debía preocuparle en aquellos instantes y un viaje de semejante magnitud no podría más que suponer una mejora en sus vidas. Lo malo era que durante un tiempo Sam se ausentaría, se verían solos ante cualquier dificultad. ¿Y si no regresaba? ¿Y si se marchaba con la esperanza de sacarlos de allí pero acababa olvidándose de ellos? ¿Y si sucedía algo mientras él estaba lejos? La idea de no volver a verlo se abrió camino en su mente. El pulso de Nour se alarmó a consecuencia de un inesperado ataque de miedo. Bajó la vista al suelo y Sam se dio cuenta de que algo la preocupaba.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que estemos juntos lo antes posible. —Sam no pudo evitar que se le hiciera un nudo en la garganta—. Ahora sois mi familia y no dejaré que os ocurra nada. Ya habéis sufrido demasiado.

Nour negó con la cabeza y las lágrimas de sus ojos salieron despedidas a causa del brusco movimiento que hizo cuando se abrazó como una niña a Sam. Le rodeó el cuello con los brazos y enterró en su pecho un rostro bañado en lágrimas. Él no se opuso. De igual forma necesitaba sentir cerca su aflicción. Acarició su pelo suave mientras le susurraba palabras de aliento.

—Por favor, Nour, no llores. Debo hacerlo a fin de que podáis venir conmigo.

—Tengo tanto miedo... ¿Y si no volvemos a verte?, ¿y si no regresas? —dijo con voz estrangulada.

—Regresaré. No lo dudes ni un instante —pronunció firme—. Tienes mi palabra.

—Pero ¿y si cuando llegues a tu país te olvidas de nosotros? No será fácil conseguir los papeles. Tendrás que pelear en las embajadas, te pedirán todo tipo de certificados, rellenar cientos de documentos... ¿No ves que si fuera tan fácil muchos ya se habrían marchado? —Unos días atrás se había sentido segura, cobijada por la certeza de que Sam y ella estaban irrevocablemente unidos, pero ahora tenía miedo y se sentía sola.

—No me rendiré —dijo para tranquilizarla—. Mi padre tiene contactos en las altas esferas gubernamentales. Estoy seguro de que podremos arreglar algún permiso de permanencia para que tú y tus hermanos podáis viajar hasta allí. Y luego, cuando cumplas los dieciocho, haremos un contrato de trabajo para regularizar tu situación y que no tengas problemas.

Poco a poco, Nour sintió cómo las agudas espinas de preocupación se retraían, las palabras de Sam resultaban tan convincentes que por unos instantes necesitó creerle. Su respiración recobró el ritmo normal mientras él secaba las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas.

—Eres tan bonita —se le escapó en voz alta cuando sus ojos se perdieron en las pupilas verdes de Nour—. Yo...

Sam luchaba contra sus sentimientos. Quería decirle que la amaba, que estaba loco por ella. Pero no podía hacerle eso. Era demasiado buena para ser real, merecía un hombre que estuviera a su altura, alguien dispuesto a dar la vida por ella. Y no a alguien que había tenido tantas novias como pares de zapatos había en su vestidor. Sam sabía que nunca había estado preparado para comprometerse y Nour merecía algo más que una simple promesa. Lo merecía todo.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó ella al fin.

Él se aclaró la garganta antes de responder.

—El avión sale en dos días.

—¿Dos días? —repitió ella abandonando el pecho de Sam para perder su mirada por la ventana—. Dos días... —susurró para sus adentros.

—Es mejor hacerlo cuanto antes —respondió tendiéndole una mano sobre el

hombro—. Creo que podré arreglar los papeles en menos de un mes, y entonces os vendréis conmigo a casa.

Nour decidió no responder. Un mes le parecía una eternidad sin la presencia de Sam. Podrían suceder demasiadas cosas en ese tiempo, pero ¿quién era ella para impedir que se marchara? Seguro que sus intenciones eran buenas y apostaría lo que fuera a que lucharía por llevarlos a su país, pero... ¿y si no lo conseguía? ¿Sería capaz de volver a Damasco para quedarse con ellos?

Tuvo que forzar una sonrisa para no preocuparle más. En cualquier caso, no tenía más remedio que confiar en él y en su capacidad para resolver problemas. Ya había hecho suficiente por su familia cuando decidió darles cobijo y ayudarles a salir adelante, y solo por eso le estaría eternamente agradecida. Acarició con suavidad el brazo herido de Sam para después retirarse a su habitación y dejarle a solas para descansar. La decisión estaba tomada, y ahora solo le quedaba esperar y rezar por que todo saliera bien.

Sam vio la figura de Nour alejarse hacia su dormitorio. No podía evitar que la preocupación embargara sus entrañas, era una sensación demasiado dolorosa. Pensar que él no estaría a su lado para socorrerla si le sucedía algo a ella o a los niños... Sin embargo, y por desgracia, era la única solución viable para sacarlos de Siria.

Se preparó para acostarse, pues al día siguiente le esperaba un día duro, sobre todo cuando le contara al doctor Karam sus planes. Sabía de sobra que la decepción en su rostro sería palpable, pero Sam ya no estaba dispuesto a arriesgar más la vida de los suyos. Porque así era como él los consideraba, parte de su familia. Su colega tendría que buscarse otro médico que le echara una mano con los heridos, él tenía ahora otras responsabilidades. Aun así, eso no evitó que Sam se sintiera culpable por abandonarle. Siempre le quedaría esa sensación de cobardía por marcharse de ese modo.

Se aproximó a la cocina para coger un vaso de agua y entonces encontró la puerta de Nour entreabierta. La curiosidad por verla dormir pudo más que él y, muy lentamente, se acercó al marco de la puerta. En la penumbra descubrió su figura arrodillada sobre una pequeña alfombra. Estaba rezando. Su cuerpo se inclinaba hacia delante en pequeños intervalos para tocar el suelo con la frente mientras susurraba palabras enigmáticas y misteriosas, palabras que él no entendía. Su rostro mostraba una expresión reconfortante, como si hallara la paz y la felicidad gracias a la conexión con Dios. Era la primera vez que Sam la veía rezar y, en cierta manera, él también sintió la necesidad de dirigirse a un poder superior que le ayudara a tomar las decisiones correctas para sacarlos adelante. Anhelaba el amparo de alguien que, desde arriba, les tendiera una mano.

Se sorprendió a sí mismo cuando notó que sus ojos se empañaron por las lágrimas. Ahora entendía de dónde sacaba la fuerza de un titán aquella chiquilla de diecisiete años; siempre con una sonrisa en los labios y dispuesta a darlo todo por la gente que amaba. Sam comprendió entonces que una parte del cielo se albergaba en

el interior de Nour. Su Nour. Fue entonces cuando se juró a sí mismo que, pasara lo que pasase, regresaría a por ella.

La despedida en el aeropuerto fue un episodio que les hubiera gustado evitar, pero Nour, Hussein y, sobre todo, el pequeño Omar no quisieron perderse la oportunidad de decirle adiós a su amigo. Nour le pidió a Tarifa que se ocupara de Nabil, pues temía que su estado empeorara al conocer la marcha de Sam. Ni siquiera fueron capaces de decírselo. Albergaban la esperanza de que este regresara lo antes posible y no tuvieran que hacer pasar por otro mal trago al pequeño convaleciente. Sam se despidió de él mientras dormía plácidamente sobre su cama, besando su frente y asegurándose de que las heridas estaban a punto de sanar del todo.

El aeropuerto de Damasco estaba atestado de gente intentando encontrar un vuelo que los sacara del país. Para algunos resultaba fácil, siempre y cuando tuvieran un pasaporte extranjero. Pero para los nacionalizados en el país árabe, los controles de salida eran mucho más exhaustivos. Ningún ciudadano que trabajara para el Estado tenía autorización para viajar fuera. En aquellos tiempos difíciles, el personal funcionario era más necesario que nunca, en especial médicos, ingenieros y demás trabajadores indispensables.

—Te deseo un buen viaje, rubio —dijo el doctor Karam tendiéndole la mano a Sam.

Él inclinó la vista hacia la mano de su amigo y, tras permanecer inmóvil durante unos segundos, precipitó su cuerpo hacia delante para fundirse en un abrazo con su mentor.

—Gracias por todo, compañero —le respondió—. Has sido como un padre para mí. Te prometo que enviaré ayuda material para el hospital y haré todo lo que esté en mi mano para facilitaros el trabajo.

—Sí, sí..., bueno. Tú solo procura llegar bien a Sídney y..., en fin... —Dirigió una rápida mirada hacia Nour y Omar.

—Volveré a por ellos —se apresuró a responder—. He dado mi palabra de que los sacaré de aquí.

—Eso espero. Estos pobres muchachos ya han sufrido bastante. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo por alguien...

—Tú ya haces mucho por otras personas. Eres un gran hombre, Hussein. Jamás olvidaré tu solidaridad —dijo Sam mirándole directamente a los ojos—. Gracias por todo lo que me has enseñado estos meses. Ha sido mucho más de lo que la universidad ha hecho por mí en años.

Su amigo mostró una sonrisa afectuosa.

—No pierdas tu esencia, rubio. Puedes hacer grandes cosas si te lo propones. —Y con una palmadita en la espalda, Hussein se apartó a un lado para que pudiera despedirse de los demás.

El siguiente en la lista fue Omar, que, en cuanto lo tuvo cerca, se abrazó a su cintura en un intento de impedirle la marcha. Sam se acuclilló para tenerlo a su altura y hacerle entender sus palabras.

—Ahora eres el hombre de la casa. —El pequeño lo miraba apenado—. Debes prometerme que cuidarás de todos.

El niño sollozaba sin control.

—Eres un chaval muy fuerte, ¿lo sabías? Si no llega a ser por tu valor no habría podido socorrer a tu hermano el otro día... Por eso tienes que ser valiente y cuidar de ellos —a Sam le costaba hablar—. Regresaré cuanto antes, ni siquiera os daréis cuenta de que me he marchado. Y cuando lo haga, os sacaré de aquí. Vendréis conmigo a Australia. Te va a encantar. Allí las chicas se vuelven locas por los valientes como tú —bromeó guiñándole un ojo.

Por fin una diminuta sonrisa asomó en los labios del pequeño.

—Estaremos esperándote —pronunció con voz debilitada.

El niño se agarró a su cuello con desesperación, estrechándolo entre sus pequeños brazos. Nour observó la escena con la mirada triste. No podía evitar que los ojos se le humedecieran cada vez que pensaba en la partida de Sam. Ya no había vuelta atrás, él estaba decidido a tomar el próximo vuelo y no regresaría hasta pasados unos días, o semanas, o quizá meses...

Sam elevó la vista hacia ella y lo siguiente que hizo fue aproximarse a su amiga para decirle adiós. Era el momento más temido para ambos. Habían ensayado las palabras de despedida toda la noche, pero ahora ninguno sabía qué decir. Se quedaron paralizados durante unos segundos, con la mirada clavada en el suelo, hasta que por fin él habló:

—Voy a cumplir mi promesa.

Nour lo miró directamente a los ojos y asintió con lágrimas recorriéndole las mejillas.

—Por favor, no llores —le pidió—. No hagas que sea más difícil de lo que ya es.

Ella se secó los ojos.

—Lo siento..., yo...

—No, no lo sientas. Soy yo el que tengo que pedir perdón.

—Tú no...

—Sí. Perdóname por dejaros en estas circunstancias —pronunció tragando saliva—. Sabes que lo hago por vosotros. Es la única solución.

—Sí, ya hemos hablado de ello. —Nour desvió la mirada a un lado. No se sentía con fuerzas para mirarlo directamente, le daban ganas de volver a llorar.

Sam envolvió sus suaves manos entre las suyas y las besó con desesperación. Luchaba contra lo que había entre ellos con las mismas fuerzas que ella.

—Por favor, cuídate —le susurró.

Él no pudo soportar más la tensión del momento y, antes de que el corazón le estallara en mil pedazos, soltó la mano de Nour dedo a dedo hasta que la suya quedó

vacía, se giró y, sin mirar atrás, corrió hacia las escaleras mecánicas que lo llevarían a la puerta de embarque.

Nour se quedó mirando cómo se alejaba. Le resultaba extraño pensar que unos meses antes ni siquiera le conocía. Entonces ella andaba por la vida como un fantasma, perdida sin saber qué hacer, con sus hermanos a su cargo, llevando una existencia entumecida y desolada. Pero después Sam se acercó al puesto de especias aquella tarde y le habló, haciéndola sentir de nuevo, resucitándola. Y ahora iba a salir de su mundo tan bruscamente como había entrado.

Sam llegó a la puerta de embarque y mostró su billete junto con el pasaporte australiano. Su respiración era agitada y trató de controlarla una vez pasada la puerta de embarque. Decidió tomar asiento mientras esperaba a que el vuelo saliera. Observó que la mayoría de pasajeros eran árabes, todos con el miedo y la inseguridad reflejados en el rostro, pues aunque consiguieran salir de Siria, muchos no serían admitidos en el país de destino, y serían repatriados. Las leyes de inmigración en Australia eran muy severas, y no consentían la entrada de nadie que no tuviera un permiso de residencia o contrato laboral. Y eso era precisamente lo que Sam pretendía hacer; conseguir de algún modo que Nour y sus hermanos tuvieran permiso para viajar a Australia sin ser deportados a Siria, al menos mientras el conflicto durara.

Las imágenes de Nour y los pequeños no dejaban de sucederse en su cabeza. Reflexionó en cómo ella había cambiado su mundo. Le habría gustado decirle que aquellos meses habían sido los más maravillosos de su vida, que gracias a su compañía había superado situaciones de angustia. Respiró hondo, pero no lo suficiente como para ahogar la ansiedad que lo embargaba, ni para desenredar los nudos que tenía en las entrañas. Dejarlos solos era la decisión más difícil que había tomado, porque en el fondo él quería entregarse a ella. Porque no quería marcharse. La pena de ver su desasosiego era como una navaja clavada en el pecho. «Si tan solo pudiera detener el tiempo..., si el espacio que nos separa desapareciera..., si pudiéramos ser algo más que amigos...», pensó.

Sus ojos se desviaron inconscientemente hacia una pareja de enamorados que estaba sentada frente a él. Ambos se agarraban de la mano con dulzura y preocupación a su vez. El muchacho besaba los finos dedos de su chica uno a uno, con delicadeza, y Sam reparó en el anillo que la joven portaba en su dedo anular. Un anillo sencillo, pero con un brillo único. El mismo que Nour mostraba en sus pupilas cada vez que lo miraban.

«¡Eso es!», pensó dando un respingo en su asiento. El tiempo se paró. Todo se volvió silencio a su alrededor. Y lo vio claro. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Salió corriendo hacia la salida. Las azafatas y demás pasajeros lo miraban como si se hubiera vuelto loco. Corría como si se le fuera la vida en salir de aquella sala de espera y nadie se atrevió a detenerlo. Corrió con todas sus fuerzas llevando la pesada bolsa llena de recuerdos sobre su hombro derecho. Su rostro reflejaba preocupación

por no alcanzar a tiempo su objetivo, así que aceleró el ritmo pidiendo disculpas cada vez que chocaba con algún pasajero sin querer.

Por fin vio el resplandeciente sol a la salida del aeropuerto. Nour y los demás ya no se encontraban en la terminal, probablemente habrían ido en busca de un taxi que les llevara de regreso a casa. El corazón de Sam se aceleró nervioso al no hallar ningún rastro de ellos. La adrenalina le hizo estallar y de nuevo salió a la carrera hacia la parada de taxis. Su corazón impulsaba sangre a sus extremidades empujando su cuerpo como el de un atleta que ansía alcanzar la meta. Hasta que por fin la vio, subiendo a la parte trasera de un taxi mientras Hussein le sujetaba la puerta amablemente. Su gesto era triste, decaído y apagado. Había perdido la luz de su mirada en tan solo unos minutos y sus ojos reflejaban el anhelo que sentía por la triste despedida que acababa de vivir. Por un segundo, y justo antes de introducirse en el coche, Nour alzó la mirada sintiendo que alguien, a tan solo unos metros de ella, la observaba. Creyó estar soñando, no daba crédito a lo que sus ojos veían, hasta que el doctor Karam pronunció su nombre.

—Sam, hijo..., ¿qué haces aquí?

Ninguno reaccionó al verlo. Estaban demasiado sorprendidos. Su respiración agitada preocupó por un segundo al doctor, que vio cómo los ojos de Sam estaban clavados en Nour.

—He encontrado la solución —dijo con la voz entrecortada por la carrera.

Ella abandonó su intención de entrar en el taxi y, con un movimiento pausado, como si temiera espantar a su amado, dio dos pasos hacia delante a la espera de que Sam se explicara. Él se aproximó a ella hasta que quedó a un metro de distancia, mientras Hussein y el pequeño Omar observaban la escena, inmóviles. Y fue entonces cuando, sin pensarlo dos veces, Sam dejó caer a plomo su cuerpo sobre el suelo, clavando las rodillas en el duro pavimento. No hicieron falta palabras para saber lo que trataba de decir. Nour abrió los ojos de par en par y pronto su rostro se iluminó ante aquella imagen de Sam postrado ante ella. Las lágrimas no tardaron en aparecer bajo aquellos ojos esmeralda que miraban prendados a aquel hombre que había cambiado su vida desde que llegó. No fue necesario ni un solo segundo para saber cuál era su respuesta ante aquella petición.

«Sí», quiso decirle, pero la voz no le salía del cuerpo. Así Nour se abalanzó sobre él, quedando ambos arrodillados y fundidos en un abrazo, hasta que Sam no pudo reprimirlo ni un segundo más y posó sus labios sobre los de ella, besándola con una ternura exquisita, como si tuviese miedo de hacerle daño. Luego apretó los labios sobre los de ella, pidiéndole más. El sabor de Nour, su aroma íntimo aunado con el gusto a cardamomo, le afectó como si de una droga se tratase. Sam se detuvo y tomó aire al ver que a ella le corrían lágrimas por las mejillas.

—Cásate conmigo —le pidió entre jadeos.

Nour luchó por responder, pero la emoción embargaba su garganta y solo fue capaz de asentir con la cabeza. Sin poderse contener, Sam volvió a besarla y acarició

su cabello con frenesí, como si le fuera la vida en ello. Ella sucumbió a sus labios, ahogándose en un mar de sensaciones, con todos sus pensamientos sumergidos en un éxtasis de rendición.

El pequeño Omar daba saltos de alegría al contemplar aquel apasionado beso entre su hermana y el que hasta ahora había considerado como su protector. A partir de aquel momento, Omar vio en Sam a su verdadero hermano mayor, un hombre que había conseguido quererles a él y a su hermano con el mismo empeño que un padre a sus hijos. El niño no pudo evitar abrazarse al doctor Karam, quien a su vez le devolvió el gesto, orgulloso de que por fin Sam se diera cuenta de que su relación con aquella familia iba más allá de un sentimiento de compasión y altruismo. Sam estaba incondicional y tajantemente enamorado de Nour desde que una tarde ella lo conquistara con tan solo una mirada. Y por fin, varios meses después, su corazón había destapado todos aquellos sentimientos que su cabeza luchaba por silenciar. A partir de aquel día, las cosas tomarían un rumbo distinto al que esperaban.

Capítulo 16

Las siguientes jornadas se sucedieron muy deprisa. El doctor Karam ayudó a Sam a poner al día los papeles para registrar el matrimonio. Puesto que pertenecían a religiones diferentes, Sam tuvo que proceder a una serie de ritos para que lo autorizaran a casarse de manera legítima con Nour. Los matrimonios en el país habían aumentado debido a que se habían eliminado muchos de los requisitos de la boda, como el oro de la dote. Aun así, la semana fue un ir y venir entre mezquitas, registros y demás edificios oficiales. Finalmente, Sam obtuvo su permiso para desposarse con su amada quince días después de la petición.

El enlace, con cánticos y danzas, se celebró en un edificio en construcción. Compañeros del hospital y algunos pacientes a los que Sam había tratado se acercaron al lugar para ser testigos del acontecimiento. El amor a la vida hizo que aquellas personas no dudaran un instante en festejar, de la mejor manera posible, la boda de su compañero. Creían que era lo único que la guerra no les podía quitar, la alegría y la esperanza de una vida llena de amor. Aun así, el miedo a los bombardeos de las fuerzas del régimen les obligó a organizar la boda en el sótano de aquel edificio.

La ceremonia transcurrió sin percances. Sam no dudó ni un solo instante de haber tomado aquella decisión. Nour era lo más importante en su vida y haría lo que fuese por protegerla tanto a ella como a sus hermanos.

Nour, por otro lado, creía estar viviendo un sueño. Sam era el hombre perfecto para ella; bueno, valiente, tierno y con un corazón enorme a la espera de darlo todo. Deseó que sus padres hubieran presenciado aquel momento, viéndola sonreír e iluminada por la felicidad que desbordaba su corazón. Y, en cierta manera, sentía que no estaba sola, que sus progenitores observaban hasta el más mínimo detalle del enlace desde donde estuvieran.

Cuando regresaron a casa ya era de noche. Tarifa se llevó a los pequeños a su dormitorio para dejar libre la habitación al nuevo matrimonio. Era su primera noche como marido y mujer y la buena señora no iba a permitir que la pareja durmiera incómoda en el sofá del salón. De modo que acomodó varios cojines en su estancia y

preparó a los pequeños una diminuta cama donde dormirían al menos en aquella ocasión.

Nour estaba demasiado emocionada aún por los hechos acaecidos. Se sentía como si caminara en sueños. Cuando por fin se quedaron a solas en la habitación, el silencio embriagó sus sentidos. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Sam inclinó la cabeza para admirar la belleza de Nour desde el quicio de la puerta mientras esta se despojaba de sus zapatos sobre el filo de la cama.

Nour...

Su Nour...

Su mujer...

Ella lo halló embelesado admirándola y una tímida sonrisa asomó a sus labios. Allí estaban los dos, quietos, inmóviles. La única iluminación que había era el brillo tenue de las farolas de la calle. Pese a la penumbra, solo hacía falta mirar a los ojos de la recién desposada para sentir que desprendían una luz interior que iluminaba toda la estancia.

Sam suspiró cuando la realidad se filtró a través del ensimismamiento. Lo había hecho. Había dado el paso que jamás creyó que daría. Si hace unos meses alguien le hubiera dicho que acabaría desposándose con una muchacha de diecisiete años, se habría echado a reír.

Él.

El más deseado.

El único hijo de los Lawson.

Un hombre soltero, atractivo e independiente, amigo de sus amigos, con un futuro más que resuelto gracias al emporio Lawson, delicia de aquellas mujeres que lo pretendían y sueño de aquellas que lo deseaban en secreto... Todo eso se acabó.

Ahora era él mismo. Se había convertido en el hombre que ansiaba ser. Estaba orgulloso de su decisión de viajar a Damasco y, sobre todo, se sentía colmado de amor. De verdadero amor... Ese que llenaba su corazón de gozo. Y allí estaba la culpable de su inapelable cambio. Ella era el motor de su vida desde el mismo momento en que vio aquellos luceros que parecían dos gotas de lluvia caídas sobre el verde de las hojas. Ella era el rostro de la perfección; sus labios, su voz, su cabello...

Entonces se dio cuenta de que, por primera vez, le aterraba ese primer encuentro íntimo con ella. Era algo inexplicable, jamás había sentido el más mínimo pavor por mantener relaciones con una chica. Pero ella era diferente. Quería hacerlo bien. Deseaba darle lo mejor de él. Ansiaba entregarle su corazón y su ser, y a eso no estaba tan acostumbrado.

Entonces Nour se levantó de la cama dubitativa y con paso lento se fue acercando a él de forma tímida. Sus ojos no se apartaron de los de Sam en ningún instante, pero sus pupilas reflejaban el miedo a no saber cuál era su papel como mujer. Quería darle cosas que no sabía darle y, en cierto modo, temía quedar en ridículo. Conocía cuál era su obligación, de lo único que estaba segura era de que debía entregarse a él. A su

marido. Al hombre que la había tomado como esposa. Así se lo habían explicado en alguna ocasión. Tragó saliva y procuró mostrarse segura de sus actos.

La respiración de Sam se volvió entrecortada según avanzaba hacia él. Tenerla tan cerca lo ponía nervioso. Quería tratarla con delicadeza, pero el animal salvaje y apasionado que llevaba dentro rugía insaciable.

Nour lo tomó de las manos y lo llevó hasta la cama. En silencio, Sam se dejó guiar sin apartar los ojos del hechizo de su mirada. Ambos quedaron sentados el uno frente al otro y Sam alzó su brazo para acariciar las suaves y enrojecidas mejillas de su mujer. Esta lo aceptó de buen grado y cerró los ojos para sentir el calor de su tacto. La piel se le erizó allá donde los nervios sentían el contacto de la agradable caricia.

Entonces ella comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Él no pudo sino quedarse en silencio y dejar que empezara a deslizarse sus finos dedos por su robusto pecho. Con cada centímetro de aquella piel masculina que se iba revelando, el rubor de Nour se iba haciendo más intenso. Aunque trataba de mantener la calma, había algunos botones que le costaban más que otros. Sam se percató del ruido que estaba haciendo al respirar e intentó controlarse, pero el pulso ya se le había acelerado. No podía recordar la última vez que una mujer lo había hecho sentir así, aquella le parecía la experiencia más sensual que había vivido nunca. La habitación en silencio y Nour inclinada sobre él, con el entrecejo fruncido por la concentración.

El aroma a cardamomo flotaba en el ambiente, mezclado con el olor fresco y femenino de su esposa. Nour desabrochó el último botón con las manos temblorosas y apartó la camisa para dejar al descubierto aquel pecho desnudo. El ambiente se iba caldeando y haciéndose más intenso y, por algún motivo, Sam comenzó a sentirse incómodo. Se dio cuenta de que la respiración de ella también era agitada, pero su mirada reflejaba las dudas de una mujer que se entregaba por primera vez a un hombre.

De repente, la situación lo superó. El sentido común hasta ese instante había sido vencido por sus necesidades masculinas pero se dio cuenta a tiempo de que Nour tenía miedo, de que aún no estaba preparada. Dedicó una humilde sonrisa a su mujer y la tomó de las manos besándolas con ternura.

—Ven —le indicó en tono sosegado—. Esta noche solo quiero tenerte a mi lado.

Nour se quedó atónita preguntándose qué había hecho mal.

—No hay prisa —le aclaró—, tenemos todo el tiempo del mundo para esto. Ahora solo te necesito junto a mí. Quiero sentirte cerca.

Sam se tendió en la cama e invitó a Nour a tumbarse a su lado. Ella sintió el rubor arder en sus mejillas. «¿Y si no resulto ser lo suficientemente hermosa para él?», pensó para sus adentros.

—¿Acaso hay algo que no te...? —preguntó avergonzada.

—¡Oh, no, no, no! —Sam reconoció enseguida la vacilación en aquellas palabras—. Por Dios, no.

Volvió a incorporarse y se aproximó a ella con cautela. La tomó de la barbilla y

elevó su rostro obligándola a mirarlo.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido. Ningún hombre podría resistirse a la belleza fascinante de tu ser, pero... —Él buscó las palabras adecuadas—. No quiero que pienses que debes hacer esto solo para complacerme. Sé que la decisión de casarnos ha sido muy precipitada, y no me gustaría que creyeras que solo lo hago para sacaros del país.

Ella escuchaba atenta a su marido.

—Nour, he tomado esta decisión porque..., porque te quiero. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Sam tragó saliva para continuar, consciente de que jamás le había hablado así a nadie—. Estoy perdidamente enamorado de ti desde el momento en que te vi. No te voy a engañar, deseé poseerte en aquel preciso instante. Pero todos estos meses juntos me han hecho darme cuenta de que no solo te deseo. Es más, te necesito. Te necesito a mi lado. Creo..., creo que no soy capaz de vivir sin ti. Me das fuerza, coraje y me siento invencible cuando estoy a tu lado. Quiero luchar por ti y por los niños. Permíteme que os cuide. Permíteme que os ame. Porque lo necesito. Porque te necesito, mi pequeña sultana.

Nour sonrió al escuchar estas últimas palabras. Aunque sospechaba que los sentimientos de su marido eran verdaderos, no pudo esconder su alegría al oírlos directamente de su boca. Aunque no había querido reconocerlo, una parte de su corazón le había hecho pensar que tal vez Sam, que era un hombre bondadoso, se había casado con ella para apaciguar su conciencia.

Sin embargo, después de aquella noche, le quedó bien claro que no era así. Él la amaba, la amaba de verdad. El sentimiento era puro y, más aún, se trataba de un sentimiento mutuo. Ella también lo amaba con todo su corazón. Desde el primer día que Sam se acercó al puesto de especias, Nour se había fijado en la asombrosa masculinidad que irradiaba. La siguiente vez que lo vio, sus sentimientos se desataron. Verlo atender a Tarifa con semejante delicadeza, preocuparse por los pequeños como si fueran sus propios hermanos y, sobre todo, tratarla a ella con suma disposición hizo que Nour no pudiera reprimir una sensación de debilidad por él.

Los recién casados pasaron la noche abrazados, tumbados en la cama y disfrutando de su mutua compañía. Regalándose besos de ternura y haciendo planes de futuro. Se estudiaban con curiosidad cada vez que se hacía el silencio entre ambos, recorrían con la mirada el rostro del otro, como si trataran de grabar la imagen en sus mentes. A Sam le impresionó el hecho de que a ella no le incomodara el silencio, de que no intentara llenarlo como hacía la mayoría de las mujeres que había conocido. Se sentía cómodo, como en casa.

—No imaginas la ilusión que me hace llevaros a Australia —murmuró con la mirada perdida en el techo soñando con aquel momento.

Nour alargó la mano despacio, como si él fuera un animal salvaje que fuera a echar a correr si se asustaba, y le toqueteó el mentón con suavidad.

—Ahora somos realmente marido y mujer —respondió ella aún sin poder creerlo.

—Sí. No quiero ni pensar en la cara que pondrán mis padres cuando se enteren —dijo Sam, bajando un poco la cabeza encantado con sus caricias—. Se llevarán una gran sorpresa, sin duda.

Ella sonrió.

—¿Crees que les gustaré?

—Por supuesto que sí —dijo Sam dirigiéndole una mirada despreocupada—. ¿Cómo no vas a gustarles? Eres el ser más maravilloso que hay sobre la faz de la tierra.

Ella lo observó con una esperanza renovada que lo hizo sentir dichoso. Jamás se cansaría de admirar aquellos ojos verdosos por donde pasaba un rayo de sol para iluminar su mirada.

—Estoy impaciente por llegar allí. ¿Crees que mis hermanos podrán continuar con sus estudios?

Sam no salía de su asombro cada vez que ella hablaba. Su bondad era infinita, y de lo único que estaba seguro era de que pondría todo su empeño por hacerla feliz. A ella y a sus hermanos. Aquellos niños se merecían lo mejor después de lo que habían pasado y, por suerte, la economía de su familia estaba en disposición de llevar a los pequeños a los mejores colegios del país.

—Por supuesto, Omar y Nabil tendrán la mejor educación —le respondió.

—Es lo único que me preocupa —murmuró Nour—. Deseo que ellos tengan la oportunidad que yo no tuve. Habría sido un orgullo para mis padres saber que sus hijos han podido estudiar en la universidad. Los pobres trabajaron duro para ello, para que nosotros pudiésemos tener una buena educación, pero...

—No debes preocuparte por eso. En Sídney podrás continuar con tus estudios si así lo deseas, y por supuesto que tus hermanos también lo harán. Yo seguiré luchando por ayudar a tu pueblo. Dedicaré mi vida entera si es necesario para conseguir alimentos, medicinas y refugio para los más necesitados. Estoy seguro de que podremos conseguir subvenciones y colaboraciones a través de eventos solidarios. —Hizo una breve pausa cuando sus labios esbozaron una amplia sonrisa—. Te aseguro que mi madre es una experta en organizar reuniones.

Ella no cabía en sí de felicidad. Había perdido toda esperanza de cursar una carrera, ya que había empleado todo su esfuerzo en cuidar de sus hermanos. Se había dicho siempre a sí misma que si ella no podía hacerlo, al menos intentaría que los niños tuvieran un futuro esperanzador. Ahora que su amado esposo le ofrecía una vida mucho más segura, repleta de comodidades, ella solo podía pensar en servirse de aquel milagro para acabar sus estudios y ser una mujer de provecho, para algún día devolverle el favor a su salvador. Quería que Sam se sintiera orgulloso de ella, a pesar de que él ya la admiraba tal y como era. Sin embargo, tenía la necesidad imperiosa de ser alguien en la vida y ayudar a los demás, como había hecho su marido. Todo ello serviría para apoyar a Sam en su lucha contra la injusticia de aquella guerra y socorrer a los más débiles.

Y así fue como, en su noche de bodas, los dos tortolitos comenzaron su particular luna de miel. Abrazados, haciendo planes de futuro y soñando con un porvenir que les mantuviera juntos para siempre. Ninguno de los dos durmió aquella madrugada, pues sus corazones inundados de esperanzas e ilusiones eran más fuertes que el sueño.

Capítulo 17

Omar y Nabil tenían toda la intención de apresurarse. Se cepillaron los dientes al unísono casi con violencia, en un intento de ser minuciosos y rápidos a la hora de eliminar todos los restos del desayuno. Cerraron el grifo y se secaron la boca con la toalla a toda prisa. Nour también corría de un lado para otro recogiendo las pertenencias de Tarifa; repasó los cajones una y otra vez asegurándose de que no se dejaba nada.

Los niños bajaron escopetados las escaleras y a punto estuvieron de arrollar a Tarifa, que descendía los escalones de uno en uno ayudada por el sólido brazo de Sam. El coche que habían alquilado para la ocasión los esperaba en la puerta de casa.

Dos días después de la boda, los cinco miembros de la nueva familia se disponían a viajar hasta el Líbano para llevar a Tarifa junto a su hija, Soumiya. La joven había sido madre de una niña hacía algunas semanas y seguía sin poder viajar a Damasco por recomendación de su marido y por la situación conflictiva de la ciudad. Tarifa tampoco podía viajar con Sam y Nour a Australia, puesto que oficialmente no era miembro de la familia, y, en cualquier caso, estaba deseosa de regresar junto a su hija. La pareja planificó el viaje a Beirut de tal manera que Soumiya no tuviera que viajar hasta Damasco con la recién nacida, entendían que el miedo de su marido por los bombardeos era racional, de modo que decidieron llevarla ellos mismos. Prepararon las maletas con las pertenencias de la anciana y se dispusieron a pasar un par de días en el país vecino aprovechando el desplazamiento. El doctor Karam se acercó a despedirles a la puerta de su casa.

—No se os ocurra marcharos a Australia sin antes volver por aquí y despediros como Dios manda.

—Descuida. Aún nos quedan un par de papeles por arreglar. Solo serán dos días para dejar a Tarifa con su hija, y después regresaremos a preparar el viaje.

—Cuidado en Beirut, rubio. Las libanesas son como serpientes que pueden hechizarte con una sola mirada —bromeó.

Nour se cruzó de brazos al escuchar el comentario de Hussein.

—No se preocupe, doctor. Me encargaré personalmente de esas serpientes —

añadió en tono mordaz.

En aproximadamente una hora ya lo tenían todo preparado y listo para partir. Sam transportó el equipaje y las bolsas de viaje, y después se despidió de su compañero.

Esbozó una leve sonrisa al ver que su mujer observaba nerviosa el asiento del copiloto desde fuera.

—Pareces una dama a punto de subirse a su carruaje —murmuró.

Nour esbozó una cautelosa sonrisa y echó un último vistazo a su alrededor antes de subir al vehículo. Sam le abrió la puerta como si de una princesa se tratara. Una vez sentado a su lado y habiendo comprobado que los niños y Tarifa estaban cómodos en la parte trasera, añadió:

—Me gusta que viajemos juntos. A partir de ahora será así siempre. Visitaremos lugares maravillosos como una familia.

Impulsivamente, Nour medio se levantó del asiento para besarle la mejilla y los niños soltaron unas risitas al ver la tierna escena. Cuando Sam hubo arrancado el coche, la recién casada se recostó feliz en el asiento mientras la deliciosa sensación del aire acondicionado le ascendía por el rostro.

—Sam...

—¿Sí, cielo?

—Nunca hemos estado en Beirut, ¿crees que será bonito?

—Seguro que lo es. Solo con que sea la mitad de bonito que Damasco, habrá merecido la pena visitarlo.

Ella suspiró ilusionada.

—Eso espero. Aunque solo sea por llevar a Tarifa junto a Soumiya... —comentó con una sonrisa amarga—. Lleva demasiado tiempo sin verla, y sé que la echa mucho de menos. Desde que le comenté que iríamos a Beirut, no ha dejado de darme las gracias. Creo que pensaba que no volvería a verla..., ya sabes, entre su enfermedad y el conflicto..., nunca fue capaz de pedirle que regresara a Damasco. Sabía que Soumiya estaba mejor viviendo en el Líbano, sobre todo en su estado.

—Es comprensible. En mi opinión, Tarifa ha optado por la alternativa más lógica para no exponer la vida de su hija. —Sam deslizó la vista por el retrovisor y observó cómo la anciana intentaba deducir el tema de la conversación.

Nour hizo de traductora para que no se sintiera perdida. Después afirmó con la cabeza y le devolvió la mirada a Sam por el espejo agradeciéndole sus intenciones de llevarla junto a su niña.

—Será maravilloso cuando conozca a su nieta. No puedo esperar a ver su cara cuando llegue el momento —añadió Nour.

—Dime una cosa, ¿cómo llegaron a conocerse Soumiya y su marido? Dijiste que él era libanés, ¿no? —preguntó Sam con curiosidad.

—Fue precisamente en el mercado —le contó—. Él se llama Rachid y es comerciante en Beirut, tiene una tienda de moda en una de las calles más transitadas y de vez en cuando venía a Damasco para comprar algunas telas. Supongo que aquí le

resultaba más económico teniendo en cuenta la calidad de las sedas.

Sam escuchaba con atención mientras conducía. Después de varios meses en la capital se había acostumbrado al temerario estilo de conducir de los sirios y ya no le tenía tanto pavor como al principio.

—En una de sus visitas al mercado coincidió con Soumiya —continuó—. Habíamos salido con permiso de nuestros padres a comprar un regalo para Tarifa. Yo me entretuve frente a un escaparate de objetos artesanales mientras ella regateaba el precio de un retal de seda con un vendedor; la conversación se caldeaba por momentos. Soumiya se empeñaba en que el precio de la tela era demasiado alto y se enzarzó en una discusión con el tendero dado que este se mostraba implacablemente firme. Rachid observaba la escena, divertido. Sabía de sobra que el valor de la seda no era el que el vendedor se empeñaba en cobrarle a la señorita, y esta se mostraba cada vez más enfurecida al pensar que el hombre pretendía aprovecharse de ella por ser una mujer joven. Soumiya se quejaba en estos casos de que ser mujer era lo más duro del mundo, pues debíamos pensar como los hombres, comportarnos como señoritas, mantenernos siempre jóvenes y trabajar como mulas. No iba mal encaminada.

»Entonces Rachid decidió intervenir y le pidió al hombre la misma tela. En su caso, los metros solicitados triplicaban los encargados por ella. Ni corto ni perezoso, el tendero se los ofreció al recién llegado a casi la mitad del precio que le había pedido a Soumiya. Por supuesto, ella, al ver la injusticia con la que la habían tratado, empezó a soltar improperios hacia los dos hombres y, cuando estuvo a punto de marcharse, Rachid la agarró del brazo y le extendió el paquete envuelto con la seda. Se dio cuenta de que debajo de ese rostro dulce se escondía un carácter inesperadamente testarudo, y que la muchacha no daría su brazo a torcer hasta lograr un precio justo.

»Soumiya se quedó boquiabierta cuando aquel hombre de aspecto bonachón le ofreció la tela. Al principio creyó que le estaba tomando el pelo, pero después Rachid le pidió disculpas por el atrevimiento y de forma educada consiguió que Soumiya aceptara el presente. Pasó al instante del enfado al desconcierto. Él le dijo que la unión entre dos personas hacía más fuerte cualquier empeño, y así fue como, al poco tiempo, Rachid fue a casa de Tarifa para pedirle la mano de su hija.

—De modo que... tenemos otro caso de amor a primera vista —añadió Sam guiñando un ojo y mostrando una sonrisa burlona.

—Eso parece —masculló Nour sonrojada.

Hicieron el viaje parando para descansar cada media hora. Tarifa estaba pálida y poco comunicativa, con las reservas de energía agotadas. Necesitaba descansar cada cierto tiempo.

Hasta que no cruzaron la frontera del Líbano, Sam no se sintió tranquilo. Ver aquel despliegue de hombres armados, amenazadores y de gesto serio, le imponía a pesar de estar acostumbrado a la disciplina del ejército. La mirada de aquellos

hombres no hacía presagiar nada bueno, era como si no confiaran ni en el ángel que los protegía. Sam supuso que aquella desconfianza se debía a la cantidad de atentados y coches bomba que se habían llevado por delante la vida de tantos civiles. Las fronteras con los países de alrededor eran un blanco fácil para los opositores dado que de un plumazo podían acabar con la vida de decenas de militares.

La incomodidad de Sam se hizo especialmente patente cuando Nour conversó con los militares de la frontera. El desconocimiento del idioma le imposibilitaba llevar el control de la situación, y eso le reconcomía por dentro. Tras unas cuantas preguntas y un exhaustivo chequeo de los pasaportes, los hombres dejaron pasar al coche con sus cinco miembros.

Poco después se detuvieron en una gasolinera para descansar. Mientras los niños correteaban por los alrededores, Sam fue a por unas botellas de agua para hacer más soportable el viaje. Hacía un calor sofocante, un bochorno asfixiante, nada que ver con el aire acondicionado del interior del coche.

—Llegaremos a nuestro destino en aproximadamente una hora —dijo Sam comprobando su itinerario en un mapa—. Una vez allí, buscaremos el hotel donde nos hospedaremos y por la tarde llevaremos a Tarifa junto a su hija.

—¿Dormiremos en un hotel? —preguntó Nabil, que escuchaba la conversación.

—Así es, pequeño. He reservado una habitación cuádruple en el hotel Four Seasons. Lo encontré por internet y tiene muy buena pinta —le explicó con el mismo entusiasmo que un niño en su primer viaje—. Tienen una piscina en la terraza —le susurró al oído, y después le guiñó un ojo.

No hizo falta esperar una respuesta de júbilo. Nabil salió disparado hacia el coche, dando pequeños saltos de alegría y palmadas, para comunicarle la buena nueva a su hermano, que ya estaba dentro. Nour se quedó mirando, casi con la boca abierta, a su marido.

—¿Qué? —preguntó este encogiéndose de hombros al ver que ella no parpadeaba.

—¿Has dicho piscina? —repitió.

Sam frunció los labios y afirmó con la cabeza, cauteloso, temiendo haberse equivocado con la elección. Había olvidado que muchas musulmanas no se bañaban en lugares públicos para no mostrar su cuerpo en bañador.

—¡Es maravilloso! —gritó Nour lanzándose a los brazos de su amado—. ¡Nunca antes habíamos estado en una piscina!

Sam respiró tranquilo y satisfecho por haber acertado.

—Los niños van a pasarlo en grande..., quizá incluso aprendan a nadar por fin.

—¿No saben nadar? —preguntó incrédulo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y tú?

Nour desvió la vista avergonzada.

—¿No sabes nadar? —volvió a preguntar Sam.

—Bueno..., no. Yo no... —Su esposa parecía incómoda—. Supongo que mis padres nunca pudieron permitirse el lujo de llevarnos a una piscina. Aunque recuerdo que hace años, cuando mis hermanos aún no habían nacido, pasamos un fin de semana en Alepo. Fueron tres días excepcionales, pero solo llegué a meter los pies en el agua; no estaba acostumbrada.

Sam sonrió divertido.

—¡Oh, vamos! No te rías —le riñó su mujer burlona.

Sam la agarró por la cintura y la arrimó a su cuerpo para darle un beso. Esos actos impulsivos de su marido eran lo que a Nour más le gustaba de él. A Sam no le importaba quién estuviera delante, las manifestaciones de cariño hacia su mujer le salían de forma natural, siempre bajo las normas de recato y moralidad del país.

—Será lo primero que hagamos cuando llegemos a Sídney —añadió—. Yo mismo os enseñaré a nadar. Las playas de mi ciudad son espectaculares, estoy seguro de que os encantarán.

Era imposible no soñar despiertos. La pareja tenía tantos planes de futuro que una vida entera no les bastaría para cumplirlos. Regresaron al coche cogidos de la mano y continuaron su camino a Beirut. A eso de las dos de la tarde llegaron a la avenida Wafic Sinno, donde se situaba el hotel. Los niños observaron embelesados, tras el cristal del coche, el magnífico edificio donde se hospedarían esa noche. Se frotaron las manos imaginando la enorme piscina que les esperaba en la azotea de la gigantesca construcción. Estaban impacientes por darse un buen chapuzón en aquella agua fresca y limpia, y chapotear en su superficie.

Un botones les ayudó a subir las dos únicas bolsas de viaje que portaban. Los niños seguían sumidos en su abstracción, procurando grabar mentalmente cada uno de los ornamentos que adornaban el vestíbulo y las paredes del hotel. Sam observaba a Nour, que, en un intento de mostrarse sosegada, no podía esconder su entusiasmo bajo aquella mirada llena de brillo y fascinación.

Cuando el botones abrió la puerta de la *suite*, se escuchó un «ohhhhh» proveniente de los pequeños. Sam y Nour se miraron divertidos ante la espontaneidad de los niños. Tras pedir permiso a su hermana, ambos corrieron hasta el dormitorio principal y se lanzaron sobre la enorme cama de un salto. Entonces el botones se marchó con su correspondiente propina y dejó a la pareja y a Tarifa disfrutar de la deslumbradora *suite*.

Nour no esperaba que la habitación tuviera un salón tan amplio y suntuoso como aquel. Parecían los aposentos de un castillo, con sus sillones de madera labrada, fastuosos cortinajes, pantalla de televisión de última generación... Nada de lo que había visto antes en las películas se parecía a aquel lugar. Para colmo, el paisaje que se divisaba desde los ventanales no dejaba indiferente ni al mismo Sam, que, pese a estar acostumbrado a frecuentar edificios memorables, no pudo reprimir su asombro ante el panorama del mar Mediterráneo que se extendía frente a ellos.

Entraron en el dormitorio principal siguiendo los gritos de júbilo de los niños.

Una cama de estilo victoriano con dosel ocupaba la parte central de la estancia. A Nour se le abrieron los ojos como platos ante tal magnificencia. Enseguida pidió a los niños que dejaran de dar saltos sobre aquella pieza de museo, temió que dañaran la estructura de madera que coronaba el colchón de dos por dos metros. Se acercó a la cama y, con sumo cuidado, acarició la suave colcha de seda que la cubría. Aquella sensación era como zambullirse en una superficie de talco para sus trabajadas manos. Sam se aproximó por detrás y depositó un cálido beso en su cabello.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es maravilloso —contestó con un nudo en la garganta—. No tenías que haberte tomado tantas molestias. Este lugar debe costar una fortuna...

—Pagaría con mi vida si fuera necesario solo por verte sonreír —repuso acariciándole la mejilla.

Nour sintió que sus mejillas enrojecían por momentos.

—Será nuestra particular luna de miel —añadió.

—¿Con mis hermanos? —bromeó ella.

—Tus hermanos son de igual modo mi familia. A partir de ahora quiero que disfruten de la vida junto a nosotros.

Nour abrazó a su marido y después acercó sus labios a los suyos para regalarle un beso. Los niños rieron de nuevo al ver la romántica escena.

—Llevaré a los pequeños a la piscina mientras Tarifa y tú localizáis a Soumiya —le propuso Sam—. Puedes decirle que vengan aquí, a ellos les será más fácil encontrarnos en el hotel.

—De acuerdo.

Dos horas, quince chapuzones, cuatro ahogadillas y treinta saltos de trampolín más tarde, los niños y Sam regresaban de la piscina entre risas y jolgorios. Los pequeños lo habían pasado como nunca. Aparte de la impresionante panorámica que había desde la azotea donde se ubicaba la piscina, los hermanos disfrutaron como leones tirándose desde el pequeño trampolín. Sam siempre estaba cerca para agarrarlos en cuanto tocaban el agua, aunque al poco tiempo de chapotear en el nuevo medio, los chavales eran capaces de mantenerse con la cabeza a flote mientras nadaban como cachorrillos.

Nour y Tarifa esperaban impacientes en el salón de la *suite*. Nour había hablado con Soumiya, y esta se dirigía junto a su marido y su hijita al hotel para encontrarse por fin con su anhelada madre. Tarifa se mostraba nerviosa, tenía la mirada perdida y se secaba el sudor de la frente cada dos minutos. Nour trataba de calmarla para que no le subiera la tensión y su debilitado corazón no se agitara más de la cuenta. Mientras tanto, Sam llevó a los niños a su dormitorio para ponerles ropa seca.

Y a eso de las seis de la tarde el teléfono sonó en la *suite*. Una notificación de recepción les informó de que había una pareja esperándoles en el *hall* del hotel. Con sumo cuidado, Nour y Sam ayudaron a Tarifa a caminar hacia el ascensor. Aunque podía caminar sola, temieron que la emoción y los nervios le jugaran una mala

pasada, así que optaron por agarrarla del brazo para asegurarse de que no perdiera el equilibrio.

Cuando llegaron abajo y el ascensor abrió sus puertas, Tarifa contuvo el aliento al distinguir a su niña aguardando junto a la recepción. Trató de deshacerse de los brazos que la sujetaban en el interior del pequeño habitáculo y Sam la contuvo para que no se precipitara, pero cuando vio que Soumiya corría hacia ellos con los brazos abiertos, no tuvo más remedio que soltarla y permitirle lanzarse a los brazos de su hija.

Contemplar a las dos mujeres fundidas en un abrazo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos provocó un nudo en la garganta de Sam. Tragó saliva para no dejarse afectar por la enternecedora escena e, inconscientemente, atrajo a Nour y a los chiquillos hacia él para sentirlos cerca. Como si temiera separarse de ellos tanto tiempo como lo había hecho Tarifa de su hija.

Después de todo lo que había pasado en Damasco, no entendía por qué aún se emocionaba con imágenes como aquella. No acababa de acostumbrarse a los momentos de felicidad infinita; momentos que él nunca había experimentado hasta su viaje al país árabe. Su sensibilidad había crecido, sus emociones eran mucho más intensas y su modo de ver el mundo había cambiado por completo. Había dejado de ser un niño rico para convertirse en el hombre que era. Un hombre compasivo, tenaz, firme y, sobre todo, un hombre preparado para afrontar cualquier situación con entereza.

Rachid, el marido de Soumiya, se acercó a ellas con cautela para no interrumpir su júbilo, pero cuando Tarifa vio al bebé que portaba en sus brazos, soltó a su hija para aferrarse a la pequeña. La anciana cubrió de besos a la niña mientras su hija seguía unida a ella sin querer soltarla. Las tres se envolvieron en un abrazo hasta que Tarifa atrajo también a Rachid y lo obligó a participar en el multitudinario apretón.

Cuando los cuatro se hubieron calmado, Nour se aproximó para saludar e hizo las oportunas presentaciones. Soumiya no dejaba de agradecer a Sam su generosidad por haberle devuelto a su madre y haberla cuidado durante el tiempo que ella no había podido hacerlo. En sus ojos podía leerse la aflicción que sentía por no haber hecho por su madre todo lo que le hubiera gustado, pero viendo la nueva vida que Soumiya llevaba entre sus brazos, a Sam no le extrañó que la pareja fuera cautelosa y no quisiera poner en peligro la vida de su niña viajando hasta Damasco para ocuparse personalmente del traslado.

—La habríamos traído antes, pero su estado de salud era demasiado débil —les contó Sam—. Ha sido un viaje duro para ella, pero lo ha superado con entereza.

Nour traducía las palabras a fin de que Soumiya lo entendiera. Esta tomó la mano del médico para besarla y agradecerle su desinterés.

—¡Oh, no, no! No es necesario —dijo Sam apartando la mano para que Soumiya dejara de besarla.

Él no se consideraba tan importante como para que una mujer tuviera que besarle

la mano, pero, según las costumbres árabes, era común hacerlo.

—Por favor, sería para nosotros un placer que os quedaseis a cenar —les propuso Sam—. Tengo entendido que esta noche habrá una orquesta en el restaurante del hotel y sería una pena perderselo. Además, mañana regresamos a Damasco y estoy seguro de que a Nour y a los niños les gustaría despedirse de su madre de leche.

Nour miró a su marido, orgullosa, y agarró su mano en señal de agradecimiento por el detalle.

Capítulo 18

La siguiente hora fue un ir y venir imparable. Soumiya regresó a casa para dejar a la niña a cargo de su cuñada mientras ellos disfrutaban de la velada a la que habían sido invitados. Sam y los niños se marcharon a la tienda de caballeros más próxima para comprarse ropa apropiada para la ocasión, y Nour, por su parte, hizo lo mismo pero en una de señoras. Su marido le dijo que gastara el dinero que quisiese, solo le puso una condición: que comprara el vestido más bello, uno que eclipsara al resto de los asistentes a la fiesta.

Nour se sonrojaba al recordar las palabras de su esposo. Cada vez que entraba en el probador con una prenda distinta, dudaba si sería adecuada para la ocasión. No quería ir demasiado cubierta ni tampoco demasiado atrevida. No le gustaban los vestidos excesivamente elegantes ni los informales veraniegos. Estaba a punto de rendirse cuando, al final, encontró lo que quería, un traje típico de la zona. Le hacía especial ilusión sorprender a su marido y ¿qué mejor opción que un vestido tradicional?

Nunca antes había llevado nada parecido, pero le pareció perfecto para el momento, pues en la fiesta habría música y seguro que encontraría la oportunidad perfecta para lucirse y de paso demostrarle a Sam sus dotes como bailarina.

Se trataba de un vestido largo de seda, llamado *galabeya*, de color turquesa, que acentuaba el tono de sus ojos sobre la piel morena. Estaba dividido en dos piezas, un corpiño que realzaba sus pechos y una falda con vuelo que dejaba entrever su fina cintura. Atado a la cadera llevaba un pañuelo dorado con lentejuelas que se movía con gracia cada vez que Nour agitaba la cintura. Pagó la prenda junto con unas finas babuchas doradas y se dirigió a la peluquería del hotel para que hicieran algo con su melena desaliñada.

A las nueve y media de la noche, Sam y los niños esperaban en el restaurante del hotel. Las vistas nocturnas que ofrecía Beirut eran impresionantes; un nido de pequeñas luciérnagas brillaba con intensidad a lo largo de la costa mediterránea, y la luna reflejada sobre el mar daba a la escena ese toque romántico de *Las mil y una noches*.

Los siguientes en aparecer fueron Tarifa y su familia, igualmente ataviados con elegantes trajes de noche. Ellas llevaban vestidos largos hasta los tobillos, uno color bronce y el otro negro; y él un traje de chaqueta parecido al de Sam, en color azul marino. Los niños estaban más que satisfechos con su refinada indumentaria, incluso hacían monerías entre ellos para ver quién imitaba mejor a los distinguidos señores allí presentes.

Tomaron asiento junto al mirador, donde la suave brisa de la noche acariciaba sus rostros. Aunque para Sam era todo un desafío comunicarse con sus invitados porque hablaban un inglés muy limitado, los niños ejercieron de traductores para que la conversación fluyera mientras llegaba Nour. Tarifa estaba demasiado emocionada como para sentirse débil aquella noche, y la sonrisa no abandonó su rostro en toda la velada.

La decoración del restaurante transmitía un ambiente relajado, ampulosas telas cubrían las sillas, había relucientes centros de mesa y enormes ramos de flores en cada rincón, todo ello armonizado bajo la luz de las velas.

Una banda amenizaba la velada con una música suave de fondo, y varias camareras comenzaron a circular con bandejas que contenían aperitivos. De pronto, y como si se hubieran puesto de acuerdo, la música dejó de sonar en el momento en que Nour entró al restaurante. Todo el mundo debió de darse cuenta, porque decenas de ojos se posaron sobre ella.

Nour se acercó titubeante a la mesa donde se hallaba su familia, con el rubor reflejado en sus ojos claros. Era evidente que todos estaban fascinados por su aparición, pero Sam se había quedado sin habla. Tanto que ella se preguntó si había elegido el vestido equivocado, si llevar la cintura al descubierto no era demasiado atrevido. Pero en cuanto Sam articuló con los labios un «guau», supo que había acertado.

Nour irradiaba un brillo especial, como si llevara el sol en sus ojos y lo iluminara todo con su luz. Algo en su interior le decía que no volvería a vivir una noche mágica como aquella, y su único anhelo era disfrutar el momento junto a las personas que más quería. Si ella se veía hermosa con ese atrevido vestido, por qué no presumir de ello.

Pensaba que Tarifa se escandalizaría ante semejante atrevimiento, pero esta ya había pasado por demasiadas penurias y no le quedaba vida suficiente para volver a empezar de nuevo. Así que dedicó una leve sonrisa a Nour en señal de aprobación. Tarifa se dio cuenta de que mentiría si no admitía que su hija de leche estaba deslumbrante bajo el brillo de la suave seda y, en resumidas cuentas, era a su marido a quien debía gustar. Por el rostro fascinado que este tenía, Tarifa no pensó que le molestara precisamente. Todo lo contrario, Sam estaba maravillado con la elegancia y feminidad con la que su esposa exhibía su estilizada y delicada figura. Enseguida se puso en pie y ofreció una silla a su mujer frente a él. No quería perderse esos dos luceros brillantes con los que ella lo miraba sonrojada.

—Estás increíble —le dijo cuando ambos se sentaron.

Nour iba a responder a su marido cuando Soumiya interrumpió el momento romántico soltando una retahíla de piropos en árabe. Nour se sonrojó al darse cuenta de que las mesas de alrededor escuchaban los halagos entusiasmados de su amiga. Por suerte, Rachid la detuvo a tiempo, antes de que continuara llamando la atención del resto de los comensales.

—*Shukran*, Soumiya —fue lo único que atinó a decir Nour, aún ruborizada.

Sam no podía dejar de mirarla. Le pareció divertido el hecho de que su mujer escondiera la mirada en el plato que tenía delante. Su sofoco era más que evidente, era esa clase de sofoco inocente y seductor a la vez. Su candidez le despertaba una sensación de apetito incontrolable por esa piel suave y tersa que mostraban sus hombros desnudos. ¡Cómo deseaba acariciarlos en aquel preciso instante! Sam suspiró. Tendría que renunciar a un poco de intimidad durante unas horas, todo por ver aquella carita de felicidad, ¿cómo podía decir que no a una última cena con su familia?

Jamás imaginó que una mujer pudiera eclipsar al resto del mundo con su belleza. Y lo mejor de todo era que Nour no solo era hermosa por fuera, sino también por dentro. Sam se habría perdido en el mar esmeralda de sus ojos si no fuera porque un camarero se aproximó para tomar el pedido.

—Bueno, ¿qué te parece el sitio? —le preguntó a su mujer cuando el camarero hubo anotado los menús.

—Es maravilloso, Sam, no sé qué decir... —Sus ojos escrutaban la estancia—. Gracias por todo.

—No tienes que darme las gracias —dijo tomándola de la mano—. Es un placer para mí complaceros.

—Debo admitir que me siento un poco abrumada, no sé..., tanto lujo me hace sentir culpable..., no sé si me explico, con todo lo que está pasando en mi país...

Sam sabía perfectamente a qué se refería.

—Nour, estos meses me han servido para aprender a ser menos materialista. Te aseguro que a mí también me pesa desperdiciar el dinero en nimiedades, y si algo tengo claro es que hay cosas mucho más importantes que un buen coche o una casa grande. —Hizo una breve pausa para guiñarle un ojo—. Pero esta es una ocasión especial. Tarifa se ha reencontrado con su hija, ha conocido a su nieta. Nosotros viajaremos en un par de días a Sídney y creo que es una buena oportunidad para despedirnos de este maravilloso país que nos ha unido. Y por otro lado..., bueno, tómalo como una pequeña luna de miel, que creo que nos la merecemos.

Ella sonrió convencida del razonamiento de su marido.

—Si no albergamos cierta esperanza en nuestro corazón, la vida no tendrá sentido —concluyó Nour.

En el fondo, un poco de distracción no les venía mal, sobre todo a sus hermanos, que tras la bomba que dejó a Nabil herido no habían disfrutado de una ocasión

merecida. Algo en su interior le dijo que aquella sería una noche muy especial.

La cena fue tan maravillosa como Sam había previsto. Ver la expresión de su mujer impresionada ante la belleza de lo que tenía delante valía su peso en oro. Los elementos decorativos de las mesas, las copas de fino cristal, los platos pintados a mano y hasta la comida. El lugar le imponía.

Nour disfrutó al ver que todo el mundo iba bien vestido, hasta sus hermanos llevaban trajes de una calidad exquisita. Y Sam... nunca lo había visto con un traje de chaqueta y corbata. Estaba tan elegante...

Su corazón latía a mil por hora. Aquel hombre la hacía vibrar con tan solo una sonrisa. Sam tenía una complexión perfecta, hombros anchos, cintura estrecha... Le parecía tan masculino aquella noche y tan guapo que Nour empezó a notar cierto cosquilleo en su interior. Sintió la necesidad imperiosa de estar rodeada por aquellos brazos fuertes y sentir el calor de su marido envolviendo su cuerpo, piel con piel.

Una vez acabada la cena, la orquesta amenizó la noche con algo típico del país. Al momento se formaron parejas de baile que disfrutaban de aquella música pegadiza. Nour albergaba la esperanza de que Sam la sacara a bailar, pero entendía que él no estaba acostumbrado a moverse con aquel ritmo árabe. Haciendo un esfuerzo por mantener la compostura, se alisó la falda y soltó un suave carraspeo que su marido descifró de inmediato.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó.

Ella soltó una risita y pestañeó varias veces como si la respuesta fuera la más obvia del mundo. Nour cogió la mano de su marido, casi sin pensarlo, y ambos se dirigieron a la pista bajo la atenta mirada de sus acompañantes.

La pieza musical era de lo más animada, en consonancia con sus estados de ánimo. Ella se movía como pez en el agua, y a él le costaba seguir los pasos de aquella música. Se fijó en los hombres que tenía alrededor para copiar el ritmo que debía seguir, pero a los pocos segundos dejó de hacerlo para contemplar los movimientos ondulantes de su mujer. Meneó la cabeza, admirado por su destreza.

Tarifa y los suyos reían al ver a la pareja divertirse, hacía tanto tiempo que la música no les alegraba la existencia... Y los niños danzaban también junto a los mayores, irradiando felicidad por los cuatro costados. Aquella era una noche única para ellos, no recordaban haberlo pasado tan bien en su corta vida.

Tras un par de canciones, Sam quedó sin aliento. La música cambió entonces a un ritmo diferente. Ahora solo se escuchaba el sonido de un único instrumento: la *darbuka*. Los hombres se fueron retirando de la pista para dejar a las mujeres bailar, y Sam hizo lo mismo cuando Nour le indicó que se sentara en una silla y observara desde la primera fila. Soumiya le lanzó el pañuelo con lentejuelas y ella se lo anudó a la cadera, y a continuación se descalzó.

Poco a poco las mujeres comenzaron a danzar a un ritmo lento. El sonido de aquella *darbuka* parecía salir de sus propios cuerpos, como si los movimientos de sus cinturas marcaran el ritmo. Sam contemplaba atónito a su esposa, y estaba seguro de

que el resto de los espectadores también lo hacía. Ninguna de las mujeres allí presentes se movía como ella, con aquella sensualidad exquisita que transmitía con la oscilación de las interminables curvas que se escondían bajo su vestido de seda.

Otras dos *darbukas* se unieron a la melodía y el ritmo de los tambores fue acelerándose. Nour agitaba su vientre al compás de la música, haciendo que las lentejuelas del pañuelo vibraran para así realzar el flujo de su cadera. Alternaba movimientos rápidos y lentos, enfatizando asimismo unos brazos serpenteantes. Sam se sentía cada vez más hechizado por la ondulación de su vientre, como si de un embrujo se tratara.

Era incapaz de ver más allá, todo a su alrededor había desaparecido repentinamente. Ya no había camareros ni mesas ni otras mujeres bailando frente a él. Sentía que solo estaban ellos dos y aquella música que acariciaba sus sentidos. No le cabía en el pecho tanta admiración por la feminidad de su mujer. Ningún hombre sería capaz de resistirse al encantamiento de su mirada felina. Sin embargo, y a pesar de la sensualidad que despedía cada una de sus curvas, Nour irradiaba esa dulzura que caracterizaba su sonrisa. Contemplar su danza era como visualizar a un ángel elevarse al mismísimo cielo.

Ella se aproximó lentamente hacia su marido, y, en el preciso instante en que la música cesó, le dio un tierno beso en los labios. Sam se percató de que su pulso se había alterado con el espectáculo, respiraba de manera agitada y ni siquiera era capaz de articular palabra.

—Esta noche quiero ser tuya —le susurró Nour al oído.

Sam tragó saliva queriendo aclararse la garganta.

—Ejem, sí..., claro..., yo..., bueno, los invitados... —Señaló hacia la mesa donde se hallaban los demás.

Nour le dedicó una pícara sonrisa y a continuación lo tomó de la mano para llevarlo con ella.

—No te preocupes, Tarifa y Soumiya cuidarán de mis hermanos.

Sam obedeció a su mujer sin rechistar. Estaba tan absorto en lo que estaba a punto de suceder que ni siquiera se dio cuenta de que Nour hizo un gesto a Soumiya y esta le guiñó el ojo. La hija de Tarifa excusó a la pareja diciendo que habían ido a aclarar un asunto sobre la reserva de la *suite*.

Mientras, en el interior del hotel, los recién casados se dirigían a la habitación. Aún sin poder creérselo, Sam detuvo a su esposa frente a la entrada de la *suite*.

—¿Estás segura? —le preguntó—. Ya te dije que no tienes por qué hacerlo si no estás preparada. No me importa...

Nour le tapó la boca con la mano.

—Quiero hacerlo —replicó con una enorme sonrisa en sus labios—. Te amo, Sam Lawson. Y quiero compartir el resto de mi vida contigo.

El riego sanguíneo de Sam dio un impulso a su cuerpo y, sin pensarlo dos veces, tomó a su mujer en sus brazos y estrelló sus labios ansiosos contra los de ella. Dando

algunos tropezones, consiguió atravesar la habitación sosteniendo el peso de su amada sobre sus corpulentos brazos hasta que alcanzaron el lecho. Con un movimiento suave, la depositó sobre la cama mientras le recorría el cuello con tiernos besos. Nour recibió aquellos mimos con sumo deleite. Ya no temblaba como la primera vez que estuvo a solas con su marido. Ahora deseaba recibirlo.

—Amor mío —murmuró Sam casi sin aliento—. ¿Dónde has estado toda mi vida? —preguntó mientras sus sentidos se perdían en el suave y delicado contacto de la piel de su amada—. Oh, Nour, Nour, Nour... —repetía una y otra vez como si tratara de hacer un esfuerzo por mantener su mente en la tierra y no elevarse a lo más alto del cosmos.

Para un experto en hacer el amor que pensaba que todo consistía en una mezcla de técnica y coreografía, estaba siendo toda una sorpresa encontrarse a merced de su propia pasión. Sentía que su vida comenzaba en aquel momento y ella era el motor de ese nuevo renacer. Si Nour creía que le amaba, él la amaba más aún; si creía que lo necesitaba, él moría por su amor; si ella pensaba que él le daba fuerzas para continuar, él sentía el valor necesario para derrotar a todo un ejército armado...

Ya no aguantaba más. Sam ansiaba poseer a su mujer en cuerpo y alma, pero su amor por ella lo hizo ir más despacio. De igual modo, deseaba que aquel momento fuera especial para ella. Y así fue como, aquella noche, los astros del firmamento presenciaron, a través de los ventanales, un acto rebosante de ternura y pasión.

Una entrega carnal colmada de pureza.

Capítulo 19

La vida es como una esfera que gira sin cesar sobre un eje, unas veces más deprisa y otras más despacio. Sin embargo, aquel 14 de septiembre, la esfera de Sam se detuvo en mitad de la nada, haciendo que el eje de su vida desapareciera por completo.

Los niños, que ya habían dicho adiós a Tarifa, esperaban sentados en la parte trasera del coche, mientras él y Nour se despedían de ella y su familia.

—Ha sido un placer conocerlos —les dijo Sam mientras Nour iba traduciendo sus palabras.

Tarifa se abrazó a él como último gesto por todo lo que había hecho por ella. No pudo reprimir algunas lágrimas de alegría que se deslizaron por sus arrugados y cansados ojos. Y Sam, haciendo uso de esa amabilidad que le caracterizaba, secó sus párpados para después tomar sus huesudas manos entre las suyas y besarlas tal y como ella había hecho en alguna ocasión.

—Cuídate mucho —le susurró con una sonrisa.

Tarifa le habló en árabe y, aunque Sam no comprendía sus palabras, dedujo por la mirada que le dirigió a Nour que le estaba diciendo que debía cuidar de su nueva mujer y sus hermanos.

—Lo haré encantado —contestó.

Entonces Tarifa se centró en Nour, que extendió los brazos hacia ella. No hablaron durante unos minutos, solo se abrazaron. Después su esposa empezó a decirle las cosas que tenía que recordar respecto a cómo tomar la medicación, ya que ella no estaría para ayudarla. Nour se volvió hacia Soumiya y la cogió con fuerza de la mano.

—Cuídala. —Ella asintió en silencio—. No olvides darle su medicina cada día y ayúdala con sus ejercicios, que no pierda la movilidad.

—Lo haré, hermana —respondió Soumiya clavando los ojos en el suelo para esconder las lágrimas que estaban a punto de salir—. Ella seguirá bien cuando regreses.

Pero algo dentro de Nour le decía que no volvería en mucho tiempo y, en el

fondo, Soumiya también lo sabía.

—Seguro que sí —respondió, y no se atrevió a decirle a Soumiya que la guerra en Siria no tenía aspecto de resolverse en pocos meses.

Finalmente, Sam se acercó para avisarles de que había más coches a la espera de aparcar frente a la entrada del hotel y de que debía mover el vehículo de allí. Las tres mujeres se abrazaron con fuerza y Nour entró en el coche mientras Sam le sujetaba la puerta. El motor arrancó y ella se despidió a través de la ventanilla de lo último que le quedaba del recuerdo de sus padres. La imagen de Tarifa se fue alejando poco a poco y, con ella, el vínculo maternal que la unía a sus raíces.

—Hay mucha gente en las calles —pronunció Sam para distraer a su mujer. Sabía que ella en esos instantes albergaba sentimientos encontrados en su corazón; por un lado ansiaba conocer otro mundo y vivir su vida junto al hombre que amaba, pero, por otro lado, echaría de menos sus costumbres, su niñez, su casa... Ni siquiera imaginaba cómo encontraría el país el día que regresara... o si quedaría algo en pie después de aquella catastrófica guerra.

—Sí..., creo que el papa Benedicto visitará hoy el Líbano en uno de sus viajes apostólicos —contestó con la mirada perdida en el asfalto.

Sam colocó su mano derecha sobre la rodilla de su esposa en señal de apoyo, y esta le obsequió con una de sus blancas sonrisas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en un susurro.

—Sí, mi amor. Es solo que echaré de menos a Tarifa. —Enseguida se percató de que aquella pregunta tenía una doble intención—. Respecto a lo otro..., me encuentro fenomenal.

Sam se sintió mucho más tranquilo al oírla decir eso, pero con los niños detrás escuchando, no le quedaba más remedio que posponer la conversación para otro momento.

—Sé que no es fácil abandonarlo todo, te prometo que lucharé por hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Ya soy la mujer más feliz del mundo. Soy afortunada por tenerte a mi lado y..., bueno..., quería darte igualmente las gracias por la maravillosa noche de ayer.

Sam no pudo esconder su entusiasmo al recordar los bellos momentos vividos con su esposa la noche anterior. Había sido una noche mágica, una noche que quedaría grabada en su interior para siempre.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias por hacerme tan dichoso.

Viajaron de un tirón hasta la frontera con Siria. De nuevo esa sensación desagradable, al verse rodeado y vigilado por los militares, recorrió la espina dorsal de Sam. Seguía sin acostumbrarse a la presencia de tantos hombres armados, con aquella mirada desconfiada y listos para disparar a bocajarro en cualquier momento. ¡Qué diferente era de su servicio militar en Sídney!

A pesar de entrenar duro y tener una disciplina constante, el buen rollo entre los compañeros era más que palpable. Durante el día se convertían en profesionales del

camuflaje, expertos escaladores, hábiles francotiradores e incluso maestros del paracaidismo. Sin embargo, por la noche, y tras los duros entrenamientos, los soldados solían salir de cervezas para celebrar la exitosa jornada de adiestramiento.

Sam se preguntó cómo sería la preparación militar de aquellos hombres. Le daba la sensación de que tan solo habían sido entrenados para disparar, pues a simple vista no eran muy corpulentos y no tenían aspecto de haber ejercitado la musculatura en lo más mínimo. La mayoría eran delgados y no muy altos; alguien como Sam podría derribar a cualquiera de ellos en un mano a mano sin apenas esfuerzo.

—Parece que hay una cola enorme de coches para cruzar la frontera —dijo.

Nour echó un vistazo al frente.

—Seguramente habrán extremado la vigilancia por la visita del Papa —sugirió—. No querrán arriesgarse a tener un conflicto con los sirios.

Sam volvió a sentir ese sudor frío que le recorría la frente a cada minuto de espera. Era tal la desconfianza que le proporcionaban las armas en manos de aquellos individuos que no pudo evitar mirar directamente a uno de los hombres que observaba amenazante cómo los coches avanzaban en fila.

—Debería poner el seguro a esa metralleta —pensó en voz alta cuando se dio cuenta de que el arma estaba sin asegurar.

El individuo dirigió una mirada de recelo a Sam para después fijarse en Nour, tan bella al lado de su marido. Los ojos de aquel hombre pasaron del recelo a la lujuria en pocos segundos. Ella se percató de aquella mirada lasciva y enseguida volvió la cabeza para no llamar su atención. Pero fue demasiado tarde.

El soldado avanzó con paso lento hacia el coche, donde los cuatro esperaban su turno para cruzar la frontera. Nour se esforzó por mantener la mirada al frente; sin embargo, Sam no pudo evitar encañonar con los ojos al hombre según se aproximaba.

—Sam, por favor —murmuró al ver que su marido no apartaba la mirada del soldado.

—No te preocupes. No pasará nada —respondió.

Cuando el hombre llegó a la altura del coche, tocó la ventanilla con los nudillos para que Nour la abriera.

—*Assalamu alaikum* —saludó con firmeza.

—*Ua alaukum salam* —contestó Nour de manera cortés.

Sam seguía sin apartar los ojos de aquella metralleta. Se trataba de un MP5, un subfusil muy común entre las fuerzas policiales y militares. Había practicado con algunas de ellas en el ejército, así que conocía perfectamente su funcionamiento.

—*Passport* —ordenó el soldado de forma escueta.

Sam y Nour sacaron sus respectivos pasaportes sin rechistar y se los entregaron al soldado. El hombre los repasó una y otra vez, pasaba las páginas pensativo y volvía a verificar que las fotografías correspondieran con sus respectivos dueños. La pareja se dedicó una sutil mirada sin comprender el motivo de aquel examen tan exhausto.

—¿Algún problema? —preguntó Sam al fin.

El soldado, que hablaba un inglés básico, le respondió con otra pregunta.

—¿Es su mujer? —dijo refiriéndose a Nour.

—Sí —contestó con sequedad.

—Debo comprobar algo. —Y sin dar más explicaciones, el soldado se dirigió a la cabina de la aduana para hablar con uno de sus superiores.

—No me ha gustado nada la forma que tenía de mirarte —añadió Sam.

—No te preocupes, mi amor. Seguro que solo está presumiendo de su rango, les gusta hacerlo para sentirse superiores —replicó Nour tratando de quitarle importancia.

—Menuda tontería. Aun así, ese tipo no me transmite ninguna confianza.

—Dejemos que haga las comprobaciones oportunas y nos marcharemos sin problemas —le calmó.

—¿Por qué tardamos tanto? —Se escuchó decir a Nabil desde el asiento trasero.

—No te preocupes, hermanito. Solo serán unos minutos y continuaremos el viaje enseguida —le tranquilizó Nour.

—Pero tengo pis —insistió el pequeño.

—Está bien. Yo te llevaré al baño —se ofreció Sam.

Salió del coche bajo aquel calor infernal y ayudó a salir al pequeño.

—Volvemos enseguida. No os mováis de aquí —le dijo a su esposa.

Echó un rápido vistazo hacia la cabina y vio que el guardia seguía dialogando con su superior. Ni siquiera aparentaban estar hablando de los documentos que acababan de entregarle. Por las risotadas que se dedicaban, más bien parecía que estuvieran contando algún chiste.

—Atajo de ineptos —se dijo a sí mismo.

Después el soldado le dedicó una mirada hostil, como si pudiera leer los pensamientos de Sam. Este se encaminó con Nabil hacia la estructura móvil dispuesta como aseo y en menos de cinco minutos estuvieron de vuelta. El gesto de Sam se volvió serio cuando halló al hombre apoyado sobre el lateral del coche mientras discutía con Nour. Ella hacía aspavientos con las manos, como si tratara de defenderse de algo.

—¿Sucede algo? —La voz de Sam sonó aparentemente calmada y amable, pero solo en la superficie.

—No..., no. No es nada, mi amor —alegó su esposa quitando importancia al asunto.

Nour era consciente de la postura defensiva que mantenía su marido delante de ella, y estaba segura de que no se mantendría impasible ante ninguna amenaza.

—Su mujer es muy joven —intervino el soldado mirando a Sam por encima del hombro.

—¿Algún problema con eso? —preguntó Sam ahora con mayor rudeza.

—Usted es de Australia. Ella de Damasco. Muy joven para usted —añadió el hombre con una risa maliciosa.

—Me temo que eso no es asunto suyo. Ella es mi esposa y punto. —Los dientes de Sam se cerraron de forma audible—. Si no tiene nada más que añadir, le ruego que nos devuelva los pasaportes para marcharnos.

Sam tomó aire profundamente haciendo que su pecho se hinchara. En comparación con aquel hombre, le sacaba más de media cabeza. Aun así, aquello no parecía imponerle al soldado lo más mínimo y, a continuación, captando el tono amenazante de Sam, acarició su arma como advertencia.

—Ustedes se marcharán cuando yo lo indique —le advirtió sin apartar su mano del arma.

—Será mejor que tenga un motivo razonable para retenernos aquí. —La pretensión de civilización de Sam había desaparecido, su voz era ahora tajante y fría. Cambió su posición de forma casi imperceptible, pero Nour pudo comprobar que colocaba el cuerpo del pequeño Nabil tras él.

—Sam, no —articuló con los labios sin hacer ningún sonido.

—La chica debe salir del coche. Tengo órdenes de hablar con ella —repuso el soldado.

—Negativo —advirtió Sam en tono militar.

—Usted no puede oponerse —replicó sin borrar esa sonrisa maliciosa—. Hará lo que yo le ordene.

—No pienso dejar a mi mujer con usted. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que lleva el arma sin asegurar? Ni muerto dejaría a mi esposa en manos de alguien tan irresponsable.

El soldado alzó su arma y examinó el gatillo de seguridad. La sonrisa ladina que antes dibujaba su cara se convirtió en una carcajada desdeñosa.

—¿Cree que no sé lo que me hago? —Sus ojos parecían escupir fuego—. Soy yo quien controla el arma, no ella a mí.

Y como si un relámpago de locura se apoderara de aquel individuo, empezó a disparar a diestro y siniestro hacia el cielo en un intento de demostrar su superioridad ante la arrogancia del extranjero. Instintivamente Sam inclinó su cuerpo en defensa del pequeño Nabil, que se acurrucaba bajo su regazo para no escuchar los balazos que se estrellaban contra la estructura metálica del techo de la aduana. Contabilizó seis descargas durante aquel momento de incertidumbre. ¡Ese hombre estaba loco! ¿Cómo se le ocurría tirotear a la nada delante de todas aquellas personas que esperaban su turno frente a la frontera? Ningún soldado en su sano juicio se atrevería a arriesgar su puesto de aquel modo. Rápidamente sus compañeros se aproximaron alarmados por los estallidos del subfusil.

—¡¿ESTÁ LOCO?! —gritó Sam cuando el silencio volvió a reinar en aquel espacio abierto.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico por controlar el puñetazo que estuvo a punto de soltarle en la cara. Para colmo, aquel desequilibrado empezó a reírse de tal modo que Sam pensó que era un esquizofrénico y que estaba orgulloso de la locura que

acababa de realizar. Parecía que el mismísimo demonio se había introducido en el cuerpo de aquel perturbado.

De pronto, un alarido procedente del vehículo lo sobresaltó. Omar gritaba aterrado con los ojos clavados al frente, perdidos en la nada. Sam alcanzó el coche en tres zancadas y abrió la puerta rápidamente para socorrer al pequeño.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te sucede?! —Palpó el cuerpo del niño buscando el motivo de sus chillidos—. Omar, ¿qué te pasa?

Entonces Sam se percató de que el niño continuaba mirando al frente, donde Nour permanecía aún sentada.

Sentada y callada.

Sentada e inmóvil.

¿Por qué no había reaccionado con los gritos de su hermano?

¿Por qué no había vuelto la cabeza para comprobar el estado del pequeño?

Sam tardó un latido de corazón en comprender lo que sucedía. Sus extremidades se vieron paralizadas de manera súbita. Solo la convulsión de sus músculos hizo que estos temblaran a causa del pánico. El silencio de su mujer desgarró su pecho.

—¡No! —El rechazo expresado en un grito restalló con tanta fuerza después de los llantos de Omar que ni un león habría podido rugir con semejante furia. Sintió que la sangre le huía de la cara cuando intuyó lo que había ocurrido—. ¡No, no, no! ¡No puede ser!

Quiso abalanzarse rápidamente hacia donde estaba su esposa, pero aquel momento de tensión hasta comprobar su estado se convirtió en una agónica sucesión de posibilidades en su cabeza. Era como si el hecho de acercarse a ella fuera a romper en mil pedazos el sueño que estaba viviendo. A pesar de que Omar continuaba su llanto desesperado, el silencio se hizo alrededor de Sam, donde solo había cabida para recordar el restallido de las balas al rebotar en la estructura metálica.

Con suma cautela asomó el rostro por la ventanilla delantera. Allí estaba ella, petrificada, asustada. Su respiración era desmesuradamente acelerada, con inspiraciones cortas e incesantes, como si el aire entrara entrecortado en sus pulmones y tuviera que hacer un esfuerzo agónico por mantenerse con vida. Su pecho se convulsionaba con pequeños espasmos, y cuando Sam se fijó en la mancha escarlata que cubría su corazón, por un momento creyó que iba a desmayarse.

Estuvo a punto de arrancar la puerta de cuajo. Sus potentes brazos sacaron en volandas el cuerpo tembloroso de su mujer y lo tendieron sobre el duro asfalto. Varios soldados que se aproximaron a la escena sujetaron por los hombros al enajenado de su compañero. Otro se acercó a la pareja, que permanecía inclinada en el suelo, ella con la cabeza apoyada sobre el regazo de él y él tratando de localizar con desesperación el lugar exacto de la herida.

Empezó a desabrochar la camisa de Nour con manos temblorosas mientras los niños, fuera del coche, observaban el cuadro sin atreverse a pronunciar palabra. Otro soldado los recogió en un abrazo para mantenerles alejados de los intentos de Sam

por salvar la vida de su esposa.

Destapó la camisa empapada en sangre y vio la herida sobre su pecho. Palideció y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero logró dominarse para taponar el orificio con sus propias manos y tratar de reducir la hemorragia.

—¡UNA AMBULANCIA! ¡LLAMAD A UNA AMBULANCIA, MALDITA SEA! —aulló encolerizado.

Rápidamente, uno de los hombres se dirigió a la cabina y advirtió de lo sucedido por teléfono. Nour gimió de dolor. Era consciente de lo que le estaba ocurriendo y en un hilo de voz habló a su marido.

—Mi amor. Me voy...

—¡No, no, no! ¡No irás a ningún sitio! Te quedarás aquí conmigo —lloró Sam.

Nour le miró al rostro, incapaz de interpretar su expresión.

—No pasará nada —se esforzó por tranquilizarle.

—Hermana... —pronunció a duras penas el pequeño Nabil, que se había zafado del soldado.

Nour extendió la mano para sentir el contacto del niño y este se aferró a ella atormentado, sin comprender por qué estaba tirada en el suelo con aquella mancha de sangre y quejándose de dolor.

—Mi niño, ¡qué valiente eres! No pasa nada, solo es un poco de sangre. Ya verás como todo se arregla. —Aun en su estado agónico, Nour tenía fuerzas para sosegar a su hermano pequeño.

Omar también se aproximó con cautela. Él sí comprendía lo que estaba pasando. Dios había tomado la decisión de llevarse a su hermana mayor, igual que había hecho con sus padres meses atrás. Solo que esta vez no habría nadie para cuidar de ellos.

Unos temblores incesantes se apoderaron de Nour y los dientes empezaron a castañetearle.

—Hace frío —pronunció con voz débil.

Sam acariciaba su cara fría y sudada.

—La ambulancia está en camino, vida mía —murmuró entre sollozos.

Sam estaba atado de manos y pies. Tanta experiencia como médico y tanto sacrificio y ni siquiera se veía capaz de ayudar a la mujer que amaba. Sabía de sobra que la bala había rozado el corazón y que era cuestión de segundos, tal vez minutos, que el amor de su vida falleciera en sus brazos. Nada se podía hacer para extraer la bala, y, aunque así fuera, su corazón ya estaba gravemente dañado.

—Gracias por darme una vida digna —dijo Nour a duras penas.

—¡No, mi amor! Soy yo quien tiene que darte las gracias por salvar la mía —gimió—. Estaba perdido, había caído en un pozo profundo y tú conseguiste que emergiera de la nada. Tú me has salvado, mi niña. Y yo ahora no soy capaz de... —No pudo terminar la frase.

—No permitas que el odio ni el rencor gobiernen tu corazón. Cuida de mis hermanos, ellos te necesitan —susurró mirando a los pequeños que lloraban con

desconsuelo—. Sam..., protégelos, por favor. Por favor...

Nour no tenía intención de marcharse sin antes saber que alguien se responsabilizaría de los pequeños. Estarían solos y desprotegidos en un mundo lleno de violencia y depredadores.

—Lo haré, mi amor. Cuidaré de ellos, les daré todo el amor que se merecen. —La voz entrecortada de Sam apenas le permitía hablar—. Les protegeré con mi vida.

Nour quiso dedicarle una diminuta sonrisa, pero le fue imposible gesticular. La vista se le nublaba y se esforzó por no perder el conocimiento.

—Os quiero, niños, por favor, no lloréis. Estaré con papá y mamá en el cielo — pronunció con voz débil—. Les diré que sois unos niños fuertes y valientes. Por favor, seguid adelante. No os rindáis jamás.

—Nour... —gimoteó Omar.

Ella vio un montón de lucecitas brillantes, hasta que estas se apagaron y todo se volvió negro. La mano que sujetaban los niños se fue debilitando hasta colgarle sin vida.

—¡No, no, no! ¡Nour! ¡NOOOOO! —bramó Sam en un grito desgarrador.

Entonces comenzó una lucha encarnizada por mantener a su mujer con vida. Sin tener en cuenta su delicada complexión le practicó un masaje cardíaco que en un principio comenzó de manera pausada pero que al final se convirtió en un violento arranque de desesperación por recobrar los latidos de su corazón.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—Nour, por favor, no me dejes así.

Respiración boca a boca.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—Nour, vamos, vuelve, no te vayas, aún no...

Respiración artificial.

Uno, dos..., tres..., cuatro...

—Mi amor, te necesito... Por favor..., no puedo vivir sin ti...

Uno..., dos..., tres...

—Te quiero..., te amo...

Las esperanzas de Sam por devolver a su mujer a la vida se fueron desvaneciendo poco a poco, y con ellas las fuerzas de continuar sacudiendo su pecho para recuperarla. Por mucho que lo intentara, su cuerpo había perdido demasiada sangre. Por mucho que él tratara de taponarle la herida con sus propias manos, el flujo sanguíneo luchaba por escapar de su corazón.

Los niños, asustados y afligidos, se desplomaron sobre el cuerpo de su hermana rodeándola en un abrazo. Sam los dejó en aquella postura durante unos instantes, pero, finalmente, los apartó despacio para que la sangre de su hermana no manchara sus inocentes manos.

Los tres permanecieron alrededor del cuerpo inerte de Nour, observando compungidos y en silencio su rostro angelical hasta que, finalmente, la ambulancia

llegó y recogió su cuerpo. El corazón de Sam estalló en mil pedazos cuando el de su mujer dejó de latir. Los niños, apenas conscientes de lo que les sucedería, solo podían visualizar mentalmente el cuerpo inerte de su querida hermana; esa hermana que había trabajado lo inefable por darles una vida digna, esa hermana que se había visto convertida en madre de la noche a la mañana, esa hermana que iluminaba con su sonrisa las tinieblas de la noche, esa hermana que ya nunca más tendrían.

El soldado que disparó al viento fue detenido de inmediato. Sam no tuvo coraje para mirarlo a la cara, seguramente porque le habría despedazado de un solo golpe de haberlo hecho. Su aflicción era tal que tampoco había espacio en su corazón para el rencor. Aquel loco no merecía su atención, no después de contemplar el rostro apagado de su amada. Había perdido su luz tras el último suspiro y ya nunca más vería sus ojos relucir con aquel brillo centelleante; ese brillo que irradiaban sus pupilas color esmeralda.

Palpó su bolsillo en busca del pasaporte a fin de que el personal de la ambulancia tuviera constancia de su identidad. Allí halló lo que un día fuera el motivo de su felicidad y, asimismo, de su desdicha: aquella bolsita de cardamomo que una muchacha, joven y risueña, le había regalado una triste tarde en el mercado. Aquella bolsita que fue el principio de una historia de amor como nunca antes nadie había vivido, una historia colmada de bondad, ternura, pasión y, sobre todo, admiración y respeto.

Aquel aroma a cardamomo que hechizó sus sentidos cuando la dulce huérfana le regaló ese presente como señal de bienvenida salpicó de nuevo sus recuerdos. Retrocedió en el tiempo y volvió a vivir los primeros momentos junto a ella, las primeras palabras, las primeras miradas, las primeras caricias... Sam se estremeció al recordar los tiernos instantes experimentados con su esposa la noche anterior y lloró. Lloró porque nunca más volvería a vivirlos con ella. Lloró porque su amada se había marchado demasiado pronto. Lloró porque la soberbia de un desconocido le había arrancado lo que más quería.

Ya no había marcha atrás.

Todo había terminado para él.

La luz de su corazón se había convertido en una débil penumbra.

Capítulo 20

El aeropuerto de Sídney estaba a rebosar de gente. Un río de personas cargadas con bolsas y maletas salía por la puerta de desembarque cada vez que esta se abría de manera automática. Los señores Lawson, Walter e incluso el doctor Smith esperaban la llegada de Sam con expectación, impacientes por volver a abrazarlo después de los nueve meses que habían transcurrido desde que se marchó a Siria. Peter trataba de disimular su nerviosismo delante de su mujer, pero el tembleque de su pie derecho lo delataba.

Walter, que también estaba nervioso, caminaba de un lado a otro mientras el doctor Smith lo observaba con infinita paciencia.

—¿Tiene usted intención de cavar su propio nicho en el aeropuerto? —le preguntó el doctor.

—¿Cómo dice?

—Por la forma en que tiene de arrastrar los pies parece que quisiera perforar el suelo —le aclaró.

—Perdón, estoy algo nervioso y no puedo quedarme quieto.

—Pues si no deja usted de moverse, seré yo mismo quien acabe con su ir y venir —sentenció.

Walter agachó la cabeza y se apartó a un lado de la multitud que esperaba a los viajeros que iban llegando.

—¿Crees que se le habrá pasado la cabezonería? —preguntó la doctora Lawson para matar el tiempo mientras el avión de su hijo aterrizaba.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes..., esa manía de querer viajar a países en guerra. Ha debido de ser muy duro para él.

El doctor Lawson dedicó una mirada sarcástica a su mujer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero pasarme el resto de mi vida pendiente de si mi hijo regresará vivo o no de uno de esos territorios conflictivos. Estoy segura de que lo ha pasado peor de lo que nos describía en sus cartas. Las madres sabemos esas cosas,

¿entiendes? Tenemos un sexto sentido.

—No deberías pensar así. El chico es fuerte.

—¿Y cómo quieres que piense? —replicó Sarah con tono de reproche—. No me irás a decir que tú estabas tranquilo todo este tiempo. Tendrías que haberte visto la cara cada vez que hablaban de los atentados en la televisión. —Ella sacudió la cabeza—. ¡Nadie en su sano juicio expondría su vida de forma tan insensata! Pero claro, Sam es tan obstinado y cabezota como tú.

Peter conocía demasiado a su mujer como para no saber que aquellas palabras eran fruto de los nervios ante la llegada inminente de su hijo. Así que trató de relajar su estado pasando su brazo por encima de ella y susurrándole al oído:

—Pues tú no opusiste demasiada resistencia la primera noche que insistí para volver a verte.

Su mujer no pudo ocultar la disimulada sonrisa que asomó de sus labios.

—Eso es distinto, tonto. —Le dio un codazo en el costado, pero él no la soltó.

—Si no hubiera sido tan cabezota, te me habrías escapado —le murmuró al oído.

Sarah alzó la vista hacia el panel de información.

—¡Mira, ya ha aterrizado! Pronto saldrá por la puerta —dijo dando pequeños saltos de alegría.

El matrimonio esperaba con gran ilusión la vuelta de su hijo. Su padre había preparado un despacho para él en la clínica. Sam ya no tendría que compartir el trabajo en la sala de operaciones con él, y se encargaría de administrar y atender a sus propios pacientes. La madre, por otro lado, y en un arrebató de cambiarlo todo, rehabilitó la casa de invitados y preparó el alojamiento con el objetivo de que su hijo disfrutara de mayor independencia. Aunque nunca se opuso a que Sam trajera amigos a casa, sabía que él se sentiría más cómodo si disponía de su propio espacio para sus fiestas, reuniones con los amigos y libertad absoluta para invitar a tantas chicas como quisiera.

—Espero que esté bien —pensó Sarah en voz alta.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Estamos convencidos de que este viaje le ha servido para quitarse de la cabeza esa locura de poner su vida en riesgo, pero y si...

—¿Qué?

—¿Y si resulta ser al contrario?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si en lugar de desear volver a casa estuviera preparando su marcha a otro destino?

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —preguntó el señor Lawson.

—A veces creemos que un buen escarmiento es la solución para hacernos ver con más claridad, pero... también puede suceder todo lo contrario. —Sarah miró a su marido directamente a los ojos—. ¿Y si nuestro hijo ha descubierto su auténtica vocación y solo regresa para decirnos adiós?

Peter leyó la preocupación en los ojos de su mujer.

—No creo. Seguro que está deseando volver a saborear las tortitas de Jeffry cada mañana —bromeó para restar importancia.

Sarah deseaba creer las palabras de su marido, pero hasta que no viera a su hijo aparecer por la puerta, no tendría claro a qué atenerse. El doctor Smith, que escuchaba de forma discreta, entendió la preocupación de la señora Lawson. Prefirió no intervenir en la conversación por prudencia, pero tenía claro lo que Sam iba a hacer a partir de ahora. La masacre de un conflicto no dejaba indiferente a ningún ser humano, y cualquier persona con corazón se comprometía con una causa de semejante responsabilidad sin esperar nada a cambio, hasta el último de sus días. Ayudar a los más necesitados era un compromiso que se adquiría de por vida.

A los pocos minutos la puerta volvió a abrirse, y con ella un nuevo río de pasajeros salió del interior del aeropuerto. Los cuatro distinguieron a lo lejos la figura corpulenta de un muchacho joven. Tenía el pelo algo más largo que Sam y la barba de varios días ocultaba las facciones de su cara. A pesar del cambio de *look*, Sarah reconoció a su hijo.

—¡Ahí está! —gritó con el corazón acelerado por la emoción.

Peter se abrazó a ella cuando lo vio aproximarse a la salida, estaba deseoso de poder estrecharlo entre sus brazos. Walter alzó la mano para hacerse ver y el doctor Smith también levantó el cuello para divisarlo mejor entre el gentío.

Los pasajeros se fueron dispersando hacia sus respectivos familiares y el cuerpo de Sam resultaba ahora más visible. Sin embargo, y para sorpresa de todos, no viajaba solo. A la espalda portaba una pesada mochila y en sus manos, en lugar de arrastrar las maletas, llevaba a dos niños pequeños, de entre cinco y diez años. Uno a cada lado.

Los padres de Sam no comprendían lo que estaba sucediendo. ¿Quiénes eran esos niños? ¿Y por qué se agarraban a él como si temieran separarse un solo instante? Sarah no entendió por qué su corazón empezó a latirle con tanta fuerza. El motivo no era la presencia de aquellos niños ni los nervios por volver a ver a su hijo, ni las ansias por abrazarlo. La razón de su desasosiego la comprendió cuando contempló la aflicción en el rostro de su hijo.

Aquel ya no era su Sam.

Aquel ya no era el niño de sus ojos.

Aquel era un hombre que arrastraba la condena del dolor ante la pérdida de la mujer amada; impotente e indefenso, como la orilla ante el avance del mar.

Epílogo

Tres años y medio más tarde

Doscientos diez mil muertos, diez mil niños y seis mil mujeres. Veinte mil desaparecidos. Cerca de cuatro millones de refugiados registrados en otros países, más otros tantos sin registrar. Todos los días, seis mil sirios escapan de su país por la guerra. Estos son los datos que, según el OSDH (Observatorio Sirio de Derechos Humanos), se contabilizan tres años y medio después de que esta historia naciera.

Sus personajes son fruto de la imaginación, pues ninguno de ellos existe en la realidad. Sin embargo, historias como la de Sam y Nour suceden a diario en este país. Habría sido mucho más fácil para mí dar un final feliz a los protagonistas, pero entonces la proyección del sentimiento que me embarga no habría tenido ningún sentido en cada hoja escrita, pues ningún conflicto de semejante magnitud puede tener un final feliz. No ha sido una guerra lo que ha acabado con la vida de Nour, sino la vanidad del hombre. Ese veneno, cruel e impasible, que inunda las entrañas de algunas personas y que las corrompe extendiendo el dolor y el sufrimiento por doquier y sin piedad.

Sin embargo, me gustaría reflexionar sobre lo bueno de esta historia. Y no solo es el hecho de que Sam acabara poniendo toda su energía en salvar a los pequeños, sino también el hecho de que él mismo fue rescatado de una vida materialista y mezquina. Sam era la principal víctima de esta historia, y son Nour, Nabil y Omar los que lo salvan de caer en el abismo de la indiferencia.

Existe la esperanza, la ilusión por un futuro mejor. Por eso Omar y Nabil tendrán la oportunidad, gracias a Sam, de labrarse un buen porvenir. Posiblemente dedicarán su vida a ayudar a los más necesitados, sobre todo después de la experiencia vivida en primera persona. Contarán con el amor y el cariño de su protector hasta que sean mayores y decidan tomar su propio rumbo. Después, el destino se encargará de dirigirles hacia su estrella particular.

Sam, por descontado, dedicará su tiempo y sus energías a luchar por la vida de los demás. Viajará constantemente a los países que albergan, en campos de refugiados, a

los afectados por la locura de una guerra sin piedad. Participará como cooperante médico en todos aquellos proyectos en los que sea necesario y no dudará en dedicarse a mejorar la salud de los que más lo necesitan. Tal vez encuentre de nuevo el amor algún día, o tal vez no. Lo que sin duda él ya ha descubierto en su vida es un motivo inequívoco para seguir adelante: esperanza.

Deseo y espero, querido lector, que tras leer *Cardamomo*, ese mismo sentimiento de esperanza aborde tu corazón y que, con una pizca de cada uno de nosotros, hagamos que el mundo sea un poco mejor.

Recuerda que el amor es como el aire que respiramos: no lo vemos, pero cuando inunda nuestro interior, nos colma de vida.

Gracias a mis padres por enseñarme a vivir.

Gracias a mis hijos por completar mi vida.

Gracias a ti por poner mi mundo patas arriba.

Gracias, lector, por descubrir esta historia.

Gracias a todos por sentir.



DIANA AL AZEM (Granada, 1977). De madre española y padre sirio, estudió Filología Inglesa en la Universidad de Murcia y finalizó la licenciatura en la Universidad de Essex, Inglaterra, con una beca Erasmus.

Diana debutó en Amazon con la publicación de una trilogía de aventuras y esta alcanzó los primeros puestos en la lista de más vendidos durante varias semanas.

En la actualidad trabaja como profesora de secundaria en un instituto de Murcia, actividad que compagina con la escritura. Se considera una fiel lectora del género romántico e histórico.